

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991), Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - Nº 39, Buenos Aires, Invierno 1994 \$7

El caso Berlusconi

**Actores
antipolíticos**
Franco Castiglioni

Brasil

**PT, personaje en
busca de un autor**
Aníbal Jáuregui

**Esta derecha de
los 90**

Ralf Dahrendorf

Ensayo

**Keynes, retorno
por aclamación**
Will Hutton

Entrevista a M.Lamana

**Sartre, el
compromiso y la
libertad**

A. Blanco y M. Plot

Pacto de Olivos

**Perdedores
y ganadores**
Fabían Bosoer

**UCR: un partido
en crisis**

Andrés Malamud

**Presidencialismo
atenuado**

Jorge A. Mayer



CORREO Tinta: 1000000 100
CENTRAL de Buenos Aires
FRANQUEO pagado \$105

El nuevo escenario político y las nuevas mayorías

Juan Carlos Portantiero

Entre los principios y la realidad

Jorge Tula

El retorno del progresismo

Ricardo Sidicaro

Bomba en la AMIA, ¿somos todos inocentes?

Osvaldo Pedroso

Separata
Premio
José Aricó

El reto de existir
Rodrigo Arocena

En este número



de trabajo intelectual y político. Y si bien la situación de la Argentina, luego del alto impacto generado por las elecciones del 10 de abril, aparece con la impronta más exigente, también el plano internacional exhibe un cua-

dro lleno de interés, con temas salientes como, por ejemplo, el caso Berlusconi o la incertidumbre sobre la suerte del PT brasilero. Lo mismo ocurre con debates como el viejo-siempre-nuevo enfoque sartriano sobre la relación entre compromiso y libertad o la actualidad del capcioso uso de Keynes por la ola neoconservadora dominante. Y en este denso panorama no están ausentes ni un repaso sobre novedades bibliográficas ni el comentario sobre un film de actualidad. El artista elegido para este número es el argentino Adolfo Nigro, un plástico sencillamente monumental, desbordante de creatividad, que agrega un rasgo de refinamiento a nuestra edición. Finalmente, también damos testimonio de nuestra dolorosa despedida a María Grossi, intelectual brillante y entrañable amiga, que murió el 3 de julio. □

Sumario

Opinión	Diálogo con Manuel Lamana	37
Hilda Sabato: El servicio militar, hoy	Libros	3
Segio Bufano: Llenar la Plaza	Marcelo Leiras: Volver a mirar al peronismo, treinta años después	4
Política	Ignacio García: Recopilación de intervenciones comprometidas	40
Juan Carlos Portantiero: Las nuevas mayorías	Alejandro Blanco: Adiós a la filosofía	5
Jorge Tula: Entre los principios y la realidad	A.B.: Novedades	8
Ricardo Sidicario: El retorno del progresismo	M.L.: Liderazgos de nuevo cuño	12
Fabián Bosser: Triunfos de los perdedores, derrotas de los ganadores	Oswaldo Pedroso: Tardes de radio	16
Andrés Malamud: El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis	Cine	19
Jorge A.Mayer: Un aporte a la discusión sobre el dificultoso arte de domesticar un Cílope	Alicia Azubel: Un fantasma de libertad tiene color: <i>Bleu</i>	23
Despedida	Ensayo	27
Alicia Azubel: Adiós a María	Will Hutton: Keynes, regreso por aclamación	27
Internacional	Contrafaza	28
Franco Castiglioni: Actores antipolíticos en la democracia	Oswaldo Pedroso: Bomba en la AMIA, ¿somos todos inocentes?	28
Aníbal Jáuregui: El PT, un personaje en busca de un autor	32	
Ralf Dahrendorf: Esta derecha de los 90	35	
Entrevista	Separata/Premio José Aricó (En coedición con <i>Nueva Sociedad</i>)	35
Alejandro Blanco/Martin Plot:	Rodrigo Arocena: El reto de existir	35

La Ciudad Futura
 Bne.Mi.2094 - 1º (1039) Buenos Aires - 953-1581.
 Director fundador: José Aricó (1991-1993).
 Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.
 Consejo de redacción: Gerardo Adrogue, Javier Arizaga, Alejandro Blanco, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Hugo Fursini, Javier Franzé, Julián Galdino, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marín, Guillermo Ortiz, Jorge Pedroso, Martín Plot, Ernesto Senná, Pablo Senín.
 Comité asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R.González, Jorge

Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo Nudelman, Oscar Terán.
 Maqueta original: Juan Pablo Serzú. Diagramación y armado: Viviana Meazzi.
 La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giro en Casilla de Correo N°167, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Impresión: Gráfica Integral, Albaracén 1955, Buenos Aires. Distribución en kioscos de la Capital Federal: Sinfin, Svaevra 710, Buenos Aires.
 Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Suscripción anual: Argentina, US\$ 40.- Exterior, US\$ 60.- Biblioteca e instituciones: US\$ 80.- Cheques y giro a la orden de Analdio Martín Jáuregui.

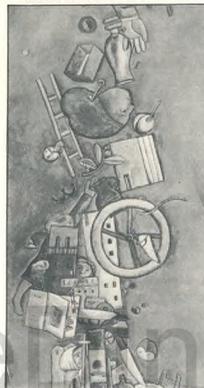
OPINION

El servicio militar obligatorio, hoy

Este artículo fue redactado a mediados de mayo; desde entonces algunas cosas han sucedido en torno al tema, como el anuncio presidencial de una próxima supresión del SMO. Sin embargo, nada de lo ocurrido le resta actualidad ni, menos, validez.

En los últimos tiempos nos hemos visto sacudidos por la noticia de la muerte violenta del soldado Omar Carrasco en Zapala. No es la primera oportunidad que un conscripto es "bailado", golpeado, asesinado en un cuartel, pero esta vez la reacción popular colectiva ha sido más fuerte que nunca antes, reclamando justicia y poniendo al mismo tiempo en cuestión al propio servicio militar.

Durante mucho tiempo la "colimba" era, para la mayor parte de las familias argentinas, una especie de castigo divino que caía sobre los varones jóvenes y que, con resignación o bronca, se aceptaba como inevitable. Pero algo comenzó a cambiar después de la Guerra de Malvinas, cuando la indignación frente a las arbitrariedades de que fueron víctimas nuestros soldados conscriptos en manos de oficiales y suboficiales del ejército argentino fue más fuerte que el miedo a las represalias, y los civiles salimos no sólo a denunciar esos hechos sino que empezamos a cuestionar la vigencia misma del servicio militar obligatorio. A partir de entonces fue saliendo a la luz pública lo que todos sabíamos en privado: la "colimba" significa un año perdido, durante el cual los jóvenes son arrancados de la vida civil y sometidos a la peculiar lógica de los cuarteles, regida por una escala de valores cuya máxima aspiración se traduce en



la consigna "Subordinación y valor". Pero además, en la práctica, el sistema lleva al abuso, la servidumbre, la humillación y, como hemos visto una vez más en los últimos días, aun a la muerte. También fue quedando claro que éstos no son fenómenos aberrantes pero excepcionales, consecuencia de un "mal funcionamiento" del sistema, sino que, por el contrario, resultan de los propósitos mismos del servicio militar obligatorio. Desde su instauración en 1901, el objetivo del SMO no ha sido sólo el de entrenar soldados para la defensa nacional, sino centralmente el de intervenir sobre el cuerpo social para disciplinar y homogeneizar a la población. Como alguna vez dijo Dante Giadone, el servicio militar obligatorio fue concebido como un laboratorio de sometimiento de la sociedad civil.

Domesticiar al soldado, denigrar al civil, "ponerlo en su lugar" ha sido parte de la filosofía misma del SMO. A ello se agregaron prácticas corruptas

desarrolladas al amparo de la impunidad de que gozaron los militares durante décadas.

Desde 1982, entonces, se han ido erosionando las bases de aceptación del servicio militar obligatorio. Todos los años, cuando se sortea una nueva clase, miles de jóvenes se reúnen para repudiar públicamente el reclutamiento forzoso. Una organización, el Frente de Oposición al Servicio Militar Obligatorio (FOSMO), actúa como canal de expresión permanente de cuestionamiento. Varios proyectos de ley que tocan el tema esperan su tratamiento en el Congreso. Gradualmente, en el seno de la sociedad civil se ha ido incubando la reacción.

La explosión de protesta que vivimos en estos días puede entenderse, en parte, como resultado de ese proceso. Pero no se trata de un episodio más de una historia gradual, sino de un movimiento de una fuerza extraordinaria y con una repercusión enorme. ¿Cómo explicarlo? Veo por lo menos tres factores adicionales que se combinan en este momento particular. En primer lugar, existe una sostenida tendencia por parte de la sociedad civil a movilizarse en rechazo de los brotes de autoritarismo que una y otra vez resurgen en nuestro país. Este es quizá uno de los rasgos más saludables de nuestra frágil democracia: en varias oportunidades durante los últimos años ha sido la protesta colectiva la que ha frenado el avance del autoritarismo. En este caso, además, la movilización se inició a pocos días de la derrota del oficialismo en las elecciones de abril en Neuquén, lo que seguramente creó un clima favorable a la protesta.

En segundo lugar, el poder militar está relativamente debilitado. Muchas son las razones de esta situación. Los crímenes cometidos por integrantes de las fuerzas armadas durante el Proceso, revelados en el informe *Nunca más* y durante el juicio a las Juntas, así

como el desastroso desempeño militar durante la aventura de Malvinas, dieron por tierra con cualquier resto de prestigio que las FA hubieran podido conservar después de los años de la dictadura. Pero además, más allá de su imagen pública, desde 1984 los militares han visto reducido su presupuesto, debilitada su estructura, desdibujadas sus "hipótesis de conflicto" y, lo que es más importante, mermada su influencia política. Pareciera que las fuerzas armadas por fin han dejado de ser esa institución autónoma y omnipotente, cuyo poder los argentinos sufrimos durante largas décadas.

Finalmente, un tercer factor decisivo de la repercusión de la protesta actual ha sido la disposición de los medios de comunicación para actuar como canales efectivos de difusión de las manifestaciones provenientes de la sociedad civil. Esta actitud tan decidida de los medios es una novedad de los últimos años y, aunque no todos actúan con el mismo grado de compromiso, el periodismo se ha convertido así en un actor clave de nuestro espacio público.

En suma, estamos en un momento excepcional para avanzar hasta el fondo de la cuestión, tanto en el esclarecimiento del crimen del conscripto Carrasco como en el desmantelamiento del servicio militar obligatorio.

Hilda Sabato

Llenar la Plaza

Convocada para protestar contra la política económica de Menem, la Marcha Federal ingresará a la memoria como un acto más que se suma a la Plaza del No y que seguramente correrá la misma suerte que aquel acto: todos lo olvidaremos. Es probable que se intente incorporarlo al folklore mítico pero sobre todo servirá como punto de referencia para medir la concurrencia de otros actos futuros. Más o menos gente, más o menos combativo, más o menos pluralista. Pero la Marcha Federal no será un acto histórico como aparentemente aspiraban los organizadores. Ni bisagra, ni hito, ni expresión de la voluntad mayoritaria.

Pero si no es nada de eso y si sus consecuencias políticas son de dudosa eficacia, ¿por qué nos sentimos obligados a caminar varios kilómetros, sufrir el viento frío y soportar un doloroso plantón sobre el pavimento helado?

Por solidaridad y por aquella vieja disciplina.

Ni el radicalismo ni el Frente Grande -por citar a las dos principales fuerzas de la oposición- estaban muy convencidos de la conveniencia de realizar la marcha. Y si las dos hubieran faltado a la cita, las organizaciones sociales convocantes no hubieran llenado ni un tercio de la Plaza de Mayo. En consecuencia, fueron los partidos políticos los que contribuyeron al relativo éxito de la manifestación. Los grupos sociales no parecen tener un gran poder de convocatoria aunque las consignas que levantan sean sentidas como propias por una buena parte de la sociedad.

Hace ya tiempo que llenar o no llenar la plaza carece del significado simbólico que tradicionalmente tuvo. Y la sociedad parece entenderlo así cuando toma distancia de una protesta legítima que sin embargo no acompaña. Salvo algunas columnas del interior y los desarraigados que movilizó el Modin, la concurrencia era la de siempre: estudiantes, clase media, grupos progresistas y militancia.

No asistió el diez por ciento de subocupados ni el otro diez de desocu-

pados. No se sintieron convocados por los organizadores ni por los partidos políticos.

Conviene entonces revisar -sin exatismos- algunos métodos de oposición al modelo actual. Por lo pronto presentando un modelo alternativo que necesariamente deberá ser obra de un conjunto de organizaciones políticas y sociales y no producto de un solo partido. Y eso no se obtiene en las plazas sino en el Parlamento, en discusiones multipartidarias, en la depuración de los partidos, en la convocatoria de técnicos de distintas disciplinas, en la búsqueda de acuerdos programáticos entre fuerzas.

A un año de las elecciones de 1995 el único partido que tiene una propuesta y que es capaz de gobernar solo es el Justicialismo. Es muy difícil imaginar un gobierno del Frente Grande o del radicalismo si no es a través una convergencia. El Frente Grande solo no podrá. La UCR sola, tampoco.

Sin destimar para siempre el llamamiento a manifestaciones a las que seguiremos concurriendo, la convocatoria que necesita la sociedad es de otra índole. Es política, programática, solidaria en la diversidad, convergente para gobernar y no para ser una mera opción festiva que mide cuántos caben en la plaza y cuántos movilizó el grupo de al lado. □

Sergio Bufano



NUEVA SOCIEDAD

Director: Heidulf Schmitt

Jefe de Redacción: S. Chejfec

SUSCRIPCIONES (incluido flete aéreo)	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 140
Venezuela	Bs. 1.900	Bs. 3.500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 81.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

POLITICA

Las nuevas mayorías

¿Cómo articular en acción política el ancho espectro de sectores progresistas, cómo poner en marcha lo que aparece como una virtualidad del escenario abierto a partir del 10 de abril? Una tarea difícil y, además, urgente, que convoca a todas las fuerzas comprometidas con la construcción de nuevas mayorías democráticas.

Juan Carlos Portantiero

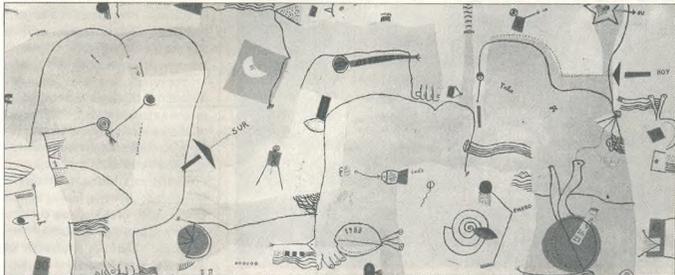
Imprecisamente, tal vez, una generalizada percepción colectiva nos envuelve: a partir del 10 de abril la política argentina estaría viviendo un punto de inflexión. Varios factores animan su presencia: el primero de ellos, sin dudas, el espectacular crecimiento de las expectativas electorales del Frente Grande -especialmente las encarnadas en la figura de Chacho Alvarez- sorpresivo aun para sus propios dirigentes, que ven cómo se apresura un camino que ellos habían imaginado más pausado. A este hecho que, aunque deberá ser revalidado en nue-

vos tests electorales, modifica por sí solo la previsibilidad de un cuadro tradicional de alineamientos mayoritarios, se debe agregar la progresiva pérdida del "estado de gracia" que aureolaba a Carlos Menem, las crecientes desconfianzas sobre los nuevos horizontes de la convertibilidad y las amenazas de colapso de la UCR, tras el mal negocio estratégico del Pacto de Olivos, que por primera vez en su historia estaría condenada, según muchas encuestas, al puchazo de tercera fuerza.

La complejidad del cuadro abre ciertamente la probabilidad de reagrupamientos ciudadanos expresivos de una voluntad de creación de nuevas mayorías, superadoras de la fatiga colectiva que ya empiezan a provocar masivamente las fuerzas políticas tradicionales. Todos los grandes procesos innovadores de la democracia argentina - 1916, 1945, 1973, 1983 - estuvieron marcados en su impulso inicial por

grandes cambios en los alineamientos cívicos, por originales coaliciones (políticas o sociales; explícitas o implícitas) que, más allá de su suerte posterior, de su capacidad de consolidación, indicaron vías nuevas de recomposición política. Creo que estamos viviendo un momento de transformación de expectativas y de comportamientos similar a los aludidos.

Es como si el episodio de la Constituyente, tan sospechado por su carácter de acuerdo de cúpula, de acuerdo político, en lugar de potenciar a sus propulsores contribuyera a opacarlos, colocándolos en un espacio de sombras en el cual el más perjudicado es, en tanto oposición, el radicalismo, que ve desfilarse su identidad y que soquete así a sus bases y a sus apoyos electorales a la confusión y la incredulidad. Menem, por su parte, aunque ha conseguido la sortija de su reelección advierte que esa pasión por la perpetuidad ha incrementado mu-



cho más la desconfianza que los entusiasmos y ve también cómo ese escenario de caja de Pandora estimula las contradicciones internas de su partido, sobre todo a partir de los reclamos y quejas de las provincias heridas por el plan económico y sus derivaciones sociales, pero también porque muchas de ellas no han podido entrar en el juego del continuismo. Las protestas de Duhalde, de Reutemann, de Ortega, de Moine, sumadas a las de los descuentos menos coyunturales como Kirchner y Marín, han ocasionado fisuras profundas en el invicto estilo menemista sobre las que trata de meter su cuña Bordón.

Ascenso del Frente Grande, crisis en los dos grandes partidos, declinación del triunfalismo menemista, descontento provincial, inquietud en la sociedad por el futuro del plan económico; estos son los rasgos centrales que definen el nuevo paisaje. Cualquier observador advierte que existen

enorme cantidad de expectativas en disponibilidad. En 1983 su movilizador fue el discurso democrático de Alfonsín; en 1991 el discurso economicista de Menem-Cavallio; ambos son hoy a todas luces insuficientes para seducir a la población, hastiada de friolidad, de corrupción, de impunidad, de mensajes partidocráticos confusos y sometida a un malestar social y cultural crecientes. Es cierto que entre estos pliegues de desánimo colectivo opera el neopopulismo de Rico, pero también que la suma de voluntades del radicalismo, del Frente Grande, de los socialistas, de algunas fuerzas provinciales y del peronismo descontento al que Bordón aspira representar, abren enormes posibilidades para proyectar un futuro político distinto para la Argentina.

¿Cómo transformar en real a esa coalición virtual? ¿Cómo conseguir que un estado de ánimo colectivo devenga fuerza social e instrumento político?

Esse es el gran desafío y no está escrito de antemano su éxito, sea para las más próximas elecciones presidenciales o para un diseño de acción a más largo plazo. Hasta ahora la ecuación parece contener tres términos y cada uno de ellos plantea problemas: Chacho Alvarez (y los socialistas) en el esquema del Frente Grande; Federico Storani en la UCR y Bordón cerca de los límites del peronismo. Los tres dirigentes han expresado en diversas tribunas su ánimo de coincidencia transversal y hasta el propio Alfonsín que, a lo que parece no tiene intenciones de abandonar la presidencia de su partido, suele insistir sobre la necesidad de una coalición política posmenemista. Pero todos, en mayor o menor medida son prisioneros de lógicas de aparato, del "patriotismo de partido" que solía evocar Gramsci, por lo que Menem podría conseguir los diez puntos de ventaja que necesita para consagrarse en una primera vuelta (si alcanza un 40 por ciento, lo que es perfectamente posible) en caso que las fuerzas de oposición vayan divididas. Este escenario, de ningún modo irreal, implicaría un nuevo capítulo de la larga saga de ocasiones perdidas protagonizada por el progresismo en la historia argentina.

Transformar una mayoría eventual, sostenida sobre sentimientos difusos, en mayoría electoral y en oportunidad de gobierno es una obra de complicada ingeniería. Ignoro si será posible consumarla. Pero de todos modos cabe decir que es muy significativo lo que viene sucediendo desde el 10 de abril en adelante: por primera vez ese tema está planteado abiertamente, es discutido por los dirigentes, forma parte de las expectativas de la opinión pública.

Por primera vez, además, un pensamiento de izquierda democrática que recorre a varias fuerzas políticas y constataciones ideológicas se plantea salir de su enclaustramiento testimonial, de su *ghetto* confortable de cultura de oposición, para asumirse en el nivel de la cultura de gobierno. En este aspecto, fundamental, decisivo para cualquier futuro político, el progresismo argentino parece hallarse en vísperas de una mutación. Mucho es lo que habrá que

agradecer a la lucidez, al coraje y a la honestidad intelectual de Chacho Alvarez por esta posibilidad de transponer los atávicos muros del aislamiento. Ha sido él quien con mayor fuerza ha planteado la necesidad de ese salto hacia la madurez, incorporando a un clásico discurso de la negatividad retórica la productividad de un mensaje que recoge la estabilidad democrática y la estabilidad económica como conquistas a las que no se debería renunciar, aunque dotándolas de nuevos contenidos. Esa actitud ya le está costando el precio de muchas críticas de sus compañeros de filas y de algunas voces periodísticas, melancólicas del pasado de los 70. Dado que él es el principal accionista de la empresa electoral del Frente Grande es muy probable que esa batalla pueda ganarla, pero ése es un primer obstáculo para la conformación política de una nueva mayoría que no debe ser subestimado: el del sectarismo de una izquierda que, en nombre de "principios", bloquea desde dentro del Frente Grande la posibilidad de aperturas hacia la creación de una nueva mayoría progresista preocupada por los problemas de la gobernabilidad. Alvarez ha sido muy claro en afirmar, reiteradamente, que los límites actuales de la coalición que lidera son insuficientes para expandir un proceso de reformas a escala nacional y que un proyecto que sólo se instale como catálogo de protestas tampoco alcanza para superar la crisis.

Esta misma dosis de prudencia y de realismo político habría que pedirle no sólo a muchos de sus compañeros frentistas (que oscilan entre el reclamo de ser el "verdadero peronismo" o la "verdadera izquierda") sino también a los radicales, quienes deberían advertir seriamente que ya no son la única alternativa viable de la oposición y que además está en dudas que siga siendo la más



numerosa. Desgarrada por una severa crisis de identidad, la UCR deberá resolver en estos meses qué papel quiere en este futuro de recomposición política que está en curso. Está claro que si persiste en una actitud de banal aislamiento, de autoinsuficiencia, si continúa creyendo que repetir la frustrada candidatura de Angeloz es su mejor apuesta política, se enredará aun más en las sombras de su debacle. Aquí también hacen falta gestos de grandeza en favor de la constitución de un espacio transversal de agregación política posmenemista: Alfonsín y Storani tienen

mucho que decir y hacer al respecto.

Otro tanto cabe para el fenómeno que comienza a expresar Bordón. Desde una veta que resaca mucho más que el Frente Grande al legado "justicialista", el senador mendocino se está transformando en el emergente de energías políticas, sobre todo provinciales, que rechuzan la perpetua-

ción de este régimen que las condena a la marginación. En la composición de una nueva mayoría democrática su presencia resulta significativa para la constitución de un polo amplio que, manteniendo las peculiaridades de nuestra historia política, resulte más parecido a la Convergencia chilena que al Frente Amplio uruguayo o al peteísmo brasileño, para citar a tres modelos que en el sur del continente buscan darle perfil a similares propuestas transformadoras.

Sabemos que la suma aritmética de todos estos votos, radicales, frentistas, socialistas y bordonistas, a los que se sumarán ciudadanos de otras preferencias, configuran una fuerza apreciable con posibilidades de gobierno. El problema es transformarlas en mayoría y en acción política. ¿Cómo hacerlo? Ese es el desafío de la hora. Se habla de pasos progresivos: un compromiso programático previo, el acuerdo sobre la constitución de un gabinete de coalición, la elección de un candidato presidencial que surja de internas abiertas en las que confronten a la luz del día los principales referentes de este gran partido transversal. Todos ellos son legítimos, pero el tiempo urge porque las elecciones están a la vista. Para esta gran empresa, mañana es tarde. □

Una biblioteca se hace con libros. (No con fotocopias)

- Mariano Plotkin. Mañana es San Perón \$24
 Mario Margulís y otros. La cultura de la noche \$16
 Jorge Castañeda. La utopía desarmada \$28
 George Steiner. Presencias reales. \$20
 David Rock. La Argentina autoritaria. \$18
 Fernando Savater. Ética para Amador. \$12
 Fernando Savater. Política para Amador. \$12
 Umberto Eco. Obra abierta. \$16
 Jean Piaget. Psicología y pedagogía. \$9.80
 Jean Piaget. Seis estudios de psicología. \$9.80
 Gérard Haddad. Los biblioclastas. \$18
 Louis Althusser. El porvenir es largo. \$24

EN TODAS LAS LIBRERÍAS
ESPASA CALPE
 SUEWABANK ARRAZ C/ESQ. ALFONSO, 101/110

Entre los principios y la realidad

El escenario político está conmovido por la insospechada potencia demostrada por el Frente Grande, que tal vez abra el espacio para el desarrollo de un nuevo actor, capaz de encolumnar y dar cuerpo político a la izquierda democrática y al progresismo. Pero, precisamente, ese protagonismo virtual sólo puede materializarse mediante la resolución de desafíos insoslayables en el plano de los principios, de la organización, del discurso y de los aliados.

Jorge Tula

No es la primera vez que en el escenario político argentino surge una tercera fuerza que, instalada en un espacio que podríamos denominar de izquierda democrática, se insinúa como una posibilidad cierta de afectar al bipartidismo que se ensañara en nuestro país desde hace varias décadas y que, por sus características, hasta ahora fue una traba para la aparición de una nueva fuerza claramente diferenciada de los partidos históricos que, como es posible apreciar, incluyen en su seno a sectores en algunos casos significativos que por afinidad ideológica podrían agregarse a un desafío de esta naturaleza.

Las experiencias históricas más recientes en este sentido parecen mostrarnos que, cuando se insinuó un fenómeno de esta naturaleza, por lo menos hasta ahora en cierta medida funcionaron más como movimientos transversales, con vida más o menos efímera,

que desempeñaron el importante rol de estímulo para el crecimiento y la consolidación de corrientes afines en el seno de esos partidos y para la modificación de algunas conductas de los partidos históricos, como centros de agregación consistentes y con capacidad cierta para lograr el objetivo muchas veces declarado: la conformación de una verdadera fuerza alternativa en condiciones de conmover el "bipartidismo imperfecto" que funciona sin mayores dificultades hasta nuestros días.

Tomamos prestado esta expresión de Giorgio Galli para describir un escenario político en el que tienen presencia excluyente dos partidos que se instalan en el centro y que, en determinadas coyunturas históricas, se inclinan uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda para presentarse con algún rasgo que los diferencia entre sí. A grandes líneas éste es el caso argentino, donde peronismo y radicalismo se han recostado no siempre sin ambigüedad hacia uno u otro lado en diversos momentos de la vida política argentina.

Se puede advertir que a esta consideración subyace la creencia de que para un mejor funcionamiento del sistema político, y de acuerdo con ciertas tendencias que podrían observarse en algunas sociedades más desarrolladas, deberíamos encaminarnos, y trabajar por cierto en ese sentido, hacia el surgimiento de dos fuerzas claramente diferenciadas que, instalada en la derecha, una, y en la izquierda, otra, traten de lograr que sus propuestas programáticas sean aceptadas por un electorado que cada vez más prefiere instalarse en el centro para escuchar con mayor comodidad e

independencia la oferta política de fuerzas notoriamente discordantes.

En cierto sentido se podría afirmar que el bipartidismo argentino se está modificando porque uno de sus partidos históricos se ha corrido hacia el extremo derecho del arco y desde allí dirige ahora sus propuestas hacia la sociedad. Pero si este extremo está siendo ocupado por el peronismo, el otro todavía está en disponibilidad: las fuerzas que podrían instalarse en este espacio vacante están dispersas y franjas significativas de ellas conviven aún en el seno de esos partidos con otras que le dan la fisonomía con que se presentan en la arena política.

Alejado el peligro de la hiperinflación e incorporada la estabilidad como un dato irrenunciable para la consolidación de cualquier proyecto democrático, la sociedad argentina parece ahora encaminarse hacia la búsqueda de fórmulas adecuadas para superar los desequilibrios perturbadores de diverso tipo, entre los que está presente con una gran intensidad la concentración económica y política del poder, utilizados abusivamente hasta distorsionar de manera notoria el funcionamiento del sistema democrático.

En esta búsqueda, estratos cada vez más significativos y de diversos sectores sociales les parecen requerir la existencia de una nueva fuerza política a la cual delegar la responsabilidad de una oposición severa e inteligente ante lo que consideran un deficiente desempeño del partido al que habían elegido para cumplir ese rol. Pero, conviene advertirlo, esta preocupación parece exceder la mecánica institucional y brindar

señales de orientación política.

Las preferencias ciudadanas, como es sabido, se ha volcado en la última contienda electoral hacia el Frente Grande, una fuerza política nacida de la heterogeneidad y de la voluntad de diseñar un ámbito en el que convivieran, bajo una misma sigla, fuerzas de distintas tradiciones políticas - que en algunos momentos de nuestra historia más o menos reciente estuvieron seriamente enfrentadas en el plano de las ideas y de la acción - a las que los cambios producidos en nuestro país y en el mundo las ha ido acercando, tal vez más por la presencia de un enemigo común que está afectando a cientos que algunas de ellas ayudaron a levantar y por acuerdos genéricos respecto del futuro, que por coincidencias programáticas claras y por concordancia respecto de los instrumentos adecuados para efectivizarlas.

Así las cosas, el mapa político de nuestro país prosigue entonces su modificación con otro hecho que podría alcanzar una importancia no menor: la aparición impetuosa de esta nueva fuerza política que postula como uno de sus objetivos principales dar forma acabada al otro polo, el de la izquierda democrática, para poner fin al mencionado bipartidismo imperfecto.

La sorprendente irrupción del Frente Grande parece generar pues condiciones más propicias que otra vez para la construcción del polo que falta. Porque para que ello fuera posible era y es necesario la presencia de una fuerza de izquierda democrática con un grado de consenso significativo, fuerte, independiente y con una clara vocación de convocar, primero, a fuerzas más afines para fortalecer el núcleo de izquierda democrática y, después, a los sectores progresistas que habitan en los partidos históricos, quienes, por razones más o menos entendibles, tienen menor inclinación y por ende mayores dificultades para ser los encargados de tomar la iniciativa en este desafío.

El primer paso de reunir a la fuerza más cercana, por razones programáticas y por independencia política, finalmente dio sus frutos. La convicción de la

necesidad de ese paso se vio acompañada por una generosa y tozuda insistencia de Chacho Alvarez que terminó venciendo la obstinada resistencia de sectores mayoritarios de la Unidad Socialista para, en lo que debería ser una primera etapa, dar consistencia formal en una alianza electoral a las coincidencias que se expresaban en los hechos. En las diversas gestiones legislativas, instancias donde se pueden medir las propuestas y el accionar político de ambos partidos, resulta muy difícil encontrar diferencias de importancia.

Los pasos sucesivos para reunir a los demás sectores progresistas enfrentarán mayores dificultades. Pertenecer a los partidos mayoritarios siempre brinda a las franjas que los integran la esperanza de convertirlos en expresión de sus ideas y en centro de atracción para los que transitan, más allá de esas fronteras partidarias, por caminos que se dirigen hacia un objetivo más o

menos parecido. Pero también está presente el comprensible temor de abandonar la amplia casa que siempre los cobijó para edificar una nueva cuyos comienzos sólo serían sólidos si existen convicciones fuertes y constructores que suplan su inexperiencia en esta materia con una gran inteligencia y decisión política.

Para ser el gestor principal de esta formidable empresa - por otro lado es el único que está en condiciones de serlo en la actualidad - el Frente Grande deberá tener presente que una tarea de ingeniería política de esta envergadura necesita de cierta dosis de sabiduría política para entender y aceptar la diversa percepción de los tiempos políticos que se tiene según sea el lugar donde se está ubicado en el complicado tablero de las fuerzas progresistas. Porque, al fin y al cabo, acceder a la segunda etapa de la conformación de un polo progresista probablemente sea una larga tarea de construcción política.

Ada Horn Editora

¿Por qué ningún creyente creó el psicoanálisis?

¿Por qué hubo que esperar a un judío sin dios?

Peter Gay, uno de los más distinguidos historiadores de la cultura, se propone contestar estos interrogantes y expone el pensamiento del propio Freud sobre la relación entre psicoanálisis y religión.

UN JUDIO SIN DIOS

Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis

de

PETER GAY



Uruguay 651 8° H

Buenos Aires

ca que no se detiene en el tejido de alianzas que reclama la competencia electoral inmediata, aun en circunstancias claramente favorables como las actuales.

Pero además, para erigirse en el verdadero articulador de esta inédita experiencia política, el Frente Grande deberá sortear con éxito otras dificultades.

Una de ellas deriva de su reciente y heterogénea constitución, y por tanto de la ausencia de tiempo y de experiencias en común suficientes entre las diversas fuerzas que la integran como para avanzar aun más en la búsqueda de mayores coincidencias antes que caer en la tentación de reproducir las conductas políticas tan propias de la izquierda argentina que prefieren resaltar y exacerbar los elementos que las diferencian.

Pero, a la vez, después de este primer gran éxito y ante las posibilidades más o menos ciertas de acceder al gobierno, también es el momento adecuado para reflexionar con mayor seriedad aun sobre el grado de coincidencias efectivas en el plano de las ideas, en el diseño de programas y en los instrumentos idóneos para efectivizarlas. Se trata evidentemente de una tensión de la que no se puede escapar.

La presencia en una fuerza de izquierda que pretende ser "razonable" de expresiones de izquierda más extremas, que por valores y aspiraciones tienen no obstante la posibilidad de compartir un mismo espacio, puede sin embargo generar confusión y plantear obstáculos en la búsqueda de identidad. Más aun, esta ambigüedad será por cierto utilizada por los adversarios en cualquier contienda electoral. No se trata por cierto, como alguien dijo, de preferir perder acompañado de claridad que vencer de la mano de la ambigüedad. Sucede que en un momento de construcción de una nueva fuerza política, donde no es fácil desterrar la confusión y las dudas, la claridad es también un arma táctica de consideración.

Sin tener aún la posibilidad de resolver los problemas que se le presentan en su seno, el Frente Grande debe presentarse, a pocos meses de su nota-

ble, e inesperado por su magnitud, éxito en las urnas, a un nuevo llamado electoral. La simultaneidad de los dos desafíos (construcción de una fuerza sólida y coherente de izquierda democrática en la que no deben estar ausentes los socialistas y realizar alianzas electorales con los sectores progresistas que habitan en los dos partidos hasta ahora mayoritarios, en especial las distintas tendencias que integran el radicalismo) lo coloca ante el riesgo de confundir dos problemas que me parecen de diferente entidad pero que por el hecho de estar ambos en gestación pueden aparecer como superpuestos: construir una fuerza de izquierda democrática implica una gran dosis de severidad en la enuncianción y defensa de ciertos valores que la definen como tal, significa expresar con nitidez una voluntad colectiva de justicia social, de disminución de la arbitrariedad, de reducción de la desigualdad. Realizar acuerdos electorales de diverso tipo con otros sectores progresistas quiere decir avanzar con ellos hasta donde las coincidencias lo permiten, pero seguir insistiendo con aquellos principios y propuestas que constituyen el rasgo distintivo.

La decisión de construir una fuerza de izquierda democrática que en el futuro sea más que una alianza electoral debe realizarse con perspectiva de futuro y por tanto requiere un gran esfuerzo para no subordinar el mensaje a los requerimientos tácticos electorales y a cálculos sobre el comportamiento de otras fuerzas políticas. Las políticas generalmente se modifican según sean las coyunturas. No sucede lo mismo con la identidad.

Si bien es posible observar que los valores que fueron patrimonio de la izquierda democrática se fueron incorporando en los últimos tiempos al lenguaje y al programa de partidos de tradición distinta, también es posible advertir por ahora la distancia que existe entre los valores tomados en serio e incorporados en la vida cotidiana y los valores exaltados en la propaganda pero que son degradados en los actos de gobierno.

Así las cosas, uno de los rasgos distintivos del "futuro ser de izquierda", como dice Flores d'Arcais, debería ser entonces coherencia respecto de los valores proclamados y entre éstos y los hechos del propio actuar cotidiano. Categorías que son propias del mundo moral, como la coherencia y la hipocresía, se convierten en los hechos en criterios de distinción política.

No se puede ignorar por cierto que a partir de principios tan generales como los que enunciamos es imposi-

ble elaborar sin más propuestas políticas concretas y que para diseñar estas últimas se necesita además una lectura inteligente de la realidad tal cual es. Así las cosas, si bien los principios no nos indican el camino preciso que debemos recorrer, sí nos dan en cambio una orientación. En esta orientación es conveniente insistir en épocas como

esta en que se están dando los pasos pioneros que puedan ir mostrando lo que parecería ser el requerimiento futuro de la sociedad: coraje, honestidad, lealtad, osadía y el carisma necesario para conseguir ganar la confianza de los ciudadanos para el gran desafío de la época: la consolidación y renovación permanente de la democracia.

Tal vez lo más notable de este momento de la vida política argentina es que ese liderazgo haya surgido del seno de la izquierda democrática. Y se trata por cierto de un liderazgo innovador y promotor a la vez. Innovador, en la medida en que Chacho Alvarez instala a la izquierda democrática como elemento significativo de la consolidación y renovación democráticas y que encarna la renovación de la clase dirigente en momentos en que adquiere mayor importancia que nunca la calidad moral y cultural de quienes incursionan en la política: promotor, en el sentido que pretende que quienes son portadores de valores colectivos reales (pero que por sí solos no están en condiciones de construir un proyecto global) unan sus fuerzas y que las experiencias progresistas acumuladas en los distintos ámbitos del país -cada una representante con igual dignidad de franjas importantes de la realidad social y política- llegue adonde ninguna de ellas, por sí sola, puede hacerlo.

Para arribar a lo que en principio se presenta a los ojos de la sociedad como una nueva fase de la vida política argentina no sólo fue necesario que se expresara en las urnas con notoria claridad el creciente malestar de la ciudadanía sino también lo que parece ser el inesperado surgimiento de un nuevo liderazgo político.

Los políticos que dejan su marca en la historia no son los que quedan cautivos de la realidad tal como se le presenta ni de sus fantasías respecto de ella sino los que tienen capacidad para estrujarla y transformarla en racionalidad.

La creencia de que la democracia argentina se había convertido en un sistema político prisionero de la apatía y de la indiferencia ciudadanas parece haber llegado a un punto de ruptura. Para arribar a lo que en principio se presenta como una nueva fase de la vida política argentina no sólo fue necesario que se expresara en las urnas con notoria claridad el creciente malestar de la ciudadanía sino también lo que parece ser el surgimiento de un nuevo liderazgo político. La democracia, para funcionar de la mejor manera, tiene necesidad de actores políticos y sociales, de partidos y sindicatos que cumplan sus funciones, de participa-

ción y compromiso. Pero también de pioneros que puedan ir mostrando lo que parecería ser el requerimiento futuro de la sociedad: coraje, honestidad, lealtad, osadía y el carisma necesario para conseguir ganar la confianza de los ciudadanos para el gran desafío de la época: la consolidación y renovación permanente de la democracia.

CLUB DE CULTURA SOCIALISTA "JOSE ARICO"

Actividades desarrolladas

19-3-94: **Proyectos de reforma constitucional.** Enrique Paixao, Eugenio Zaffaroni y Emilio Corbière.

22-4-94: **Autonomía de la Ciudad de Buenos Aires.** Facundo Suárez Lastra, Eduardo Jozami y Norberto La Porta.

6-5-94: **Después de las elecciones.** Chacho Alvarez y Freddy Storani.

13-5-94: **¿Qué hacer con la universidad?** Juan Carlos del Bello.

27-5-94: **La utopía desarmada.** Jorge Castañeda.

3-6-94: **La Argentina y el nuevo escenario internacional.** José Luis Machinea

10-6-94: **El centro-izquierda.** Chacho Alvarez.

1-7-94: **Debate sobre el aborto.** Laura Klein y Diana Galimberti. Coordinación de Haydée Birgin.

Bmé.Mitre 2094 - 1º
(1039) Buenos Aires
953-1581



El retorno del progresismo

El autor formula un conjunto de ideas sobre el "retorno del progresismo" en la política argentina, aludiendo con ello más a la verosimilitud de la consolidación de una fuerza progresista en el juego político que al logro de su efectiva cristalización, ya que -sostiene- esta última dependerá de la pericia de los actores y de condiciones objetivas ajenas a ellos.

Ricardo Sidicaro

No es este artículo un ejercicio de profecía ni, menos aun, un consejo para príncipes; más modesto, trata de ordenar algunos aspectos de la amplia materia prima empírica conocida y apunta a hacer relativamente más inteligible las condiciones en que el "retorno" se hizo imaginable y, por esa vía, quizá, posible.

El fin del viejo sistema tripartito

Por un extraño, si bien comprensible, narcisismo civil solemos referirnos con frecuencia al sistema de partidos argentinos con la noción de bipartidismo, que incluye solamente al peronismo y al radicalismo. En realidad, la Argentina fue gobernada entre 1955 y 1983 por un sistema tripartito que, además de los dos mencionados, se completaba con el Partido Militar. Entre los tres habían establecido lo que denominé en algunos textos de hace una década "la alternancia perversa". Como lo hacían los otros partidos, el integrado por los militares tenía un programa cambiante y confuso, buscaba alianzas sociales y políticas de una manera errática y voluble, exponía un discurso público versátil, colonizaba

los aparatos estatales cuando alcanzaba el gobierno con adherentes, familiares y amigos y se retiraba al llano -en su caso, los cuarteles- después de haber fracasado en la gestión, para iniciar entonces una autocrítica que le permitiera, luego de disiparse el recuerdo, volver a los puestos públicos con una nueva cuota de credibilidad social una vez que se agotara la experiencia civil. La mayor dificultad para percibir a los militares como un partido surgía del hecho de que formaban parte de la burocracia estatal, factor que les permitía, a pesar del carácter maltrato de las instituciones, beneficiarse de los efectos de estadolatría que hacen ver a los funcionarios permanentes del Estado como partidariamente neutros. Otro factor menos importante era que como consecuencia de la lógica interna de los escalafones castrenses, el Partido Militar renovaba sus jefes con mayor frecuencia que los otros dos participantes del sistema tripartito. En fin, sin llevar la idea al extremo, digamos que así como es válido sostener que los peronistas encontraban lo principal de sus apoyos en una parte de los sectores más pobres de la población, los radicales los hallaban en las clases medias, el Partido Militar recogía la adhesión de los principales intereses propietarios, quienes introducían algunos de sus hombres y dirigentes corporativos o de minipartidos liberal conservadores allegados en los elencos administrativos de facto.

Los cinco años y medio de la administración alfonsínista fueron el escenario de equilibrios inestables, en los que se reflejó la profunda mutación política producida por el fin del viejo sistema tripartito y el trabajo de los dos actores sobrevivientes para readequarse a la nueva situación con la fantasía que podían seguir siendo los mismos de la época en que jugaban tres.

El tripartidismo se quebró en 1983. En la esperanzada restauración de la democracia muchos parecieron olvi-

dar que cuando un sistema pierde uno de sus componentes se transforman necesariamente los restantes. Existieron varias modalidades de cambio y aquí me parece importante destacar la lucha entre abierta y solapada que entablaron los peronistas y los radicales para capturar a los que habían sido los apoyos sociales y políticos del Partido Militar derrotado en su autostimonia y prácticamente disuelto con el fracaso del "proceso" y de la campaña bélico-política del Atlántico Sur. Los grandes intereses propietarios y sus políticos allegados habían quedado disponibles y radicales y peronistas se propusieron

desde 1983 conquistar su apoyo. En lo inmediato, Alfonsín fue, para ellos, el "mal menor" en comparación con un peronismo más amenazador por su desorganización interna y su historia que por su programa, que notoriamente era más complaciente hacia el poder económico que el del radicalismo. Todo el período 1984-1989 puede ser leído en una de sus dimensiones como el del conflicto entre ambas fuerzas políticas queriendo seducir a los "altos". Lo que otrora habían sido las "minorías oligárquicas" pasaron, en un sugestivo deslizamiento de términos, a ser los "capitanes de la industria"

con todo el reconocimiento positivo que la expresión connotaba, a pesar de que, paradójicamente, se la seguía empleando con pretensión crítica. El discurso racional y mesurado de la llamada renovación peronista apuntó tanto a una parte del electorado de clase media como al gran empresario que, a poco andar, se preguntó si efectivamente el alfonsinismo era el "mal menor". El gobierno radical cedió frente a los grandes intereses por una mezcla de ética de las responsabilidades, dieran, y por un cálculo electoral evidentemente asociado con los manejos de la economía. Inasistibles, los amigos empresarios parecieron desconcertar a los radicales que terminaron por ofrecerles la fórmula Angeloz-Guzmán, con la inocente aspiración de que ese podía ser un complemento adecuado para hacer más creíble el programa liberal con el que enfrentaban al populismo menemista. Ya duchos en el juego electoral, los grandes intereses propietarios aportaron a los dos partidos, exigiéndole, posiblemente, más a Menem por su dudoso pasado y en la algarabía de su triunfo consiguieron compartir el gobierno. Así, los cinco años y medio de la administración alfonsínista fueron el escenario de equilibrios inestables, en los que se reflejó la profunda mutación política producida por el fin del viejo sistema tripartito y el trabajo de los dos actores sobrevivientes para readequarse a la nueva situación con la fantasía que podían seguir siendo los mismos de la época en que jugaban tres. Sin embargo, al pasar a ser sólo dos y disputarse por las bases conservadoras del Partido Militar la transformación de peronistas y radicales resultó muy profunda, aun cuando en la superficie, por la poca vocación programática de ambos, los gestos y los discursos supusieran una cuota alta de malos entendidos en los que se extraviaron casi todos los actores y los observadores.

La revolución copernicana de Menem llevó a la perfección, si bien desprolijamente, el cambio del peronismo. Los radicales habían sido durante décadas lo otro del peronismo, seguir manteniendo la misma identidad cuando la de su antagonista desaparecía fue una ilusión que le impidió a muchos entender el acelerado fraccionamiento de su centenario partido. La historia populista del menemismo, que le conservaba adhesiones populares, y el deseo de captar el apoyo de los sectores económicamente dominantes, le impedía a los radicales con-

vertirse en el polo progresista de la nueva dinámica política. Poor aun, el radicalismo basó buena parte de su autocrítica gubernamental en la importancia decisiva de la acción de los grandes intereses económicos; unos estimaron que no se les había cedido lo suficiente y otros que se les había dado demasiado. Una conclusión los conducía a correr al menemismo desde la derecha y otra desde la izquierda. Incapaces de optar por una alternativa, tampoco lograron convertirse en una oposición democrática capaz de hablar consistentemente en nombre de la defensa de las instituciones y de la racionalidad administrativa, probablemente a causa del impacto que les ocasionaba la disolución del peronismo. El Pacto de Olivos puede pensarse como un intento de acto de nacimiento de un sistema colombiano, en el que los dos partidos quieren conservar la marca registrada de sus tiempos mejores, aun cuando ya son plenamente conscientes, ellos y la sociedad, de la profunda metamorfosis que supuso para ambos el fin del viejo juego tripartito. Sin

embargo, allí están también los restos de las antiguas identidades y los reflejos de sobrevivencia que a unos y a otros los pueden llevar a desempolvar hábitos y estilos anteriores, tratando de reconstruir siquiera en arenas electorales los roles de los que ya no son contemporáneos.

El lugar de la oposición, según lo demostró la elección de constituyentes no es ni simple ni tampoco monopolio del progresismo, pero, al menos, se hace verosímil un crecimiento de una fuerza política de ese signo. Al progresismo lo ayudó la crisis del viejo sistema que aforó a la conciencia pública con el pacto de Olivos. En algunos distritos y provincias el progresismo sumó a los votos que obtenía en elecciones anteriores los de muchos descontentos de los partidos tradicionales y una parte de sufragios de marcada orientación antipolítica. Nada es posible, en principio, decir sobre la estabilidad de esas opciones, pero si se las puede pensar como algo distinto a motivaciones de coyuntura es en virtud de la crisis de disolución del viejo juego político.



co. En las condiciones actuales todos los ciudadanos se encuentran ante nuevos partidos políticos, tengan éstos nombres tradicionales o recién estradados; los de antes ya no son lo que eran entonces. Ello no impide que las dos principales fuerzas civiles del viejo sistema recibieran sufragios nostálgicos, pero las igualdades de oportunidades se han incrementado notablemente para los nuevos actores. En sentido estricto cabe afirmar que la crisis del viejo sistema ha generado un espacio en el que es posible que se consolide una fuerza política de carácter progresista.

Si hasta aquí hemos focalizado la atención en el campo del antiguo régimen de opciones partidarias corresponde ahora interrogarnos sobre los cambios de las orientaciones de los sectores progresistas que pueden contribuir u obstaculizar al logro de una mayor profundización de ese proceso complejo del que participan

Las transformaciones de la Argentina y el progresismo

Las condiciones sociohistóricas argentinas parecieron obstaculizar la constitución de actores progresistas autónomos en la escena política. Así, si nos referimos a las cuatro últimas décadas cabe sostener que tanto el peronismo como el radicalismo tuvieron tendencias internas progresistas cuyos dirigentes prefirieron compartir sus destinos con fracciones de otra orientación y asumir *in toto* políticas partidarias con las que no estaban plenamente de acuerdo. Algo similar ocurrió con los respectivos electorados, integrados por volantes con las más disímiles motivaciones, dentro de los cuales una fracción para nada deseable tenía sensibilidad progresista. En el campo heterogéneo de las tendencias y partidos de izquierda predominó la discordia y el enfrentamiento por sobre las posibilidades de una acción concertada. Sin que fuese el único factor en juego, las divisiones de las izquierdas en muchos momentos fueron una consecuencia de la gravitación del peronismo y de su capacidad para

concentrar apoyos populares. En ese aspecto, la política nacional cruzaba las estrategias de las izquierdas y las definió aun a su pesar.

La crisis del sistema tripartito con las modificaciones profundas producidas en los roles que pasaron a desempeñar peronistas y radicales cuando el Partido Militar quedó fuera de la arena política se encontró en la base, como hemos visto, de la posibilidad de un crecimiento de alternativas progresistas. El acercamiento de radicales y peronistas a los sectores económicamente dominantes huérfanos del partido militar, tendió a provocar en los últimos años el malestar ideológico de sus alas progresistas y el alejamiento de una parte de sus electores. También esos cambios liberaron a la izquierda del problema peronista y sólo a algunos de sus integrantes, y de modo efímero, le plantearon la "cuestión alfonsinista", pero ésta se desdibujó muy pronto. En esas condiciones, la transición abierta en 1982-83 con la crisis del sistema tripartito muestra signos de hallarse en vías de solución en

un plazo no lejano. Muchos elementos llevan a suponer que por primera vez en la historia argentina podría surgir un progresismo independiente, es decir, que no sea integrante de otra colectividad política mayor en la que negocie su existencia con tendencias adversas y que tenga posibilidades de acceder al control del gobierno nacional.

Entendemos pertinente completar este breve análisis refiriéndonos a los eventuales obstáculos y desafíos de un nuevo progresismo en la situación actual. En primer lugar, y considerando la historia de nuestro país, no está de más recordar que la tentación populista formó siempre parte del horizonte político argentino. Los programas autentes, o bien confusos y difusos, con la aspiración de sumar a todos fueron un elemento común en los populismos y se incorporaron todas las ideologías, progresismos incluidos. En un debate hipersimplificado se discutió la entidad del hipotético "pueblo" en oposición a las hipotéticas "dos clases" del marxismo vulgar y la complejidad de las desigualdades y de los conflictos

sociales no fue incorporada de manera consistente a la mayoría de los pensamientos progresistas. Las nociones populistas entran en las ideas progresistas cuando éstas no pueden definir los sectores sociales a los que se proponen beneficiar y a aquellos que, en consecuencia, deben perjudicar. El hecho de que los grandes intereses empresarios

deben dar respuesta. Una fuerza política nueva carecería de las ventajas del pasado común y su solidez dependería de una manera decisiva de la capacidad de unificar preocupaciones y objetivos para nada conciliables de manera automática o con invocaciones ideológicas mágicas. El correlato de esa dificultad puede ser un aumento de la tentación populista, remedio vacío que sustituiría de un modo electoral, coyuntural y precario, la reflexión sobre el problema de las múltiples desarticulaciones nacionales y revelaría que los conflictos sociales y demandas sectoriales están insuficientemente incorporados al pensamiento progresista.

La tentación del discurso vacío, justificado en "razones de época", liquidaría las posibilidades de crecimiento de las alternativas progresistas. La emergencia de nuevos movimientos sociales ya puebla la escena política de interlocutores que solicitan respuestas a sus demandas y que con su sola presencia revelarían los vaciamientos del discurso de cualquier fuerza política.

La desarticulación estatal, económica, regional, cultural y social de la Argentina actual es un desafío y un obstáculo importante para la construcción de una alternativa política progresista. En la época en que el país se hallaba más integrado, encontrar los puntos de coincidencia entre actores que vivían problemáticas distintas resultaba más simple. Hoy, el ingreso medio *per cápita* en la Capital Federal, más allá de esa región en un perfil de consumos y expectativas parecido al de los países desarrollados, mientras que hay provincias cuya situación se asemeja a América Central. Los partidos tradicionales se han convertido por esa desarticulación en verdaderas federaciones provinciales y sus dirigentes están unidos mucho más por la historia compartida que por la similitud de las situaciones a las cuales

que toda estrategia electoral debe amoldarse a las reglas del juego de la edad reinante. Esta "teoría" en nuestros días se refuerza con las graciosas especulaciones sobre el supuesto protagonismo de la televisión convertida en eje de la política, las cuales se basan en la ignorancia del hecho de que entre nosotros hace más de veinte años que la televisión se ha generalizado y que hasta hace alrededor de un lustro fue soporte de discusiones más serias y profundas. Fue en virtud del vaciamiento de la política que dicho sistema comunicacional, productor habitual de espectáculos baratos y de mal gusto, consiguió fabricar debates esencialmente falsos contrabastados sobre el modelo de los teleteatros cronometrados según las exigencias de los bloques

publicitarios. El vaciamiento de las identidades de los principales partidos es lo que creó el hueco y no la tecnología que pone el fenómeno al alcance de los televidentes y, en todo caso, sólo amplía la cuestión al divulgarla masivamente. La tentación del discurso vacío, justificado en "razones de época", liquidaría las posibilidades de crecimiento de las alternativas progresistas. La emergencia de nuevos movimientos sociales ya puebla la escena política de interlocutores que solicitan respuestas a sus demandas y que con su sola presencia revelarían, aun sin quererlo, los vaciamientos del discurso de cualquier fuerza política. Hebe Bonafini y Norma Plá, el "perro" Santillán y Víctor de Gennaro, son lugares de la política y portadores objetivos de interpelaciones al progresismo, más allá de las trayectorias que les depara a cada uno el futuro inmediato. Ellos simbolizan la inviabilidad de cualquier forma de progresismo que se distancie de lo social ajustándose, de hecho, a la lógica de los comportamientos de los actores que expresan a los restos, aún muy fuertes, del viejo sistema tripartito.

Concluamos provisoriamente: el progresismo no puede ser un nuevo actor del antiguo sistema tripartito reducido hoy a dos partidos ya que la verosimilitud de su crecimiento supone la transformación del juego político. La tentación populista y las alianzas sin programa, fantasmas permanentes de la política argentina, son los aspectos del pasado que obstaculizan, pero de ningún modo determinan, el logro de un cambio profundo y duradero. Si se entiende al progresismo como una orientación dirigida a la ampliación de la equidad social, es decir, a una disminución de las desigualdades entre sectores sociales en el acceso a bienes materiales y culturales, en un marco global de consolidación de la democracia, metas combinadas con la mayor y mejor defensa de los intereses nacionales en un mundo en crisis, parece obvio que la autonomización de la política con respecto a lo social difícilmente provea de la fuerza necesaria para alcanzar esos objetivos. □

NOVEDADES

del Fondo de Cultura Económica

Olivier Mongin
El miedo al vacío

George Couffignal
Democracias posibles. El desafío latinoamericano

Alain Touraine
Crítica de la modernidad

Sociedad Nº 3
Revista de Ciencias Sociales

Luis Maira y Guido Vicario
Perspectiva de la izquierda latinoamericana. Seis diálogos

Martin Buber
Eclipse de Dios



Encuéntrelos en las buenas librerías y en
Fondo de Cultura Económica
Suipacha 617 - Tel. 322-0825/9063/7262
o en nuestro stand en la 20 Feria del Libro

Repensando el Pacto de Olivos

Triunfos de los perdedores, derrotas de los ganadores

Estigmatizado como imagen del tradicional exclusivismo, la claudicación, el contubernio, la negociación espuria a espaldas de la gente, el Pacto de Olivos resignificó sus sentidos a partir del inicio de la Convención Reformadora.

Fabían Bosoer

Por múltiples razones, pocos quisieron ver la evidencia de que aquel acuerdo podía marcar un punto de inflexión para los afanes hegemónicos y la apertura de compuertas para una desembocadura en otras aguas. Volvió la confrontación de ideas y propuestas, la competencia en paridad de fuerzas, la discusión entre iguales. El pase de la elección se convirtió en una Caja de Pandora para el oficialismo y un campo de fertilidad política para pensar el posmenemismo. Como trasfondo, una reforma constitucional con innegables aspectos positivos para el funcionamiento de una democracia más sana que no termina de ser asumida como conquista por el conglomerado de sectores políticos progresistas.

Súbitamente, algo cambió en la política argentina a partir del 25 de Mayo. El inicio de las deliberaciones de la Convención Reformadora de la Constitución puso en movimiento una obra que poco tenía que ver con lo que hubiera presupuesto tanta homogeneidad en los análisis en torno a los significados de cada uno de los hechos precedentes que generaron dicho escenario. Seis meses acumulando argu-

mentos confirmatorios habían terminado por extender la obsesión presidencial al conjunto de lo que se albergó bajo el rótulo de "antipactismo": lo único importante era la elección y el Acuerdo de Olivos, firmado el domingo 14 de noviembre de 1993 y convertido en ley 24309 el último día del año, entregaba el único atributo político que le quedaba a la oposición.

Los resultados de las elecciones del 10 de abril ahondaron dicha convicción en una importante porción del radicalismo que no supo entender ni explicar (o no compartió) la estrategia seguida por su conducción y en el conjunto de fuerzas emergentes que sí supieron ocupar los espacios que abre la nueva divisoria de aguas. Por supuesto, también en el estado mayor gubernamental, compactado en la percepción de haber cerrado el último eslabón de la cadena de la continuidad del modelo, proyecto y yelencio.

Cada uno de los puntos que conformaban el Núcleo de Coincidencias Básicas sufría en la exposición pública

el mismo proceso de lavado y descomposición: la atenuación del régimen presidencialista se licuaba en una difusa figura como la del "ministro coordinador"; el acotamiento de la elección inmediata a un solo período y la reducción del mandato presidencial a cuatro años era el otorgamiento de diez años ininterrumpidos de gobierno a Carlos Menem; la incorporación de un tercer senador por provincia en representación de la primera minoría no iba más allá de una concesión al bipartidismo dominante; la elección directa del presidente con segunda vuelta estaba invalidada por su especificación de porcentajes: solamente cabría el *ballotage* cuando la fórmula más votada no superara el 45 por ciento de los votos o cuando, obteniendo más del 40 por ciento, la distancia con su competidora más cercana fuera menor al 10 por ciento; la regulación de los decretos presidenciales de necesidad y urgencia no era tal sino su consumada legitimación; el Consejo de la Magistratura para la selección de jueces en-

tabría la consumación de una justicia politizada, y así no sólo caía bajo la impugnación del "paquete" como una totalidad cerrada sino también cada uno de sus componentes. Nada se decía, entonces, de otros tantos acápites considerados intrascendentes o secundarios: la Auditoría General de la Nación en manos de la oposición, limitación a las intervenciones

federales, autonomía de la ciudad de Buenos Aires junto a la elección directa del intendente. Nada se hablaba del otro capítulo; los temas habitados para su debate; fortalecimiento del régimen federal, autonomía municipal, mecanismos de democracia semidirecta, defensoría del pueblo, ministerio público como órgano extrapoder, incorporación de nuevos derechos jurídicos, ciudadanos, económicos y ambientales, parecían apenas accesorios para adornar el monstruo pergeñado.

El tinglado de oropeles preparado para la consagración de la Constitución Nueva para el Estado Nuevo (Dromi dixit, La Nación, 1/10/92) se derrapó en un múltiple escenario de ópera, con coros fuera de libreto, actores representando su propio papel y ensayos de orquesta.

Ni los reeleccionistas ni los antipactistas estaban interesados en alimentar un andamiage de reforma constitucional tan complejo y más vasto que lo que su repercusión política inmediata atada a los acomodamientos tácticos de tablero y los monitores de opinión pública podían aconsejar. Unos prefirieron gratificarse por la mayor fragmentación opositora, estudiaron nuevos juegos de alianza e imaginaron nuevos avances hacia la hegemonía plena. Los otros, apenas si salieron del libreto que lógicamente los convirtió en la gran fuerza testimonial de la protesta frente al Pacto de los Jefes, la reforma atada al paquete y los políticos que actúan a espaldas de la gente. Finalmente otra parcela de la dirigencia y un conjunto de analistas de la coyuntura agitaron con vehemencia no utilizada hasta entonces los peligros de una concentración hegemónica del poder e inescrupulosidad en el manejo de los asuntos públicos que ya se había operado con anterioridad. El Pacto de Oli-

vos, y las elecciones de constituyentes, también allí habían surtido un efecto despertador sobre cierta conciencia atetragada o distraída con la estabilidad económica y el anecdótico de intrigas palaciegas. Nadie, sin embargo (exceptuando tal vez algún preocupado observador económico), apostaba que se produjeran grandes sorpresas en la Convención Reformadora.

Del paquete a la Caja de Pandora

Pero algo distinto comenzó a ocurrir el 25 de Mayo. Descorrido el telón de la asamblea, otra fue la partitura que comenzó a ejecutarse y los 305 conconvencionales, sin tener muy en claro en su gran mayoría-cuál era el verdadero rol que la historia les tendría asignado, pusieron en funcionamiento una dinámica impensada me-

ses atrás. El tinglado de oropeles preparado para la consagración de la Constitución Nueva para el Estado Nuevo (Dromi dixit, La Nación, 1/10/92) se derrapó en un múltiple escenario de ópera, con coros fuera de libreto, actores representando su propio papel y ensayos de orquesta. La recta final hacia la elección apareció de repente como un tortuoso sendero plagado de amenazas, obstáculos y conflictos. Desde la propia sesión inaugural se empezó a sospechar que el oficialismo participaba de una arena que no le era tímidamente conocida, pese a contar con una nutrida mayoría de convencionales. La arremetida inicial que intentó colgarle al paquete la cláusula transitoria de enganche reeleccionista para todos los gobernadores (primer descubrimiento tardío de las complicaciones en que se habría sumergido el monolítico poder presidencial) generó un efecto *boomerang*, dejando al descubierto con crudeza las internas del menemismo y mostrando prematuramente una alianza táctica entre la UCR y el Frente

Grande.

Los primeros debates en torno al reglamento fueron una tribuna acaparada por la oposición. "Los constituyentes peronistas no saben cómo hacer para cerrar filas y recuperar el centro de la escena...", describía la crónica periodística. "Las cuatro personas con mayor poder político en el país (...) advirtieron ahora que el paraíso reformista que previeron se convirtió en el ascenso de una colina empinada, seca y peligrosa", constataban los analistas.²

El decisionismo discrecional del Ejecutivo se encontraba, de buenas a primeras, compitiendo con la deliberación constituyente.

La rebelión de gobernadores justicialistas (a la sazón convencionales) por mayor participación impositiva introdujo otro nuevo temblador en el horizonte del Presidente y se sumó a la ansiedad del ministro de Economía.

El propio Núcleo de Coincidencias Básicas, anatematizado como *uncorsnet* para las minorías que imposibilitaba la votación por separado de los trece puntos incluidos, reemergía en la dinámica deliberativa como un paquete de control sobre la mayoría. "...los dos líderes políticos que ha tenido el país en los últimos lustros -Carlos Menem y Raúl Alfonsín- aparecen unidos por el Pacto de Olivos, que permite la reforma de la Constitución con reelección presidencial, pero en un contexto alfonsinista: *ballotage*, primer ministro, tercer senador por la minoría, Colegio de la Magistratura, referéndum".³

¿Qué fue, en verdad, lo que cambió tan drásticamente un rumbo con signos tan vehementemente anunciados? Dos respuestas posibles definen cursos diferentes y condicionan las estrategias futuras en el territorio de quienes piensan la construcción de un polo de poder alternativo al desplegado a lo largo de un lustro. No a ellas atribuirá este vuelco a los efectos del 10 de abril como duro golpe al Pacto de Olivos. Es la teoría del "aprendiz de brujo": con torpeza poco común, atribuible tal vez a la soberbia inmaculada, los operado-



res menemistas firmaron un pacto suicida con los alfonsinistas. La consecuencia principal del célebre acuerdo ha sido el surgimiento del Frente Grande, "fruto del repudio muy amplio al estilo confabulatorio de los capos de la clase política tradicional".⁴

Pero esta trasmutación fulminante de la perversidad y el maquiavélismo del poder tan fácilmente devenido en candidez inocente y suicida es casi tan inexplicable como esquema de análisis que la falta de explicación convincente que se le criticó a las razones del Pacto como estrategia de la oposición. Existen entonces, razones de peso para reinterpretar el Pacto de Olivos a la luz del desarrollo de la Convención Reformadora como una maniobra de ingeniería política de más profunda significación. No solamente aparece, así, como una manera de evitar la colisión mayor entre dos autos que se enfrentaban a toda velocidad sino que puede emparentarse con las tomas de yudo que aprovechan la fuerza del adversario para voltearlo. O, al menos, para posibilitar una lucha más pareja. La culminación por golpeada de un partido arreglado se convirtió en un insospechado campo de entrenamiento para un campeonato diferente. El aparente cerrojo aplicado sobre la modificación de la Carta Magna estaba abriendo las compuertas a la dinámica deliberativa, reintroduciendo la competencia política a través de la negociación y transformando una tendencia a la polarización centrífuga del sistema político en otra dinámica de convergencias y confrontaciones definidas por la propia materia en discusión.

La asunción de una u otra interpretación como matriz originaria por parte de los actores tiene, por supuesto, relación directa con el curso de los acontecimientos y las estrategias que cada fuerza política decide adoptar. En otras palabras, es tan importante la puesta en escena como la puesta en sentido del escenario en el que se está participando; aun más si, como es el caso, se participa en un escenario armado sin el propio concurso y acotado en su función. Por parte del Frente Grande, hijo pródigo o bastardo (según se prefiera)

de este proceso, importa el desafío de permanecer hasta el final de la Convención como presencia testimonial impugnadora, capitalizando el descontento social frente a una escena política restringida, o introducirse de lleno en la segunda etapa de la Convención, participando activamente en los temas habilitados y trabajando en conjunto con el radicalismo. Si predomina el primer gesto, su capital político será tributario de la Constitución más acotada y la conclusión más deslucida de la Convención; pero también de su propia limitación para convertirse en actor generador de espacios propios de poder. Si finalmente prevalece el segundo escenario, podrá compartir el mérito de haber convertido una reforma restringida de la Constitución en una oportunidad para regenerar los espacios políticos, mejorar el sistema institucional, ampliar los derechos de la ciudadanía y participar en la construcción del poder democrático.

Después de todo, con sus reconocidos vicios de origen y la explícita impronta schmittiano-menemista que está en el carozo de la explicación reformista por parte de sus impulsores, esta reforma constitucional no es la que muchos hubieran soñado pero es al mismo tiempo, seguramente, la más legítima que el país haya tenido en su historia. Y en su balance hasta puede

llegar a ser una Constitución razonable para una democracia que decida apartarse progresivamente del hiperpresidencialismo y dotar de mayor fortaleza a la sociedad civil.

La inscripción significativa de esta reforma constitucional en cierto universo simbólico de la cultura política argentina es tan importante como la variación de significados que tal acontecimiento puede albergar a lo largo de un período en el que renacen las expectativas políticas de manera insospechada. No se trata tan solo de un ejercicio de semiótica o del análisis de contenido de la discursividad en una etapa con la suficiente riqueza de acontecimientos como para aportar a la reflexión acerca de los modos de la política vernácula. Es, también, un ejercicio pendiente para quienes pretenden incorporar la reflexión a la acción política con la aspiración de proponer itinerarios distintos para el futuro inmediato y traducidos en políticas consistentes, superando su larga travesía de indignación, protestas y lamentos. □

Notas

¹ Crónicas de Clarín y La Nación, 15/6/94.

² Joaquín Morales Sola, *La Nación*, 11/6/94.

³ Jorge Bolívar, *El Cronista*, 17/6/94.

⁴ James Neilson, *Página 12*, 14/6/94.

PUNTO DE VISTA

Nº49 - AGOSTO DE 1994

Historia y memoria

El caso Reggiardo/Tolosa/Guerra de Malvinas/Cordobaz/
La lista de Schindler/Los Pichiciegos

Escriben: Vezzetti/Altamirano/Beceyro/Sarlo/Sabato/Monjeau

¿Longevidad o senectud?

El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis

La difícil situación por la que atraviesa hoy el radicalismo no debería causar demasiada sorpresa. Es, simplemente, la consecuencia de una exagerada confianza en el pasado; quien cree reposar sobre las glorias de la historia no se preocupa por los riesgos del porvenir.

Andrés Malamud

El objeto de este artículo es oponer, ante los planteos simplistas que adjudican el auge electoral menemista y la caída del radicalismo a la moda, los flujos (y reflujos) históricos o las veleidades pequeño-burguesas de los argentinos, una tesis diferente. Sostendremos, e intentaremos (demostrar, que los problemas que hoy afronta el centenario partido de Alem son producto de una deficiente adaptación de la operativa partidaria a los tiempos de la organización y la globalización mundial.

Origen y evolución de los grandes partidos argentinos

Originariamente surgida como concreción de ciudadanos, con un neto discurso nacional y principista, la Unión Cívica Radical manifestó siempre rigideces estructurales y doctrinarias que le restaron la flexibilidad necesaria para adecuarse a los cambios del ambiente. Entre sus mitos fundantes, "que se rompa pero no se doble" y "que se pierdan mil gobiernos pero que no se pierdan los principios", resaltan como emblemas de un accionar que siempre subordinó la ética de la responsabilidad a la ética de las convicciones. En

resumen, una comunidad de fieles que rechazó el pragmatismo como pecado y la ductilidad como herejía.

También debe tenerse en cuenta que, sin desconocer sus peculiaridades autóctonas, el radicalismo argentino es tributario del radicalismo universal, entendido éste como un movimiento civil que se conformó en determinados períodos históricos para enarbolar la defensa de los derechos humanos, las libertades individuales y el estado de derecho.

Este radicalismo tuvo una relevante significación política en países como Francia, Italia y Chile y en todos ellos corrió la misma suerte: cumplidos los

objetivos que le dieron origen, asumidos sus valores por la mayoría de la sociedad o de sus grupos dirigentes, agotó su función de representación social y se extinguió. Este fenómeno se repite cada vez que un sujeto colectivo (un partido político, un movimiento social, una asociación de cualquier tipo) tiene éxito en la consecución de sus fines: la alternativa surge entonces e reorienta sus metas o desaparece.

Ante esta enunciación se halla ahora la UCR. Obviamente, la opción no debería implicar el tirar por la borda los principios fundadores del partido, pero sí ponerlos en sintonía con una propuesta global de sociedad, adecuada a los tiempos.

En opuesta simetría con la Unión Cívica Radical, el justicialismo surgió con una concepción más vastamente pragmática, quizá por el amplio mar-

gen de maniobra y la inexistencia de restricciones orgánicas de que gozaba su líder indiscutido. El particular slogan acuñado por Perón, "no hay que sacar los pies del plato", es la antítesis del de Yrigoyen; que se doble todo lo necesario pero que no rompa el movimiento, podría leerse.

Pero además, y ésta es una variable definitoria, el peronismo es un fenómeno de este siglo y no del pasado, como el radicalismo. Las diferencias que este desfase histórico produjo en la matriz originaria de los dos partidos perduran mucho más allá de matices y estilos; básicamente, distinguen a una asociación civil de hombres libres que

actúa en una sociedad premoderna, de otra agrupación articuladora de organizaciones que lo hace en una sociedad compleja.

En consecuencia, lo que en algunos casos se percibió como constitutivo del peronismo (distribucionismo, autarquía económica) se demostró más tarde como aplicación de políticas particulares por parte de un actor maleable ante situaciones históricas variables: el Partido Justicialista se adaptó a los cambios estructurales de la sociedad y la economía, en vez de cristalizarse sobre sus cimientos.

En el cuadro que sigue puede observarse una comparación entre los dos grandes protagonistas de la política partidaria argentina, considerando por un lado un tercio de variables agregadas y por otro el perfil original y el actual de cada uno.

La UCR carece hoy tanto de expectativa de gobierno como de poder de fiscalización; no es alternativa ni control eficaz. Esta crisis de función es simultánea con la confusión respecto de su identidad, su razón de ser como partido; se ha borronado tanto su base social como su orientación ideológica.

Cuadro 1 Evolución de los dos grandes partidos argentinos		
	Origen	Actualidad
Orientación política	PJ integrador organizativo corporativo conservador popular* aislacionista industrialista	excluyente organizativo laxo conservador popular globalista terciario
	UCR integrador civilista reformista liberal división internac. trabajo agropecuario	¿?
Base social	PJ proletariado industrial mediana burguesía nacional grupos tradicionales provs.	asalariados urbanos alta y mediana burguesía sectores tradic. provs. sectores medios: (profesionales y cuentaprop.)
	UCR clases medias urbanas oligarquía desplazada	¿?
Base organizacional	PJ sindicatos-ejército (Iglesia)	empresariado-sindicatos (finanzas internac.)
	UCR (o alianzas)	juventud universidad

* En este nivel, la clasificación no hace referencia a la coalición social que lo sostuvo sino a las prácticas de reforma social combinadas con firmes pautas de orden político y de respeto a la propiedad privada de los medios de producción.

Los signos de interrogación reflejan, además de la dificultad objetiva para categorizar al radicalismo, la incertidumbre que hoy manifiesta la dirigencia del partido en todos sus niveles.

Los problemas del radicalismo

La UCR carece hoy tanto de expectativa de gobierno como de poder de fiscalización; es decir, no es alternativa ni control eficaz. Esta crisis de función es simultánea con la confusión respecto de su identidad, su razón de ser como partido; se ha borroneado tanto su base social (¿a quién representa?) como su orientación ideológica (¿cuáles son sus discursos, sus principios o sus fines?). Sería estas limitaciones deberfan conducir, lógicamente, a un debate que tenga como Norte la redefinición de su naturaleza; en cam-

bio, la incertidumbre parece haber actuado como un alicante para la acción antes que para la deliberación, impulsando a la organización a pegar un salto hacia adelante; quizás, hacia el vacío.

Crisis como la que se describe no sólo fueron sufridas por agrupaciones del mismo nombre en épocas pasadas; contemporáneamente, el descongelamiento de los sistemas de partidos promovido, entre otros factores, por el fin de la guerra fría y el destape de la corrupción gubernamental, ha llevado

al borde de la desaparición a instituciones como el Partido Socialista Italiano, el Conservador canadiense y el Socialdemócrata venezolano, y ha derribado a otros como el Demócrata Liberal japonés, el Demócrata Cristiano italiano y el Socialdemócrata sueco; posiblemente, el PRI mexicano sea la próxima víctima. A ellos hay que sumar los partidos que condujeron transiciones similares a la Argentina, como el centro español de Adolfo Suárez, y los que con alguna afinidad ideológica como el aprismo peruano hoy son espectros sin vida.

¿Sobre qué creencias descansan, en este contexto, la garantía de inmortalidad del radicalismo que sostienen quienes lo conducen? La tradición y la memoria popular no son necesariamente mayores que las que caracterizaron a la mayoría de los partidos precitados.

Desde lo que se ha calificado como bipartidismo imperfecto (en el sentido de dos partidos orientados hacia el gobierno pero que no alcanzan la mayoría legislativa sin el apoyo de fuerzas provinciales), o bien como sistema de dos partidos con vocación hegemónica, el sistema de partidos argentino parece encaminarse hacia un formato de partido predominante, al estilo del que se consolidó en Japón desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el año pasado. De alguna manera, la vieja hipótesis de Torcuato Di Tella de que el radicalismo es un actor político innecesario parece estar convirtiéndose en realidad.

Pero lo paradójico de la situación es que la decadencia de esta organización centenaria, expuesta visiblemente en la votación del 10 de abril de 1994, fue acelerada por un análisis de situación a nuestro parecer incorrecto, precipitado por un resultado electoral (el del 3 de

octubre) que tuvo su mayor impacto no en el ámbito político-institucional sino en el estado de ánimo de los principales líderes partidarios.

En efecto, una mirada detenida sobre las elecciones de octubre de 1993, a partir de las cuales Alfonsín lanza su ofensiva por la conducción partidaria con un discurso opuesto al sostenido hasta entonces, revela que la UCR pasaba por su mejor momento electoral desde 1987, contrariamente a lo que entonces se evaluó. Como se observa en el cuadro 3, la performance del partido fue superior a la de los dos comicios anteriores (1989 y 1991), invirtiendo la tendencia declinante que venía sufriendo desde la restauración democrática.

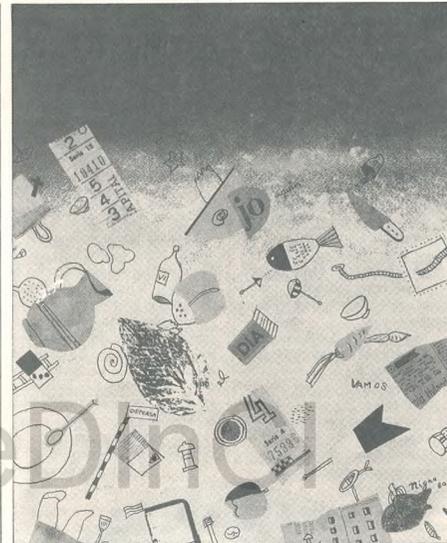
Cuadro 3
Porcentajes electorales para diputados (o convencionales en 1994) nacionales

	UCR	PJ	UCR+PJ
1983	48	38	86
1985	43	34	77
1987	37	41	78
1989	29	45	74
1991	27	39	66
1993	30	42	72
1994	19	39	58

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Los porcentajes están redondeados a enteros.

Y lo más notable de este hecho es que la recuperación del caudal de la UCR se concretó en una elección legislativa, cuando lo esperable hubiera sido un aumento del protagonismo de terceras fuerzas y un debilitamiento de la bipolaridad. Sin embargo, los factores que produjeron la desesperanza radical fueron la derrota en la Capital y la amplia brecha en la provincia de Buenos Aires; se obvió considerar que en la primera el retroceso parece haber tenido que ver con la selección de los candidatos, y en la segunda la diferencia no se debió a la caída del radicalismo, que sumó más votos, sino al crecimiento peronista.

Ante un escenario de consolidación



de la bipartidismo, la estrategia racional hubiera sido la galvanización en torno a un eje de clara diferenciación con el gobierno. La ganancia, además del rédito en credibilidad electoral, habría incluido una victoria política sobre el Presidente, que contra la resistencia del establishment (expresado entonces a través de Roberto Alemann y Terence Todman) y de las demás fuerzas políticas no podría haber impuesto su criterio. En cambio, al no percibir esta realidad y abandonar voluntariamente el monopolio del espacio de oposición, confundiendo con el oficialismo -y, al mismo tiempo, dejando crecer a terceras alternativas-, la conducción partidaria no hizo más que ratificar la estrechez de su horizonte de expectativas.

Las consecuencias de este error de juicio pueden ser fatales. Hasta entonces, la incógnita radical era hallar la fórmula para recuperar su vocación mayoritaria sin resignar vocación transformadora: Casella proponía una postura ética, Terragno un enfoque modernizador, Angeloz una versión eficiente, Alfonsín una firmeza militante. Hoy, un rol que conjuga minoría con conformismo parece más cercano a la realidad que otro de mayoría alternativa.

¿Qué futuro?

Para escapar de su destino trágico, la UCR debe responderse tres interrogantes cruciales: ¿cómo van a llenar los casilleros vacíos del cuadro 1); en primer lugar, ¿cuál es su modelo en relación con el desarrollo de un nuevo régimen social de acumulación?; a partir de esta definición, ¿cuál es la alianza social que estaría en condiciones, por comunidad de intereses y por

Cuadro 2
Carencias de la UCR

Identidad (en tanto grupo colectivo)	- Base social
Función (dentro del sistema político)	- Orientación ideológica
	- Alternativa
	- Control

potencial estratégico, de llevar a la práctica el proyecto resuelto? y, finalmente, ¿cuál sería la base organizacional con cuyos recursos podría encararse la tarea? Estas no son, apenas, cuestiones retóricas, sino, apenas, cuestiones de supervivencia.

La percepción inmediatista de los objetivos del partido, orientando la acción estratégica hacia el recambio gubernativo más próximo, conspira contra la necesidad de preservar la organización como factor de equilibrio del sistema político. La posibilidad de permanecer una o dos décadas fuera del gobierno, habitual en la mayoría de las democracias occidentales, no pudo ser asimilada por la dirigencia radical pese a que su misma historia la predisponía para ello.

Aunque varios líderes partidarios repiten por estos días la hipótesis de la mexicanización (en el sentido de deslizamiento hacia un sistema de partido hegemónico), la ausencia de fraude y de violencia política desmenten tal concepción. Más bien, la dirección del cambio parece apuntar hacia un escenario de partido predominante (según la tipología

de Sartori), pero en el que no es la fortaleza del gobierno sino la fragmentación de la oposición el elemento que define la situación. En este contexto, la misión del radicalismo podría haber consistido en posicionarse a mediano plazo como la alternativa dentro del sistema, para cuando el consenso poshiperinflacionario que sostiene a las actuales políticas entrara en crisis.

En ese momento, superado el trauma colectivo (o bien agravado, si el gobierno no tuviera éxito en su objetivo estabilizador), las demandas de la sociedad se reorientarían hacia problemas nuevos o encubiertos, como la corrupción o la regulación de los servicios públicos privatizados. Los ejemplos actuales de crisis semejantes exponen dos salidas distintas: mientras en Japón el cambio se dio dentro del sistema de partidos, mediante escisiones y realineamientos, en Italia se desarrolló por fuera, potenciando la crisis de los partidos y favoreciendo la aparición de *outsiders* y extremistas. El compromiso asumido por el PCI con la vituperada "partidoocracia", un tibio y embozado,

alcanzó para desprestigiarlo ante la opinión pública, que percibió a su sucesor (el PDS) como continuista.

Hoy, el Pacto de Olivos parece dejar al sistema político sin su factor de equilibrio, ya que ninguna otra alternativa partidaria se halla, a corto plazo, en condiciones visibles de reemplazar a la UCR. En efecto, el Modín y el Frente Grande son, o bien un discurso tradicional enunado por un carisma autoritario, cuyos dirigentes intermedios emigran al peronismo apenas son electos, o bien un heterogéneo conglomerado con potencial volatilidad electoral. El grado de preservación del radicalismo como actor-estabilizador será el indicador, de aquí en más, de las posibilidades de la política criolla de regenerarse a sí misma o, por el contrario, de sus perspectivas de cambio hacia opciones externas.

Hay ciertas manifestaciones de que este razonamiento habría sido contemplado por algunos dirigentes en el interior del partido. La consolidación de un fuerte sector moderador (lo que no necesariamente equivale a moderado en términos ideológicos), que amortiguó las tensiones entre las fracciones más duras, buscando actuar a la vez como bisagra de los liderazgos extremos y como contención de los afilados en diáspora, es expresión de la conciencia del riesgo vivido. Es el primer paso: como afirma Linz, para realizar el salvataje de un régimen democrático (en este caso, el de un partido político) es necesario que exista un consenso mínimo entre los actores relevantes acerca de que constituyen un grupo, y de que la preservación del mismo vale la pena; y a la vez, deben percibir los peligros del cambio como amenaza para todo el grupo y no sólo para una parte. En definitiva, aun quienes quieran revertir la orientación de una determinada organización requieren que esa organización exista.

Sin embargo, es el escepticismo el que va primando. En los pasillos de los comités resuena por estos días un rumor que crece, originado en el refranero de un inefable legislador bonaerense: "este partido duró cien años... porque no lo agarramos antes". □

Reforma constitucional y presidencialismo atenuado

Un aporte a la discusión sobre el dificultoso arte de domesticar un Cíclope

No son buenas las perspectivas para las instituciones del sistema político argentino. En las actuales condiciones no es aventurado pronosticar problemas que pueden afectar la calidad de la democracia que está edificándose. Sólo un nuevo frente político sería capaz de encarar la tarea de reconstrucción institucional que tenemos por delante.

Jorge A. Mayer

Situándonos en el escenario de un proceso de reforma en nuestro país, la primera cuestión es ineludible: ¿este proceso va dirigido a la legitimación de las instituciones gubernamentales o, por el contrario, es una situación de escalada de la politización que reduce a la Constitución a un nuevo mecanismo, instrumental y tentativo, a través del cual se desea dar aparente cobertura legal a intereses políticos coyunturales y particulares.

A cualquier habitante del país no le puede ser desconocido el hecho de que quedan pocos -si acaso alguno- bastiones de las instituciones de la república que no hayan sido manipulados y desnaturalizados por las más audaces operaciones políticas que uno pudiera imaginar. Sin discriminar ámbitos y cubriendo a los tres poderes por igual.

Aquí me gustaría señalar que a mi entender un primer principio equívoco que posee el proyecto de reforma está referido al concepto de atenuación del presidencialismo. Creo que la mala enunciaci3n de ese objetivo tiene un origen doctrinario que está dado, en

forma no accidental, por la teoría del hiperpresidencialismo que elaborara Carlos Nino. Creo que lo que los redactores quisieron expresar era la limitación y un creciente control sobre las facultades y competencias del Poder Ejecutivo. Este proceso así expresado e integrado en una estrategia general apunta a reforzar los roles de ejecución y contralor de otras instituciones que pertenecen al régimen presidencialista, el Poder Legislativo y el Poder Judicial. A la vez no se va en dirección de quitar al Ejecutivo y al sistema general aquellos elementos que hacen a la gobernabilidad, sino que se apunta a lograr una ejecución responsable de dichos elementos. El presidencialismo no es sólo el Poder Ejecutivo sino que es la suma de poderes y agencias gubernamentales, que no deberían ser atenuadas sino reforzadas bajo pautas de mejor control y mayor eficacia. Cercana a las concepciones de Lijphart,

la visión reformadora del radicalismo se resuelve en el recurso de dotar de un creciente poder de veto de las minorías, más que en la creación de instancias de cooperación y de desintegración de mayorías congeladas en el Congreso. Lo cierto es que esta reforma, por la premura con que se concretó, posee un escaso sustento técnico.

Entiendo que, en otro nivel de consideración, el sistema presidencialista posee mecanismos que sin salir de la lógica del sistema es capaz de crear, conjuntamente con la figura del ministro coordinador, engranajes capaces de incentivar la cooperación y la mutua dependencia al que es necesario dotar a nuestro sistema. El acuerdo parlamentario a los ministros crea una serie de mecanismos en los cuales se rompe la lógica del juego de suma cero entre poderes, llegando incluso a descongelar los bloques parlamentarios. Esta modalidad potencia y jerarquiza al



Parlamento, potenciando y jerarquizando al mismo tiempo al Ejecutivo, brindando entidad y consistencia al gabinete en desmedro de la forzada centralidad del presidente como única entidad de relevancia dentro del Ejecutivo. Así, mediante el acuerdo amplio a un gabinete, se asegura el apoyo legislativo a las políticas de los ministros que adquieren el apoyo

parlamentario necesario, que en el formato presidencialista que conocemos no posee en forma necesaria el presidente.

Recientes estudios sobre formas de gestión de los presidentes norteamericanos, se ha observado la eficacia de este instrumento en cuanto a introducir formas que abran la cooperación entre Ejecutivo y Legislativo. Los secretarios de Estado no sólo son los que el presidente entiende como sus más cercanos colaboradores sino

que deben ser además los que superen el mecanismo del acuerdo. Tanto es así que en ese país se han conformado gabinetes paralelos -estos sí compuestos por los más estrechos colaboradores del presidente- que controlan y analizan la gestión de los ministros. Si bien en el caso de los EU el gabinete tiene escasa entidad propia, la introducción de esta modalidad en un sistema como el nuestro podría potenciar al Ejecutivo a la vez que acercaría la jerarquía del Congreso; morigerando las situaciones de posible bloqueo. En circunstancias en las cuales el Ejecutivo pierde su mayoría parlamentaria, ésta podría ser recreada a través de la conformación del cuerpo de ministros. Algunos argumentarán que esta práctica no es ajena a nuestro sistema, pero en esos casos la concesión de un ministro no compromete el apoyo político del Congreso para la implementación por vía legislativa de las políticas del sector. Es por demás llamativo que el proyecto de reforma no haya incluido un mecanismo como éste que, como

dije, no es ajeno al presidencialismo.

Atendiendo al auge de posturas neocontractualistas en la ciencia política contemporánea, podría decirse que una reforma constitucional supone una instancia de reformulación del contrato social entre gobernantes y gobernados. Desde una visión demoliberal, en una reforma se ponen en juego los

El creciente desencanto y apatía sobre lo político que hay en la ciudadanía, el desgaste en la credibilidad de la clase política, el anquilosamiento de los partidos y algunos otros indicadores, hacen alarmante la pérdida que el espacio de lo público ha sufrido en los últimos años.

algunos de estos tipos de principios-. Según Sheldon Wolin las constituciones deberían tener, en forma adicional a lo anterior, la función de crear disponibilidades: de hacer de un sistema político una fuente permanente de generación de poder activo, para llevar a cabo proyectos de transformación social; invalidando actores legítimos y eficientes en esa tarea y activando la participación política de la ciudadanía en esos procesos. Reconoce Wolin que la posibilidad de creación de estas disponibilidades están determinadas históricamente por una suma de incentivos agregados. El poder en cualquier sociedad es un insumo necesario y valioso que la misma debe generar. Creo que la sociedad argentina ha perdido una cantidad inmensa de poder movilizado desde la democracia restaurada hasta ahora. El creciente desencanto y apatía sobre lo político que hay en la ciudadanía, el desgaste en la credibilidad de la clase política en general, el anquilosamiento de los partidos en tanto dispositivos de participa-

ción y algunos otros indicadores que muestran las encuestas de opinión pública, hacen alarmante la pérdida que el espacio de lo público ha sufrido en los últimos años.

Lo que sí parece atinado es hacer un recuento, más o menos sistemático -pero siempre incompleto-, de los puntos débiles del presidencialismo, de sus posibles causas y de la forma, si la hay, de eliminarlos o atenuarlos.

Podemos entonces pasar revista a algunas caracterizaciones de los presidencialismos.

Una premisa básica y vastamente desarrollada en diverso tipo de bibliografía es que los sistemas presidencialistas tienden en América latina a un desequilibrio de poder en beneficio del Poder Ejecutivo contra las incumbencias y autonomías de los otros poderes. Desde un primer punto de vista y en comparación con las prácticas constitucionales del presidencialismo norteamericano, éstas se substantian en mecanismos tales como: el poder de intervención federal, la declaración del estado de sitio, los decretos de necesidad y urgencia y el veto legislativo. El uso abusivo de estos mecanismos han llevado en diferentes instancias y en diferentes lugares a que los presidentes obtengan de ellos una fuente inmensa de poder con el consecuente deterioro de los otros cuerpos de gobierno.

Recientes estudios sobre el presidencialismo en los EU dan cuenta de que también en aquel orden constitucional o, más bien en su práctica política, se da un fenómeno de preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el resto de los poderes. Si el fenómeno no es tan llamativo, a la luz de la vieja teoría de los pesos y contrapesos, se han reconocido diversas prácticas para-constitucionales, que han generado mecanismos de control sobre ese poder; mecanismos que no se agotan entre los que enumera Fred Riggs en su ya célebre artículo. De cualquier modo las amplias competencias que los presidentes norteamericanos poseen en el ámbito de la política exterior del país y del alto peso relativo que la misma posee en la acción de gobierno de esa nación, tien-

den a hacer imposible de comparar aquel régimen de gobierno con los presidencialismos de este continente. El gobierno responsable y controlado en el plano de la política doméstica contrasta con la amplitud de movimientos que el Poder Ejecutivo tiene en la política exterior.

Adentrándonos en el presidencialismo en forma general, Blondel y Suárez enuncian cinco límites constitucionales de los sistemas presidencialistas: a) la rigidez de los mandatos, tanto en su forma negativa, que es la que surge de la necesidad de sostener presidentes impopulares e ineficaces hasta el final de su mandato, como en su forma positiva que tiene que ver con los límites a la elección de un presidente popular; b) el presidencialismo otorga mayores posibilidades a individuos sin experiencia ministerial y refuerza los personalismos; c) los presidentes son altamente autónomos con respecto a su propio partido más que un primer ministro en un sistema parlamentario; d) los sistemas presidencialistas carecen de mecanismos institucionales para asegurar al Ejecutivo una mayoría legislativa; e) con el amplio espectro de atribuciones y funciones del presidente, su poder pasa a estar limitado por los mismos y por lo tanto no puede alcanzar los resultados que sus agendas proponen.

De estos cinco límites señalados me gustaría rescatar algunos para comentar. El presidencialismo efectivamente no tiene mecanismos institucionales que garanticen las mayorías legislativas. Esta perspectiva remite a la tendencia del formato presidencial en términos de un juego de suma nula, que describió Juan Linz en su conocido artículo sobre el tema. Este hecho es peligroso por la posibilidad de que un presidente se vea obligado a saltar al Congreso en una situación en que posee a la legislatura en contra. Si el Congreso no coopera el presidente se queda sin la posibilidad de sancionar las leyes necesarias para su agenda. Un estudio empírico de Alfred Stephan sobre una muestra de democracias presidencialistas en el período 1973-1987 da cuenta de que los partidos del

Ejecutivo gozaron de la mayoría legislativa en un plazo menor a la mitad del tiempo del mandato del presidente. Estos casos producen asombro en los especialistas europeos a los que les es difícil concebir un Ejecutivo sin una mayoría parlamentaria indispensable. En los presidencialismos el dilema está en cómo superar estas *impases* o momentos de mutuo bloqueo entre poderes. Forma parte de nuestras instituciones políticas para-constitucionales el apelar al principio de que el jefe del Ejecutivo declara "asumir el costo político" de medidas altamente impopulares, que difícilmente pasarían el control del Congreso (como en el caso de los indultados, entre muchos otros). En un sistema parlamentario el costo político se paga al contado y en forma inmediata. O lo asume la totalidad de la coalición gobernante o

el gobierno cae o, en última instancia, el electorado es llamado a dirimir el conflicto ante un acto de disolución de las Cámaras.

Un segundo elemento es el de la experiencia ministerial. Supuestamente se acuerda que los gabinetes tienden a ser los fusibles (a veces excesivamente vapuleados) de los sistemas parlamentarios. La misma investigación de Stephan brinda dos conclusiones sorprendentes sobre este hecho: a) el porcentaje de ministros que ya tenían una experiencia ministerial es tres veces más alta en las democracias parlamentarias que en las presidencialistas, y b) el promedio de duración en el cargo de un ministro en un sistema parlamentario es dos veces mayor que el de un miembro de un gabinete presidencialista. Si bien esto puede deberse a una inestabilidad intrínseca de los países que componen la muestra y no a cualidades de los sistemas institucionales en sí mismos, la rotación del gabinete queda librada en nuestros presidencialismos al pleno arbitrio del

presidente.

Un tercer elemento a comentar es el de la independencia de los presidentes con respecto a sus partidos. De hecho en la última oleada democrática en América latina se ha visto que la capacidad clientelística de los jefes del Ejecutivo presidencial barren con sus propias estructuras partidarias, des-

El presidencialismo efectivamente no tiene mecanismos institucionales que garanticen las mayorías legislativas. Esta perspectiva remite a la tendencia del formato presidencial en términos de un juego de suma nula, que describió Juan Linz en su conocido artículo sobre el tema.

activando al partido como entidad relativamente autónoma ante la cual el jefe del Estado debe responder en forma inmediata. Esto cotrae la institucionalidad democrática tanto como cualquier violación a las normas constitucionales, en la medida en que se desactiva una poderosa fuente de generación de las disponibilidades necesarias en todo sistema político; aquellas que mencionábamos al principio de esta exposición. Los primeros ministros responden

no sólo a su partido sino en forma directa a cada jefe de partido de aquellos que componen la coalición gobernante. Este es un punto más que redundante en las posibilidades de crear representatividad.

Un último aspecto que me interesaría destacar es la necesidad de prestar atención a una irreflexiva asociación que se postula entre sistemas presidencialistas y sistemas de tipo bipartidistas. Este principio surge de que en tanto el cargo principal se lleva todo, las opciones tienden a polarizarse entre aquellas dos que mejores posibilidades tengan. Este juicio, como veremos no sólo es apresurado sino que además es peligroso.

Como es sabido la futura constitución introducirá el mecanismo de doble vuelta para la elección presidencial. Si bien su aplicación está limitada por un sistema de pisos y topes, no se puede ignorar que, para la teoría tradicional, este sistema tiende a la multiplicación de las candidaturas, incrementando la configuración de un sistema

multipartidista en la primera vuelta, tanto a través de partidos como de confederaciones de los mismos. Aun con los topes y pisos la competencia para acceder a ser la segunda minoría puede inducir al multipartidismo. Pero si a esto le sumamos la combinación de la doble vuelta con un sistema proporcional para las elecciones legislativas y a su vez la introducción de un tercer senador por provincia, el multipartidismo polarizado no puede ser un escenario improbable en el futuro político institucional argentino.

De acuerdo con datos estadísticos del trabajo de Stephan, no existen democracias presidencialistas estables con un índice superior a 2,6 partidos efectivos en las legislaturas.

Pero de hecho el juego de suma cero que supone el presidencialismo es un campo propicio para la desintegración del partido de gobierno y para la aparición de formas de partidos menores polarizados, sobre todo en el ámbito de ajuste económico que sufre la región y este país en particular. De hecho la Argentina en sus pocos años de vida democrática -pero a lo largo de toda su historia institucional- no ha podido consolidar un sistema de partidos por fuera del modelo de partido predominante o hegemónico. Este formato también es un campo fértil para la aparición de nuevos partidos que se disputan el rol de principal opositor acentuando la tendencia centrifuga del sistema de partidos o de creciente polarización. Esto puede proyectar escenarios en donde el logro de mayorías en el Congreso sea un objetivo harto difícil para el gobierno y en segundo lugar que las relaciones Ejecutivo-Legislativo se vuelvan fuertemente conflictivas acentuando las consecuencias que describíamos más arriba. Este escenario abonado con ejemplos que provienen desde la República de Weimar hasta la caída de Acción Popular en Chile, son en el moderno institucionalismo una fórmula altamente explosiva para cualquier régimen de gobierno.

Scott Mainwaring trabaja sobre una base de datos de 31 democracias estables que no han tenido quiebres, soste-



niendo a ese sistema durante, por lo menos, 25 años consecutivos. De estas 31 democracias estables sólo cuatro son regímenes presidencialistas. Todas estas democracias presidencialistas presentan formatos bipartidistas, casi sin excepciones (la única de la que se da cuenta es el presidencialismo pluripartidista chileno de principios de siglo). El bipartidismo tiende a inducir formas de competencia centristas, donde los partidos en pugna compiten por la conquista del centro político, moderando sus propuestas y conformando partidos del tipo *catch all*.

A manera de conclusión puedo afirmar que la suma de problemas enumerados supera el instrumental propio de los ingenieros constitucionales. En mi humilde opinión el sistema político argentino avizora frentes de tormenta que impactarán, sin lugar a dudas, en la calidad de la democracia que intentamos construir. Es cierto que la ciclopea aventura de la reforma institucional debe dejar de descansar en las virtudes de aquellos a los que les toca la responsabilidad de gobernar.

Las reformas propuestas para los poderes Legislativo y Judicial tendrán algún efecto en el mediano y largo plazo, sin llegar a desterrar por completo y para siempre las prácticas que

los llevaron a su actual estado de deterioro.

La verdadera entidad del ministro coordinador es un elemento que está lejos de haber quedado en claro. De su formato surge un sistema similar al de la República de Weimar, donde el *premier* estaba amenazado por dos frentes para la revocación de su mandato: la del presidente y la del Congreso. En este marco es difícil de imaginar cuáles serán las probabilidades de cumplimiento una agenda de gobierno. Sí, posiblemente, logre atenuar suavemente la tendencia del presidencialismo en cuanto a convertir a las crisis de gobierno en crisis del sistema, pero a costo de convertirse en el centro del choque continuado entre los poderes del Estado. No es fácil aventurarse en las posibles consecuencias de esto.

La ciudadanía sigue considerando que la mejor garantía a sus derechos está dada por un partido que cumpla un rol opositor férreo, posición que el radicalismo no ha podido sostener por incoherencias en sus estrategias y por su propia estructura. Creo que muchos nuevos y viejos partidos que crecen a la sombra del deterioro del radicalismo sufrirán, a modo de crisis de crecimiento, de estas mismas contradicciones. La pérdida de la eficacia social de la oposición tiene límites estructurales en el esquema funcional del sistema de gobierno. Al Ciclope no se lo domestica por los escándalos en los medios de comunicación ni por las denuncias en las Cámaras; ésta es una forma de alimentarlos pues deja al descubierto el estado de impunidad con que se mueve el poder. Mientras los políticos se entretienen en este *show off*, las instituciones seguirán siendo tierra arrasada.

Sólo me imagino como solución la conformación de un frente político que tome como objetivo la reconstrucción de las instituciones de la república, pero dudo que por sí mismo éste sea un eje convocante con la solvencia necesaria. Aunque de serlo así queda el peligro de que el movimiento se resuelva al modo de *La Granja* de Orwell. Porque el Ciclope tiene un solo ojo pero, como se sabe, más de mil cabezas. □

Adiós a María

En estos días, mientras pensaba algunas palabras para compartir con ustedes en relación con la muerte de nuestra amiga y compañera, me encontré, en la pantalla de mi computadora, con una carta que le enviara hace un par de meses, escrita bajo la fuerte sensación de que quizá no volveríamos a verla.

"María: ...hace un montón de días, meses entonces, que tengo ganas de sentarme a escribirte. Hasta este momento no lo he hecho, pero pese a ello, pienso mucho en vos. A veces sola, a veces en voz alta con Jorge o con los amigos del Club. Si siempre fuiste, con tus entradas y salidas del país, un tema de curiosidad entre nosotros (¿Qué se sabe de María? ¿Por dónde anda ahora? ¿Cuándo vuelve? ¿En qué anda?), cuando nos enteramos de tu demora en París a causa de un "desperfecto físico" (de alguna manera hay que llamarlo) nuestra curiosidad se deslizo a una cierta preocupación y, sobre todo, hacia unas muchas ganas de verte entre nosotros".

María era una viajera... de aquellas que se sabe cuándo parten pero no si van a volver, ni cuándo. Y era justamente esa incertidumbre la que nos mantenía en un contacto vivo con ella, por más lejos que estuviera. Sabíamos que al volver nos llenaría de palabras con anécdotas de sus zozobras personales y de reflexiones políticas de los más variados escenarios en los que le tocara intervenir.

Luego de realizar una primera etapa de estudios en Brasil, su país de origen, María realizó estudios en Chile (FLACSO), luego se dirigió a París (Escuela de Altos estudios en Ciencias Sociales) donde obtuvo un doctorado y luego aterrizó en Buenos Aires, pero ahora con Gabriela en brazos, su hija nacida en París.

Ya en Buenos Aires, desempeñó, entre otras, funciones académicas en CLACSO, colaboró en la fundación del Centro de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires, fue Secretaria General del Club de Cultura Socialista y Profesora Titular de la Facultad de Ciencias Sociales (Carrera de Ciencia Política).

Finalmente, en los últimos años María, participó en misiones de las Naciones Unidas en Nicaragua, Mali, Angola, Haití, Guinea, Zaire, siendo designada



María Grossi murió el domingo 3 de julio, en París. Demasiado lejos. En su reunión de esa semana, el viernes 8, el Club de Cultura Socialista rindió homenaje a esta amiga inolvidable. Sin ninguna pompa, con mucho dolor, a través de estas palabras de Alicia Azubel.

últimamente funcionaria del Departamento de Observación Electoral de la ONU.

(Puedo "ver" el rubor de María al ser denunciada por esta trayectoria. María no gustaba de ser objetivada por ninguna marca o señal de identidad, sin embargo si no incluyera este piso también real de la trayectoria de María muchas cosas quedarían en el aire).

Estamos en el Club de Cultura Socialista José Arico. María Grossi fue una de nuestras mujeres del Club.

Antes de eso la conocí como una de nuestras mujeres de la UBA, en una mesa lateral de la sala de reuniones del Consejo Superior, cuando los aires de Buenos Aires, recién asumido Alfonsín, nos hacían sentir en escenarios no demasiado reales, aunque todo era bien tangible a nuestro alrededor. Nuestro desconcierto parecía no tocar a María, que trasuntaba en cualquier espacio un halo de irrealdad por su aparente liviandad y estado de flotación.

María, nacida en Brasil... flotaba bien en un mundo sin fronteras en que le deambulaba, una nunca sabía bien cómo.

Fue, dije, una de nuestras mujeres del Club. Sin fronteras; sin embargo cada viernes durante muchos años se asentó entre nosotros, donde se destacó por esa combinación de belleza, inteligencia y salvaje egocentrismo que pronto la situaron ya no como una más entre nuestras mujeres del Club sino como la encarnación de una mezcla rara, mestiza ella, entre nosotros blancos o falsos "negros".

Cada vez que María partía dejaba un vacío. Es cierto, como he dicho, que ya estábamos acostumbrados a sus idas y vueltas... Aun así, su ausencia se dejaba notar, pese al hábito. Hoy, en cambio, pensamos una lejanía ya sin retorno de María. Para nosotros ese espacio vacío será ocupado, en nuestro recuerdo, por ella y sólo por ella. Eso es lo triste, que no contemos ya con la picardía de esa mujer dispuesta a descolocarnos desde cualquier lugar, fuera de nuestras fronteras.

Este es el adiós a María, que quería compartir con ustedes aquí. Como un modo de despedirla, pero también como un modo de guardarla entre nosotros.

Alicia Azubel

INTERNACIONAL

El caso italiano y el fenómeno Berlusconi

Actores antipolíticos en la democracia

Desde hace algunos años las democracias liberales están siendo atravesadas por la emergencia de actores antipolíticos. No se trata simplemente del proceso de personalización de la política, ni tan solo, como señaló Bernard Manin, de fenómenos de adecuación de la representación a la relativa decadencia de los partidos como vehículos casi exclusivos de las pertenencias culturales y de clase.

Franco Castiglioni

Nuevos movimientos han surgido en torno a la crítica, a veces virulenta, hacia la clase política y los partidos establecidos. Los nuevos actores antipolíticos apuntan y escogen a la escena pública puntos de elección fundados en el desencanto con la política, que adquiere particular significación en los países que experimentan, alternativamente o en su conjunto, crisis institucionales, políticas y económicas. Con sus discursos y sus actitudes, estos líderes reducen la política a expresiones de protesta radical contra el Estado, los partidos y el *establishment* económico. Frecuentemente recurren a la ridiculización de los desvalorizados políticos (los parlamentarios son, para ellos, el símbolo de la ineficacia y la corrupción), para finalmente insinuar la eliminación lisa y llana de la política en tanto arena de mediaciones y de construcción de proyectos sociales.

Estos movimientos antipolíticos

de los años 90, como señala Ralf Dahrendorf en este número de la *La Ciudad Futura*, se caracterizan por un discurso de derecha, donde se mezclan reivindicaciones nacionalistas, en algunos casos regionalistas, con apelaciones al mercado y al individualismo extremo y en contra del garantismo social. El liderazgo de mano fuerte, frecuentemente contorneado por personajes ajenos a la política, aparece como el actor imprescindible para terminar de una vez por todas con la "partidoocracia" y otras lacras sociales.

Hasta el momento la radicalidad de estos movimientos parece estar en relación directa con la distancia del poder y la estructuración de los sistemas partidarios. Así, los movimientos de extrema derecha en Francia y en Alemania no están aún en condiciones de ganar elecciones. Mayores, en cambio, han sido las chances de neopopulistas como Ross Perot en los Estados Unidos y de Stanislaw Tyminski en Polonia, países que aun en su diversidad, no poseen sistemas partidarios con entidad como los de los países europeos occidentales.

En el otro extremo del mundo, en cambio, Fernando Collor de Melo y Alberto Fujimori lograron resonantes victorias electorales. Tanto en Brasil como en Perú el sistema político ineficaz y la sociedad golpeada por la emergencia económica y social dieron lugar al surgimiento de líderes de fuerte contenido **decisionista** sin otro mensaje que el de prometer soluciones rápidas a los profundos problemas que afectan a la sociedad. La política de los políticos apareció, sin tapujos, como el blanco predilecto de sus discursos. Las sociedades más fragmentadas recibieron alborozadas a estos nuevos líderes. Si bien hay mucho de viejo populismo en su estilo, la novedad de estos movi-

mientos radica en la ausencia de movilización, correlato de las contingencias históricas, políticas y económicas en las que los nuevos líderes emergen.

Un caso particularmente interesante en este contexto de retorno del líder, para usar la gráfica expresión del mexicano Sergio Zermeno, es el de Italia. Allí, un empresario, Silvio Berlusconi, aliado al jefe de la protesta regionalista, Umberto Bossi, y a un líder proveniente de la extrema derecha fascista y antisistema, Gianfranco Fini, llegó al gobierno en un país donde el sistema político peninsular había sido, hasta fines de los años 80, fuerte y sólidamente estructurado.

A diferencia de Francia y Alemania, pero como en Brasil durante el período Collor y como en Perú en la actualidad, Italia tiene hoy su líder, ajeno al sistema político, a cargo del Ejecutivo. Silvio Berlusconi obtuvo una significativa victoria electoral (convalidada y aumentada en las posteriores elecciones europeas) con consignas muy sencillas: menos Estado, más mercado, menos impuestos, más libertad de empresa, menos discusiones y más decisiones. A ellas Berlusconi unió más ingredientes de la calle y del deporte (su fuerza política se denomina *Forza Italia*), con un lenguaje llano y accesible: *Soy y seguiré siendo una persona normal, un hombre común que no tiene por qué distinguirse de un lenguaje llano, inspirado en el tan despreciado "sentido común"*, contestó secamente Berlusconi a Norberto Bobbio, que lo había acusado de "populista" y "plebiscitario" en las páginas de *La Repubblica* a mediados de junio.

Pero ¿qué sucedió en Italia para que se impusiera un *outsider* de la política si ese país había logrado cons-

truir un sistema partidario sólido sin fracturas sociales ni crisis económicas agudas como en Brasil o Perú? ¿Acaso puede reducirse el fenómeno Berlusconi al uso indiscriminado de la televisión como vehículo para conquistar el poder?

Berlusconi y la antipolítica

Se puede afirmar, en términos generales, que la antipolítica prospera en situaciones de hartazgo de la clase política, cuando ésta es considerada por sectores importantes de la sociedad como ineficaz o cuando se le adjudica responsabilidad directa por las penurias pasadas (como la corrupción, que se hace más insostenible desde los ciudadanos son objeto de una fuerte imposición fiscal), por la crisis económica y el empobrecimiento social o por la falta de ideas y proyectos creíbles para superar coyunturas de incertidumbre colectiva acerca del futuro personal y doméstico.

En algunos países latinoamericanos estos movimientos se ven abonados por las tradiciones político-culturales caudillistas y patrimonialistas, por la debilidad institucional, por la fragmentación de la sociedad civil y la presencia de contextos de emergencia económica, como señala Juan Carlos Torre, que demanda liderazgos "decisionistas".

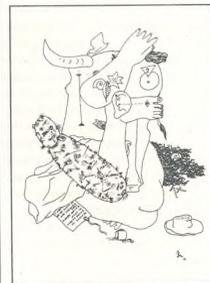
Italia se hallaba, a inicios de los 90, lejos de constituir un caso de emergencia como Perú o Brasil. Pero la crisis de la clase política, bajo los reflectores de los procesos judiciales anticorrupción, espectacularizados por los medios de comunicación, y bajo un augo sentimiento de rechazo hacia la elevada imposición fiscal, asociada por los contribuyentes a los reducidos niveles de eficiencia de los servicios públicos ofrecidos por el Estado, se conjugaron con una sociedad italiana orientada, según Giorgio Ruffolo, hacia ideales de "felicidad privada". Berlusconi se dejó al electorado soplando sobre el viento privatista europeo, cultivando a la vez esperanzas y sueños de bienestar personal desde su tranquilizador espacio de empresario que se propone

como alternativa de la desacreditada clase política e interpreta la demanda de "novedad".

Hay que notar, sin embargo, que Berlusconi, a diferencia de los fujimoristas latinoamericanos, no opera en un vacío institucional. ¿No existe, entonces, una *contradicción in terminis* entre liderazgo antipolítico y acción de gobierno, en un contexto institucional que cuenta con una administración pública relativamente autónoma, junto a un Poder Judicial independiente y organizaciones sociales difusas y autónomas? ¿No será acaso que los movimientos antipolíticos pueden afirmarse, y muy relativamente, sólo en las "democracias híbridas", como denomina James Malloy a las fórmulas ejecutivas y decisionistas, aunque popularmente electas, de nuestro continente, mientras que, por sus propias características, estos movimientos en las democracias más consolidadas del planeta ven restringido su accionar a la protesta radical y que, una vez llegados al poder, deben necesariamente limitar su popularismo al discurso del "hombre común" (como hace hoy Berlusconi), pero desplegando a la vez una compleja práctica de gobierno que reintroduce obligadamente a la desvalorizada política?

El ascenso del líder

Para justificar las razones del éxito de Berlusconi nos remitimos, por un



lado, a los cambios estructurales, de largo plazo, que se verificaron en Italia desde la posguerra y, por el otro, a causas más estrictamente coyunturales, asociadas a la formación de coaliciones ante las elecciones de marzo pasado.

Desde el fin de la Segunda Guerra, la Democracia Cristiana se colocó en el centro del sistema de partidos, englobando como aliados, primero a los pequeños partidos laicos y luego a los socialistas. Con la erosión de la fuerza de la identidad de los valores cristianos como fuente de agregación política, a causa de la modernización de la sociedad italiana, el uso del anticommunismo como factor electoral aglutinante y el manejo discrecional del gasto público le permitieron al partido católico garantizar, con costos crecientes, su continuidad en el gobierno, aunque obligado a través de fórmulas de coalición. Fue su aliado principal, el Partido Socialista Italiano, quien, con un escaso 13 por ciento de los votos supo imponer a la DC mayores costos políticos para sostener la estabilidad de la coalición de gobierno. La siempre más aguda competencia entre los dos aliados, bajo el ambicioso liderazgo de Bettino Craxi en el PSI en los 80, creó un cuadro de mayor ingobernabilidad del sistema político, que se manifestó en reiteradas crisis de gobierno.

La caída del Muro de Berlín a fines de esa década quitó del medio la bandera anticommunista y dejó al descubierto el elevado precio del sistema de intermediación política que se había adueñado del Estado. Paralelamente, el auge del gasto público y el consiguiente incremento de la imposición fiscal (de alrededor de diez puntos del PBI en una década) para paliar una deuda estatal que ya superaba el Producto Bruto Interno, producían una importante ola de rechazo al sistema político y al centralismo romano, particularmente en el Norte del país donde la evasión impositiva es significativamente menor. Ese rechazo se canalizó políticamente, al caer la "extorsión" anticommunista, hacia una nueva fuerza de protesta, la Liga del Norte, en

su origen secesionista y fuertemente antiestatista. Al mismo tiempo, una serie de referéndum promovidos por sectores disidentes internos de los partidos principales, apuntaron contra el clientelismo a través de la reducción de las preferencias en las boletas electorales (1991) y a favor de la modificación del sistema electoral proporcional (1993), señalado como un factor que coadyuvaba a la prepotencia de los aparatos partidarios, a la inestabilidad de las alianzas de gobierno y a la falta de alternancia, con el objetivo de pasar al sistema uninominal para abrir las puertas a mayorías parlamentarias sólidas en condiciones de alternarse en el Ejecutivo.

En este contexto, en el cual las fuerzas dominantes acusaban el desprestigio en las elecciones nacionales (1992), la acción de la magistratura peninsular aceleró los tiempos de la crisis del sistema de partidos. No fue antes sino después del comienzo de la crisis política cuando los jueces y fiscales intervinieron para desentramar y juzgar a la corrupción. La operación *mani pulite* llevó en pocos meses a centenares de hombres de la clase política tradicional a desfilar frente a los estrados judiciales. La TV siguió ese proceso dando a los juicios una espectacularidad desconocida. El veredicto popular, singularmente fomentado desde los medios de comunicación, fue contundente hacia la clase política.

La victoria de Berlusconi

Luego de las elecciones de alcaldes de noviembre de 1993 -realizadas con el nuevo sistema electoral mayoritario con doble turno-, que habían dado la victoria a candidatos ligados a la izquierda (sobre todo al Partido Democrático de la Izquierda, para entonces heredero del viejo Partido Comunista Italiano), parecían abrirse las puertas a

un gobierno progresista por primera vez en la historia del país. El drástico debilitamiento de la DC y del PSI habían dejado al centro-derecha italiano en manos de dos fuerzas de protesta como la Liga y el Movimiento Social Italiano. Ambas no podían concretar, por sí solas, una alianza para frenar el avance de los progresistas. Las divi-

Berlusconi creó en pocos meses, a partir de su holding empresario Fininvest, una estructura territorial para las elecciones. Sus cuadros dirigentes provinieron de la misma empresa y de la segunda línea de exdemócratas cristianos en busca de asilo político.

dian historias y proyectos acerca del federalismo y del rol del Estado. En este marco, el doble turno electoral favoreció a los candidatos progresistas que lograron sumar el voto independiente de los moderados, problemáticamente atomizados por movimientos radicalizados de protesta, como el separatismo y el neo-fascismo, que creaban sensibles resistencias.

Ante un escenario de probable victoria, por defecto, de los progresistas, la maniobra inesperada de Berlusconi fue lanzarse a la escena política para unir las fuerzas de la derecha y afrontar en conjunto las elecciones nacionales. Para ello tenía que poder ocupar el centro dejado vacante por la crisis demócrata cristiana (ya sepultado el partido y refundado bajo el nombre de Populares) y presentarse como el articulador de un proyecto creíble para los sectores sociales preocupados por la desocupación, hartos de la corrupción y del intervencionismo estatal. Berlusconi ofreció entonces la imagen moderada del empresario de éxito. Un no-político, gran generador de puestos de trabajo, popularmente conocido por sus empresas en el ámbito deportivo y en el mundo de los negocios, se presentó como el "puente" ideal de las dos derechas para llenar el espacio político vacante y garantizar, a la vez, contra-cambios imprevisibles que la alianza de izquierda podría traer consigo.

Berlusconi creó en pocos meses, a partir de su holding empresario Fininvest, una estructura territorial para

las elecciones. Sus cuadros dirigentes provinieron de la misma empresa y de la segunda línea de exdemócratas cristianos en busca de asilo político. Este nuevo look organizativo reflejó la estructura empresarial altamente centralizada en la figura del jefe que eligió personalmente a sus candidatos y negoció sin intermediarios con sus aliados la distribución de representantes.

En lo que respecta al discurso, como señaló el politólogo inglés Patrick McCarthy haciendo un análisis comparativo entre Berlusconi y Margaret Thatcher, el magnate italiano acertó en fundar su proclama sobre un lenguaje calmo, tranquilizador, cortés hasta exagerar, típico de un "populismo de gobierno", bien distinto del "populismo de protesta" del rudo líder ligista Bossi. Un populismo, el berlusconiano, de tipo "ilusionista" y "soñador", alejado de aquel realista, duro y pragmático de la exprimera ministro británica.

La TV cumplió un rol secundario en asegurar su victoria. Si bien Berlusconi controlaba las tres redes televisivas privadas más importantes, que llegan al 50 por ciento de la audiencia, los canales estatales en manos de los partidos tradicionales no escatimaron argumentos contra Berlusconi y sus aliados. Este argumento bastaría para acotar la sobrestimación de la TV en los últimos tramos de la campaña electoral. En realidad la televisión, pública y privada, había homogeneizado por años valores y exaltado comportamientos que se dirigen hacia aquellos ideales de "felicidad privada" sobre los que finalmente Berlusconi construyó su discurso político. La TV, en este sentido, apareció como una vía relativamente neutra en materia partidaria, aunque capaz de uniformar preferencias y aspiraciones individuales, y a la vez de espectacularizar y popularizar la condena hacia la clase política.

Como diría Manin, la televisión contribuyó al desapego entre el viejo voto cautivo y la expresión de la opinión pública. Allí triunfó algún mejor intérprete cual era la aspiración de la ciudadanía. ¿Quién mejor que Berlusconi, no tanto el dueño de las TV privadas sino el empresario conocido, exi-

toso, moderado, para ser el verdugo de la clase política?

En cuanto a sus rivales, el PDS ofreció a Berlusconi un blanco relativamente fácil para su prédica. El PDS fue, paradójicamente, atacado a la vez por sus alianzas políticas, demasiado inclinadas hacia formaciones de izquierda, populistas y comunistas, y por su participación, al menos tácita, en el exacerado "régimen partidocrático" y más abiertamente en el ajuste económico del gobierno Ciampi (1993-94), bajo cuyo mandato aumentó la desocupación. El programa de la izquierda, mientras recibía el aplauso del *establishment* no lograba atraer el voto de los jóvenes desocupados, no representados por los sindicatos, ni el de la pequeña burguesía peninsular, en busca de impuestos más bajos y menores regulaciones burocráticas y sindicadas.

Finalmente, otro importante factor para el triunfo de *Forza Italia* fue el uso inteligente del sistema electoral (por tres cuartos mayoritario y el resto proporcional). A diferencia de las elecciones municipales de noviembre, el sistema finalmente implantado para las legislativas no preveía el doble turno. Sin *ballottage*, la izquierda no podía esperar repetir el éxito de noviembre (además de tratarse de distintos escenarios electorales) sin conformar previamente alianzas más amplias. La izquierda por un lado y los Populares por el otro, prefirieron salir a la arena electoral separados, como si estuvieran compitiendo en un sistema proporcional. En cambio, Berlusconi, no obstante la fuerte competencia política con la Liga, no titubeó en negociar candidaturas únicas de toda la derecha, aun a un costo elevado en término de legisladores, en aras de la necesidad de asegurarse una fuerte alianza para el único turno electoral.

El retorno de la política

Es previsible que ante la complejidad y heterogeneidad de intereses presentes en la coalición de Berlusconi (pequeño empresario, comerciantes, trabajadores autónomos, empleados es-

tales, jóvenes desocupados), la tarea del nuevo ejecutivo no será fácil, sobre todo ante la ausencia de justificativos sociales de emergencia, como pueden ser la hiperinflación o el terrorismo, a los cuales apelar para disciplinar a aliados y votantes.

A la vez, el sistema electoral perfeccionado, como se señaló, trajo aparejado para el oficialismo una dura negociación con los aliados antes de las elecciones, los que hoy cuentan con un extraordinario poder de veto recíproco. Debido a ese mismo sistema electoral, el gobierno ha quedado en minoría en el Senado, lo que le impone un permanente trueque, ley por ley, con los Populares.

Otro problema que enfrenta el Ejecutivo es el de la necesidad de un rápido aprendizaje de sus funcionarios en el manejo de la cosa pública.

Los cuadros del partido-empresa, de origen profesional, sufren la repentina "parlamentarización" a la que han sido sometidos y deben recurrir siempre más a los dirigentes de segunda línea de la odiada "partidocracia" para hacer funcionar la maquinaria legislativa, aun al costo, en términos de popularidad, de reñotar viejos políticos. La improvisación en la tarea de gobierno ha llevado al nuevo oficialismo a torpezas tales como el intento de interferir sobre la elección parlamentaria de los miembros del Consejo de la Magistratura -precisamente en un momento en que los jueces gozan de amplio prestigio por su independencia-, lo que le valió inmediatamente un decidido rechazo de la institución judicial.

Por estas razones el éxito de un movimiento antipolítico a la Berlusconi -no de mera protesta sino de gobierno- es contradictorio con la práctica de gobierno en un país democrático y pluralista. Los condicionamientos institucionales, la praxis parlamentaria y administrativa y las restricciones

judiciales, así como la necesidad de negociar con aliados y la presencia de una oposición política y sindical arraigada cultural y socialmente, imponen al hombre "del sentido común" y las decisiones veloces, límites a la arbitrariedad y discrecionalidad. La negociación con sindicalistas, con parlamentarios opositores, con grupos aliados o

Los condicionamientos institucionales, la praxis parlamentaria y administrativa y las restricciones judiciales, así como la necesidad de negociar con aliados y una oposición política y sindical arraigada cultural y socialmente, imponen límites a la arbitrariedad y discrecionalidad.

con jueces independientes que defienden su institución, tra consigo el retorno de la política que se quería eliminar. El discurso se escinde entonces de la realidad, la que demanda un regreso a la arena de las mediaciones. El mismo movimiento de Berlusconi para consolidarse como partido probablemente deberá, pasado el primer impacto del éxito electoral, construir un aparato partidario conectivo de los distintos mundos sociales que lo conforman.

El caso italiano se distingue, entonces, de procesos paralelos experimentados en América latina. En primer lugar, las causas de estos movimientos divergen: en Italia la aparición de Berlusconi es consecuencia de la crisis del sistema partidario, angustiado y corrupto, y del peculiar Estado del bienestar peninsular, incapaz de generar servicios eficientes. En América latina, la emergencia de líderes populistas, pos-movilizacionistas, es más bien el producto de la tradicional ausencia de un sólido sistema político y a la vez de la marginalidad creciente de sectores sociales. En segundo lugar, aunque Berlusconi sea hoy un líder movimentista en plena fase de expansión como algunos líderes decisionistas de América latina, es también cierto que su movimiento debe confrontarse con instituciones estatales comparativamente más sólidas y con una sociedad civil organizada, articulada y habituada a procedimientos de negociación, que probablemente limitarán sus impulsos antipolíticos. □

Brasil

El PT, un personaje en busca de un autor

Las encuestas insisten: tras un comienzo auspicioso, la figura de Lula parece estancarse en las preferencias frente al avance del candidato oficial, Enrique Cardoso. El dato es importante, pero no es lo que más preocupa del PT. Ante una real posibilidad de acceder al gobierno aún no ha logrado definir claramente cuál será el programa de reformas que intentará llevar adelante ni, tampoco, con qué fuerzas articulará el bloque de poder, que apoyará esa política.

Aníbal Jáuregui

Brasil está viviendo con plenitud el tránsito hacia la transformación de su vida política en medio de una formidable crisis económica. El momento decisivo de ese tránsito serán los comicios generales de octubre de este año en los que se van a unir al nuevo presidente de la república, diputados federales, senadores, gobernadores de todos los estados, diputados estatales y concejales. Serán las primeras elecciones *casadas* en las que será posible proceder a una profunda renovación de la clase política, cuyos mecanismos hacia y desde el poder se transformaron en un verdadero peligro para la comunidad, evidenciados a través de los escándalos de corrupción. A esa élite política no le cabe el "*Roba mas faz*" -que sirviera de distintivo electoral de un antiguo gobernador de San Pablo, Adhemar de Barros- ya que su incapacidad ha sido manifiesta.

La previsible renovación de la clase política podría aparejar además un cambio en la sustentación parlamentaria del nuevo gobierno: hasta el presente la realización en diferentes fechas de comicios parlamentarios y presidenciales agravaba las tendencias presentes de por sí en la estructura de representación de partidos débiles, que conducían a la formación de frágiles mayorías parlamentarias que eran, o son, sostenidas a costa del erario público. El posible triunfo de un partido sostenido con base en un programa limitaría el corte de boletas y con un sólido bloque de diputados y senadores sería más fácil conformar una mayoría parlamentaria estable con los partidos afines, capaz de apuntalar las iniciativas del Poder Ejecutivo o al menos impedir las posibles actitudes obstaculizadoras de la oposición.

El favoritismo de Lula en las encuestas genera la lógica expectativa de que un gobierno de izquierda se instale en el Palacio del Planalto. Un dato que no debe escapar es que el segundo colocado, con quien podría disputar el tramo final en una segunda vuelta, Fernando Henrique Cardoso, es un intelectual de origen marxista, aunque ahora se haya aliado a la derecha, que no pertenece a los grupos políticos tradicionales. La candidatura de Cardoso está atada a la suerte que correrá el plan antinflacionario, cuya nueva etapa apenas está entrando en vigor, y cuenta a su favor con el apoyo que le podrá dar el poder económico en donde la candidatura de Lula genera no poco escozor. Una baja significativa de los índices de inflación

podría tener efectos impulsivos para la candidatura de Cardoso. Sea como fuere, la izquierda está instalada en el centro del escenario.

Los comicios de octubre parecen ser una revancha *post mortem* de las elecciones presidenciales de 1989, cuando Fernando Collor de Melo frustró el sueño de la izquierda de ver un obrero en la presidencia de la república. El tiempo no ha pasado en vano y la victoria de Lula no podrá ser el intento de recuperar el tiempo perdido. El *impeachment* sufrido por Collor, del cual la izquierda fue abanderada, ha significado una auto derrota de la clase política. La *debacle* del gobierno de Collor ha arrastrado consigo el secretario neoliberal que si bien él no adoptó integralmente terminó siendo el aspecto central de su gobierno. Sin embargo,

algunos de los temas que fueron planteados por el gobierno de Collor siguen estando en el centro de la escena y volverán a la política en cuanto exista una autoridad capaz de afrontar con posibilidades la resolución de los urgentes problemas nacionales: la lucha contra la inflación y la reforma del Estado. La izquierda podrá dar una respuesta distinta a la versión *collorista*, pero no podrá hacer silencio.

Como en las restantes repúblicas presidencialistas del continente, el juego es a todo o nada. Pero fuera del necesario triunfalismo que acompaña normalmente a un proyecto de poder de inspiración transformadora, el crecimiento del PT tal y como ha sido hasta ahora, señala un cambio profundo en la forma de hacer política que imperaba en el país. Este crecimiento

electoral petista debe ser incluido dentro de una cadena de fenómenos protagonizados por partidos y alianzas de izquierda con posibilidades ciertas de alcanzar los más altos niveles del poder en los países de América latina, canalizando demandas insatisfechas de la sociedad civil a través de un discurso político que ensaya innovaciones sustanciales en relación con sus precedentes, sobre todo stentistas.

Ahora bien: ¿a qué tipo de izquierda pertenece el PT? Vamos a la historia. Este partido fue fundado en 1980 por diversas corrientes en lucha contra la dictadura militar, tanto por sus aspectos represivos, dictatoriales propiamente dichos, como por su modelo económico. Confluieron en su gestación tres fuerzas fundamentales: 1) un nuevo y combativo sindicalismo, nucleado sobre todo en el Gran San Pablo, 2) las comunidades eclesiales de base que apoyaban las reclamaciones de diversos núcleos populares y 3) las diversas izquierdas que habían quedado fuera de las dos organizaciones más importantes del PCB (comunismo ortodoxo en viraje hacia el eurocomunismo) y el PC do B, maoísta.

El trasfondo ideológico que nutría a estos primeros militantes era también heterogéneo. De una parte, la Teología de la Liberación cuyos creadores y exponentes fueron y son figuras marginales del catolicismo, como el ex sacerdote Leonardo Boff (aunque esto no significa que el partido sólo se relacione con miembros marginales del episcopado), los diversos marxismos, el sindicalismo como ideología política, el *trabalhismo* getulista con su fuerte estatismo. (De hecho el estatismo penetra desde los orígenes a todo el espectro de la militancia partidaria). Aunque existieran leninistas en sus filas, el PT nunca fue un partido leninista; menos aun socialista o socialdemócrata.

Dada su concepción de la acción política, el PT se proponía desde un inicio tomar el Estado, es decir, desplazar la conducción estatal, entonces en manos de los militares, para modificar las relaciones de exclusividad que dicho Estado mantenía con las elites tradicionales del país "...nació con la marca tradicional del partido 'alter-ego' del Estado. O sea, se organizaba para destruir el Estado burgués, su único antagonista político".¹ Esta postura revolucionaria sólo se inspira marginalmente en aportes del socialismo marxista. Un bastante arraigada tradición revolucionaria local cuenta en su haber al misticismo milenarista de Canudos y el Constatado de los inicios de la República (esta fuente de inspiración explica por qué hace un tiempo Lula declaró que el rojo de la bandera del PT era el mismo rojo de la sangre de Cristo), el *tenentismo* de los años 20 (una reacción autoritaria de los cuadros medios del ejército contra el particularismo estadual y el monopolio político de los oligarcas), el viejo PCB de Luis Carlos Prestes y la lucha gue-

rrillera contra el gobierno militar.

Tras 14 años de existencia y casi un decenio de instalación de la democracia (o de las formas democráticas por mejor decir), el modelo revolucionario de cambio social, "la toma del Palacio de Invierno", ha perdido su lugar en el PT aunque ha permanecido como una tónica tentación. En lo fundamental, se ha profundizado su integración al sistema institucional, consiguiendo importantes posiciones parlamentarias y administrando algunas de las ciudades más importantes del país, San Pablo, Porto Alegre, Belo Horizonte. El fracaso de la clase política tradicional en la transición a la democracia dio un impulso decisivo para la instalación del petismo en la población brasileña. Fue precisamente su condición de fuerza de recambio dentro del régimen lo que ha permitido y sostenido su crecimiento.

La diferenciación con los otros actores políticos parte en principio de una afirmación de su condición partidaria. Los partidos tradicionales son máquinas de conseguir votos, pero con la particularidad de que los dueños de la situación no son las máquinas como un todo sino los políticos individuales, verdaderos señores del voto que se lanzan a la carrera política distribuyendo recursos y que llegados al poder utilizan su posición para hacerse



de más recursos.

Nacido en el llano, el PT ha podido mostrar una actitud ética, construyendo una identidad partidaria colectiva y constituyéndose en un puntal para la creación de un sistema partidario más sólido.

Pero además, el PT propone creíblemente una discontinuidad personal y conceptual con la clase política brasileña que ha venido conduciendo al país desde antes de 1964 y que no permitió su protagonismo con la transición a la democracia. Aunque ha bajado sus banderas revolucionarias, se ha plantado con un discurso radical de reforma del capitalismo brasileño, para el cual la socialdemocracia parece ser una vía inadecuada, porque está asociada con una convivencia

demasiado pacífica con lo dado. Así, ha conseguido convertirse en el principal opción de cambio que se le presenta a la sociedad brasileña tras casi una década de democracia.

En el programa de gobierno del PT la agenda política de la época se encuentra subordinada directamente a la cuestión ética y política: estabilización económica, reactivación, incremento del empleo, redistribución progresiva del ingreso nacional, reducción de la pobreza, profundización de la participación popular, modernización de las instituciones políticas, reforma del Estado, no podrán ser alcanzados sin una alteración copernicana de los cuadros políticos y de la conducta de los dirigentes. Esta parece ser la respuesta natural a los problemas de corrupción de la clase política tradicional y que lo llevó a convertirse en protagonista central de la lucha contra la corrupción. Sostenido en la ética, el petismo construye un discurso económico que propone una ruptura bastante radical con los lineamientos vigentes hasta ahora, que concuerdan con el pensamiento de los principales "agentes económicos", dirigido principalmente a los sectores

medios y bajos, cuyo eje principal se asienta en la idea de globalidad, tanto de la crisis como de sus posibles salidas.² Dentro de este paradigma globalizante, la inflación será reducida drásticamente cuando se modifiquen los actores políticos que operan sobre el presupuesto, lo que a su vez permitirá una asignación de recursos a los

En un Brasil tan fuertemente sesgado por la desigualdad, el PT apela a imágenes de solidaridad tras el objetivo de recrear lazos en una sociedad fragmentada por tensiones políticas, posiciones de clase, discriminación racial y regional:

reactivación del mercado interno prevendría de la caída de la inflación, del fin de las incertidumbres políticas y la disminución de la tensión social.

Si bien no pueden negarse la maraña de intereses políticos que envuelve la inflación, existen dos problemas a mi ver obvios que no están contemplados por el discurso partidario: 1) cómo frenar la inercia inflacionaria que demoraría años en desaparecer tras "erradicar", en un exceso de optimismo, sus causas políticas, y 2) cómo generar confianza en los llamados agentes económicos, antes denominados capitalistas, una confianza que se puede traducir tanto en una menor evasión impositiva y en una mayor inversión, ambas igualmente imprescindibles. Es evidente que la campaña del PT no se dirige a los sectores altos, a los que por ahora trata de no asustar. En recurrentes reuniones con empresarios, Lula procura desvanecer en ellos su imagen de anticapitalista.

Pero desde su tradición histórica el PT necesita mantener un cierto grado de radicalismo para poder seguir presentándose como lo diferente y por lo tanto como el cambio, especialmente

tras la aparición de un candidato de origen izquierdista y no perteneciente a la clase política tradicional. Afirmar que la inflación sería la prioridad número uno de un gobierno de Lula significaría una aproximación demasiado peligrosa a Fernando Henrique Cardoso, que ha definido su campaña en torno a la estabilización. Este, por su parte, tiene el no pequeño inconveniente de explicar los resultados de su política antiflacionaria que consiguió elevar los índices de inflación en más de 20 puntos.

La realidad del poder de Lula, en caso de triunfar, no se parecerá a la realidad de campaña. No es difícil prever que el PT deberá plantearse seriamente la necesidad de formar una verdadera coalición de gobierno que permita sostener su programa de reformas, una coalición obviamente necesaria para apoyar en el Parlamento las iniciativas del Ejecutivo, pero también para sostener desde la sociedad los pasos dados desde el poder.

Por el momento, el PT sólo está acompañado por los demás partidos de la izquierda, que sólo completan su perfil político. Para pensar en coaliciones capaces de representar un nuevo bloque de poder, el PT debería abrirse a los partidos del centro, en especial el Partido de la Social Democracia Brasileña, el partido de Cardoso. El acuerdo con el partido de los *tucanos* se complicaría en el corto plazo si en la segunda vuelta electoral se polariza entre Lula y Fernando Henrique Cardoso.

Al mismo tiempo que necesaria para el apoyo parlamentario, la apertura a coaliciones con los partidos de centro agravaría presumiblemente el frente interno. En efecto, si bien ha habido una paulatina internalización del juego democrático, al mismo tiempo se ha consolidado un sector, llamado de la "izquierda", vinculado a las organizaciones populares y a la militancia más aguerrida que no se ha ejercitado en la gimnasia del poder y que ha tomado posiciones en los diversos organismos de conducción. Este parece ser un horizonte de conflicto futuro, porque el frente interno es el

mejor conectado con diversos movimientos populares a los que no siempre un gobierno de izquierda podrá favorecer.

Tal vez lo más valioso del reverdecido de la izquierda brasileña sea el que demuestra que es necesaria la utopía para la reconstrucción de un espacio público capaz de sostener desde el imaginario colectivo un programa de reformas materiales. En un Brasil tan fuertemente sesgado por la desigualdad, el PT apela a ciertas imágenes de solidaridad colectiva que tienen el objetivo de recrear lazos comunes en una sociedad fragmentada por tensiones políticas, posiciones de clase, discriminación racial y regional: "Os filhos das empregadas devem estudar junto dos das patroas, como a escola será pública para todos".³ Una reciente campaña contra el hambre, dirigida por el sociólogo Hebert de Souza, el *Bethino*, puso en evidencia la existencia de vínculos de solidaridad hasta hace poco impensables. El PT está poniendo en vigencia la vieja consigna del Mayo francés de llevar la imaginación al poder para la construcción de vínculos desgarrados por una histórica desigualdad. En este trabajo, la ilusión tiene un papel central. Si la ausencia de ilusión puede ser un precio alto para llegar al poder para cualquier corriente política, para una corriente de izquierda (¿no será el caso de Fernando Henrique Cardoso?) esa es una cuenta impagable: la izquierda no ha desaparecido de la faz de este mundo, porque ha querido ser una reserva de expectativas colectivas, que pasan por encima de la realidad del sentido común. □

Notas

¹ Alencar Chico, "Sobre o PT, 'sobra o PT'", en 1994, *Alternativa de esquerda à crise brasileira*, Rio de Janeiro, Relume Dumará, 1995.

² Camargo, José Marcio, "Distribuir para crescer", en Benjamin César, 1994, *Alternativas de esquerda à crise brasileira*, pp. 105-108.

³ "Los hijos de las empleadas domésticas deben estudiar con los de las patronas, porque la escuela será pública para todos". Declaraciones de Lula en *Folha de São Paulo*, 1º de junio de 1994, p.2.

Esta derecha de los 90'

El avance de la derecha en todo el mundo amenaza convertirse en un dato de largo plazo. Frente a ello es preciso alertar al máximo la sensibilidad democrática, disponiéndonos a defender los derechos y libertades propios de la vida civil.

Ralf Dahrendorf

Si por "democracia" se entiende la alternancia regular entre gobierno y oposición, los Estados Unidos son el único ejemplo significativo de los últimos años. El demócrata Clinton desplazó al republicano Bush en un cambio normal para cualquiera. Tal vez Francia pueda ser considerada un semi-ejemplo, en cuanto la "cohabitación" sea menos radical que la alternancia, aun cuando habrá que esperar el resultado de las elecciones del próximo año. En el resto de los países, los gobiernos son impopulares, aunque la oposición no parece benefi-

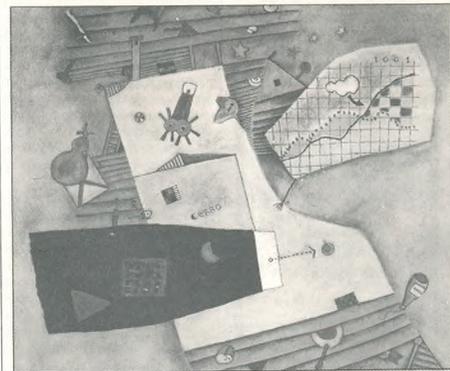
ciarse significativamente. Los gobiernos no pierden. ¿Qué puede significar esto para la democracia?

La extraña coexistencia entre impopularidad y estabilidad tiene una causa evidente: la gente muestra rechazo tanto por el gobierno como por la oposición, es decir por la clase política en su totalidad.

De verificarse un cambio, no se tratará de una normal alternancia, sino prácticamente de un cambio de régimen. Un viejo régimen se derrumba, como en Japón o en Italia. *Homines novi* emergen de la nada, aunque sus nombres no sean familiares: son personajes famosos ajenos a la política que ahora invaden este árido paisaje.

Casi todos los países tienen sus potenciales Berlusconi, aun cuando creo que difícilmente lleguemos a asistir a una cumbre europea con el primer ministro Berlusconi del Milan, el presidente Tapie del Olympique Marseilles, el primer ministro Richard Branson de la Virgin Airlines y el canciller Beckenbauer del Bayern München...

La aparente incapacidad por parte



de las instituciones democráticas de generar cambios conduce a una rebelión populista (¿la rebelión de los hinchas de fútbol?). Pero este es sólo un aspecto del problema, al cual se une la constatación que a la derrota de una entera clase política se une un decidido vuelco hacia la derecha. En términos de política económica hemos ya tenido, naturalmente, una década de Thatcherismo en muchos países europeos. La derecha de los años 90 podría, tal vez, inclinarse más a proteger y subsidiar que aquella de los 80. Paralelamente hay un retorno a comportamientos de derecha más tradicionales.

Un joven norteamericano fue golpeado en Singapur por haber dañado algunos automóviles, y muchas personas aprobaron ese castigo. El primer ministro Major recientemente invitó a la gente a denunciar a los mendigos a la policía. Para la mayoría de la opinión pública el crimen comparte con la desocupación el primer lugar en la lista de las demandas de intervención pública. Esta preocupación frecuentemente acompaña a la xenofobia y al pedido de expulsar a los extranjeros, a los inmigrantes y a las personas en busca de asilo. El lenguaje del deber toma el lugar del de los derechos y la retórica nacionalista sustituye la europea.

Gran parte de las razones que han hecho cambiar la actitud de la opinión pública tienen efectivamente fundamento y la izquierda las ignora, a su propio riesgo. Así, Tony Blair, candidato a dirigir el Partido Laborista, ha elegido deliberadamente como propio

programa político "la ley y el orden" y Michel Rocard, del Partido Socialista francés, prefiere insistir sobre la necesidad de obtener mayor cohesión social. Ignorar la nueva realidad es difícil, casi imposible. Pero ¿a dónde nos llevaría la derecha si tomara como propios los argumentos populares y llegara a dominar el espectro político europeo?

Tal vez no muy lejos. Lo que a primera vista parece nuevo podría rápidamente aparecer viejo y desaparecer tan velozmente como apareció. Ninguno de los representantes de la nueva política impacta por sus extraordinarias cualidades para guiar a las naciones en un contexto interno e internacional difícil. Quizá nos encontramos frente a un simple episodio y no ante un cambio radical.

Pero, podría no ser así. Si la nueva derecha llegó para quedarse, haríamos mejor en cuidar nuestras libertades, porque empezará a atacar donde pueda contar con apoyo popular. Hay que recordar que la libertad debe ser defendida donde es más difícil defenderla: el derecho a las manifestaciones públicas, aun cuando sean ruidosas e indisciplinadas; el derecho al silencio del acusado delante de los tribunales; la libertad de expresión, sobre todo cuando su ejercicio se contraponen al poder, independientemente del que se trate; el derecho a la diversidad religiosa y cultural; el derecho de no, y subrayo no, trabajar y, tal vez, hasta de mendigar por las calles.

La vida en una sociedad libre no es ni ordenada ni bien organizada. Se caracteriza por su caos creativo, su excentricidad. El ejemplo del joven golpeado por castigo ha llevado a la atención de muchos un nuevo tipo de orden que se llamará autoritarismo asiático. Los hombres de negocios, particularmente, se sienten atraídos por la idea de conjugar oportunidades de mercado ilimitadas (y libre de impues-

tos) con un orden social en el que se pueda decir a las personas qué es lo que hay que hacer y qué lugar deben ocupar. Para algunos, el sueño de estabilidad y de orden se concreta en un poder omnímodo que organice la vida de las personas desde la casa hasta la tumba a través de una autoridad ordenadora o hasta un partido omnipotente. ¿No se

beneficiaría Europa con una dosis de autoritarismo asiático?

Creo que no. Antes que nada en estas condiciones también los negocios pueden verse afectados. Ciertamente Singapur es conocida por su creatividad y su espíritu de empresa, pero si las instituciones financieras de Hong Kong debieran buscar una sede alternativa, preferirán la más vital, desordenada y democrática Bombay. Además, el error de sobrestimar la estabilidad de los regímenes autoritarios se paga muy caro. Donde los conflictos son sofocados, se vislumbra la posibilidad de cambios violentos. Hasta la conjunción china de plaza Tiananmen con capitalismo de casinos podría no ser estable en el largo plazo.

Finalmente, hay un problema no menos importante: los valores. Las elevadas tasas de crecimiento y el orden controlado por la policía no son todo para el bienestar del hombre. La respuesta al nuevo giro a la derecha y al interés por el autoritarismo asiático, debe ser, por lo tanto, una nueva confluencia de las fuerzas de la libertad. Su programa debe tomar en cuenta la necesidad de cohesión social y la demanda de seguridad; debe aceptar los desafíos del mercado global así como la necesidad de un Estado austero y eficiente; pero sobre todo debe defender obstinadamente los derechos y las libertades sobre las que se basa la vida civil.

Notas

* Publicado por *La República*, 11-6-94.

ENTREVISTA

Conversación con Manuel Lamana

Sartre, el compromiso y la libertad

El traductor al español de la *Crítica de la razón dialéctica*, *Lo imaginario* y *Las palabras*, entre otras obras de Sartre, reflexiona sobre la contemporaneidad del pensamiento del filósofo francés.

Alejandro Blanco y Martín Plot

La obra de Sartre ha comenzado a reditarse. ¿Qué significa leer hoy a Sartre?

Evidentemente no es lo mismo leer a Sartre ahora que en la década del 40 o del 50 cuando estaba en plena vigencia y con todas sus fuerzas. Decir que ahora Sartre no tiene importancia sería una barbaridad. Creo que Sartre ha dicho muchas cosas, no sólo en sus obras filosóficas sino también en su teatro, que es sobre lo que estoy trabajando actualmente. Y a pesar de que en parte sus obras refieren a aquel momento, lo que trasciende esa inmediatez tiene una vigencia absoluta. En ese sentido creo que la libertad, el compromiso del intelectual son problemáticas contemporáneas que se replantean constantemente. Sartre nos habla en un momento de crisis ideológica del mundo, del nazismo y del fascismo que se mantiene de alguna manera, como decía Albert Camus en *La peste*, y que hay que tener cuidado porque puede reaparecer en cualquier momento. Desde luego que estamos ahora ante otras situaciones. Pero la caída de los países llamados socialistas no significa que todo se haya uniformado en el mundo ni mucho menos. Estamos siempre ante una serie de perplejidades que es de alguna manera lo que a la gente de mi generación, al menos a los de mi generación europea, nos dejó ante Sartre como ante algo que nos permitía entrar

en el mundo de las ideas de una manera distinta.

¿Cuándo fue su primer contacto con la obra de Sartre?

En 1948 llego a París después de haber estado varios años en clandestinidad en España y luego de haber estado preso y de haberme escapado. Si bien mi posición contra el régimen, y podría decir también las de mis compañeros, era clara, nos encontramos en París desarmados de un montón de cosas. A mí, como español, que había luchado en la clandestinidad y que llegaba al exilio, las ideologías que nos habían llevado a la guerra ya no me interesaban en ese momento. Quiero decir, me identifico totalmente con los hombres que en ese momento representaban la República española, porque significa el enfrentamiento a Franco. Pero en ese momento el ser republicano, socialista, comunista, anarquista, no significaba, a pesar de mis simpatías por esas tendencias, una renovación del tipo de la que yo esperaba para mi España. Eso nos pasaba cuando éramos jóvenes.

Pero esa crisis a la que se refiere, ¿se da ya durante la clandestinidad?

En la clandestinidad no, porque ahí la cuestión era muy simple: la lucha

contra Franco. Pero en cuanto al futuro de lo que podía ser España, aspirábamos a que después de todas esas experiencias tan tremendas de la guerra española y de la guerra mundial surgiera algo distinto que nos permitiera luchar de otra manera y encontrar otras cosas para España y por extensión para el mundo, porque nuestras utopías no se reducían a España. Y entonces es cuando nos encontramos con Sartre, que por entonces era una figura literaria lejana. Cuando lo empezamos a leer veíamos que nos hacía una propuesta de ética en relación con sus actividades, incluida la política. Esto a mí me atrajo de alguna manera y con un grupo de compañeros estudiantes nos pusimos a leer sus cosas. Ahí empieza un poco mi sarttrismo, que en el principio fue absolutamente literario. En el Madrid inmediatamente posterior a la guerra, los medios conspirativos nos reuníamos para realizar nuestras pequeñas tertulias donde hablabamos de literatura a partir de nuestras lecturas de cosas que nos llegaban de Argentina, ya que en España la edición era muy limitada debido a la censura. Así empezamos a leer la generación de Faulkner, Dos Passos, Hemingway y en algún momento se habló de la existencia de



Sartre. Luego me metieron preso y en la cárcel, gracias a la formidable organización de los compañeros, lef cosas que, paradójicamente, no podían obtenerse en el Madrid de entonces. Ahí leí por primera vez el primer tomo de una edición francesa de *Los caminos de la libertad*. Resulta gracioso, pues encuentro *Los caminos de la libertad* en la propia cárcel. Posteriormente, luego de fugarme de la cárcel, llego a París y veo a Sartre por primera vez en la Sorbona, precisamente en un *meeting* por la República Española. Estaba Sartre, estaba Camus. Pero cuando tuvo la ocasión de conocerlo más personalmente fue años después, cuando traducía para Losada *La crítica de la razón dialéctica y Las palabras*. De modo que viajó a París, por intermedio de la editorial, para encontrarme con Sartre, y resultó que no pude entrevistarme con él porque habían puesto una bomba en su casa a raíz del conflicto con Argelia.

Hace unos momentos, al referirse a la vigencia del pensamiento de Sartre, sugirió *como ideas fuertes las nociones de compromiso y de libertad*. En las últimas décadas la idea del intelectual universal ha entrado en crisis. Al respecto, basta recordar las exhortaciones de Foucault en el sentido de abandonar la figura del intelectual universal en favor de la crítica más local. A casi cincuenta años de los escritos de Sartre y teniendo en cuenta esta situación, ¿cómo cree usted que debieran leerse esas nociones a la luz de una redifinición de la práctica política de los intelectuales?

MI formación es literaria y no filosófica. Y hablo desde la literatura, de

modo que no voy a discutir con Foucault sino que más bien voy a referirme a lo que me está ocurriendo ahora cuando releo el teatro de Sartre. Ahora estamos viendo con mis alumnos *Las moscas* y creo que una de las cosas que nos dice claramente Sartre allí es precisamente qué es la libertad en el hombre. Es decir, nosotros estamos haciendo y pensando en una serie de cosas y hasta en lo más pequeño tenemos que pensar si queremos hacerlo o no, y en ese momento ya estoy entrando en una especie de compromiso conmigo mismo, pues estoy eligiendo algo a partir de lo que me encuentro. En ese sentido, la elección se está dando permanentemente y si estamos eligiendo es que, por lo menos, un margen de libertad tenemos ante las cosas. Ahora bien, leyendo *Las moscas* casi me veo obligado también a pensar qué pasa en Bosnia, en Israel, qué pasa en el centro de África, es decir que la relación con el mundo no deja de estar presente de ninguna manera por más que digan algunos pensadores que quieren encajarse en un rincón de su vida a lo Flaubert. En este siglo XX, además, creo que es cada vez más difícil separarse del resto de lo que ocurre en el mundo si pensamos no más en el hecho de que existen medios de comunicación de alcance mundial. En este sentido, creo que la situación de crisis no la hemos perdido, las transformaciones en las sociedades son tremendas. Al mismo tiempo han pasado muchas cosas en el mundo, la revolución socialista, el fascismo, el nazismo, como hechos históricos fuertes, y todo eso ha implicado una crisis de pensamiento, una crisis de acción, una crisis política

y, en consecuencia, una crisis de posición de los intelectuales. Así, creo que las cosas no han variado tanto. Si bien no está lo inmediato de la Segunda Guerra Mundial, la serie de problemas que se dan en el mundo exigen un mayor compromiso de parte de los intelectuales. Ahora bien, el compromiso no se da porque uno decida estar comprometido, aunque podría ser el caso, sino por el hecho de que vive en una comunidad y no tiene otro remedio que encontrarse con todo eso. Asimismo el compromiso muchas veces no se da en la forma de una declaración explícita. Estoy pensando en la obra de escritores cuya significación política cultural trascendió sus propósitos. Pensemos en la obra de Sartre *A puertas cerradas*, que algunos críticos lo leer desde la teoría de la mirada de Sartre y la cuestión de la cosificación del otro. Sin embargo, y sin obviar la riqueza de esa lectura, lo que uno puede leer también en ese infierno en el que están alojados los personajes, es una metáfora de la Francia ocupada por los alemanes y esto sin que Sartre lo haya explicitado, más bien diría que su propósito era hacer una obra de especulación filosófica. Con esto vuelvo al tema de que los intelectuales no tienen más remedio que estar comprometidos constantemente con eso que tienen ahí adelante, como en el caso de Sartre, ante los franceses que no reaccionan en la lucha contra la ocupación alemana.

La situación de las experiencias de los regímenes autoritarios en España y en América latina, ¿cómo ve la lucha de los intelectuales por la libertad y el compromiso?

Bueno, creo que en eso hay dos cosas. Una es la lucha del intelectual en tanto se convierte en militante político y otra cosa son sus escritos que, aunque no lo pretenda y hasta en algunos casos no lo sepa, nos brinda una nueva perspectiva para pensar lo que nos está pasando. En España hay intelectuales de clara posición política, como son los casos de Manuel Vázquez Montalbán, Jorge Semprín, que llegó a ser ministro de Cultura y hasta el mismo Goyisolo. En América latina

sucede lo mismo, hay escritores comprometidos con una actividad política muy clara, como el caso David Viñas, García Márquez o Vargas Llosa. Un caso especial es el del mito argentino de Borges, un hombre eminentemente reaccionario, conservador, que algunos han querido justificar diciendo que apoyaba el régimen militar de 1966 pero sin darse cuenta. Esto es mentira. Recuerdo que en el 66, cuando da el golpe Onganía, hay dos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras que sacan una declaración en la que justificaban la expulsión del ochenta por ciento de los profesores de la facultad. Esos dos profesores eran Federico Edo y Jorge Luis Borges. De modo que ellos tenían clara el problema y asumían una determinada posición política.

Sin embargo, la relectura de Borges que efectuó un sector de la crítica de izquierda reconstituyó otro Borges, fundamentalmente a partir de su política del lenguaje. Ese otro Borges está muy lejos de la figura tradicional del escritor conservador.

La cuestión es que ese Borges se deja ver sólo a partir del lenguaje y no de sus actos, algo que yo no puedo separar. El caso de Borges se parece en esto un poco al de Balzac, un revolucionario a pesar de él.

El problema justamente es de saber si un escritor es revolucionario por sus intervenciones públicas o por su política de la escritura. Estamos pensando en la relectura que Barthes hace de Flaubert como el primer escritor moderno que, por su concepción del lenguaje y del acto de la escritura, es un escritor revolucionario, mientras que otros, sin embargo, sólo lo ven como un gran escritor burgués.

Creo entonces que tendríamos que diferenciar, como dije al principio, en el sentido de preguntarnos qué es este escritor como ciudadano y qué es este escritor en tanto escritor. El Flaubert que se lavaba las manos con la manzana de la Comuna de París, como lo denuncia Sartre casi un siglo después, y el Flaubert como aquel que revolucionó la narrativa. De modo que si bien hay muchas maneras de ver al otro,



deberíamos asimismo tratar de verlo en su totalidad.

En relación con las disputas en la crítica literaria, nos llamó la atención que en uno de los puntos del seminario que actualmente usted está dictando figuraran los nombres de Eco y de Barthes, singularmente el de este último. La perplejidad proviene de que a Barthes, a pesar de haber manifestado su admiración por Sartre, se lo incluyera con razón, en el denominado movimiento "estructuralista" que, fundamentalmente consistió en una reacción contra la concepción de la literatura y de la práctica intelectual propia de Sartre. En ese sentido, nos interesaría saber cuál es la conexión de Barthes y Sartre en su lectura.

La conexión obedece a varias razones. En principio, como ustedes acaban de decirlo, en reiteradas oportunidades Barthes manifestó su admiración por Sartre y no dejaba de contar con él del mismo modo como Sartre no dejaba de contar con Camus a pesar de la fuerte polémica que los separaba.

También para apoyarme en mi pretensión de realizar unas lecturas múltiples de algunas de las obras de Sartre. Barthes es claro en este aspecto cuando en su *S/Z* nos ofrece una serie de códigos para el ejercicio de la lectura. Y en el caso de Eco sucede algo similar cuando en las apostillas a su novela *El nombre de la rosa* nos dice que la mayor satisfacción de un novelista es que los demás les digan qué otras cosas encuentran en sus textos, qué otros textos encuentran en su texto.

Usted trabajó a Sartre al español. ¿Cuál es su evaluación de la repercusión de su obra, en particular, en el campo cultural argentino?

Tendría que acordarme un poco, pero desde luego que su obra tuvo una fuerte repercusión en los intelectuales nucleados en la revista *Contorno*. Era una revista básicamente sartraiana, allí estaban los hermanos Viñas, León Rozitchner, Ramón Alcalde, Noé Jitrik, fuertemente impregnados de sartismo y no creo que lo hayan abandonado. De modo que la existencia de todo un grupo homogéneo de reconocidos intelectuales nos habla de que la impronta de Sartre fue muy significativa. Pero también recuerdo otra gente de la facultad, como es el caso de Portantiero, Margulis, De Ipola, que eran gente muy sartraiana.

Nuestra intención es que actualmente se lee poco a Sartre o casi ni se lo lee. De ser así, ¿a qué atribuiría esa indiferencia hacia un autor de innegable presencia en los años 50 y 60?

En principio, lo que creo es que Sartre no ha dejado de leerse. No se lo lee ciertamente como se lo leía cuando estaba en plena vigencia, pero creo que la edición y reedición, fundamentalmente de su teatro y de sus cuentos, nos habla de que hay un público dispuesto a leerlo. Asimismo, se están editando escritos de Sartre que él no pensaba publicar tal como estaban. De todos modos, independientemente de esta situación, sigo creyendo que en la literatura francesa así como el siglo XVII es el siglo de Luis XIV, el siglo XVIII es de Voltaire, el siglo XIX de Napoleón y Víctor Hugo, el siglo XX es el siglo de Sartre.□



LIBROS

Volver a mirar al peronismo, treinta años después

La larga agonía de la Argentina peronista. Tulio Halperín Donghi. Ariel, Buenos Aires, 1994.

Desde el momento mismo de su aparición el peronismo convocó, repetidamente, pronósticos, celebraciones, anticipos, profecías y lamentos acerca de su muerte. Pero, como la Revolución Francesa, entre otros cimbronazos fundacionales, nunca termina de sobrevivir. Claro que, en su persistencia, se transforma. Probablemente esto obedezca a la posibilidad constitutiva, sobre la que Carlos Altamirano llamó la atención en dos artículos publicados en *Punto de Vista* el año pasado, de predicar siempre la existencia de un peronismo verdadero, esto es, eterno. Según se lo presenta en estos dos textos, el predicado de bastante habitual, de las lecturas acerca del peronismo, para ensayar el comentario del más reciente trabajo publicado en nuestro país de Tulio Halperín Donghi.

La larga agonía de la Argentina peronista es que se pretenden, también, y, de acuerdo con este predicado, ilegítimos, peronistas. El predicado de verdad acerca del peronismo es, entonces, polémico y sustitutivo. Quisiera

extender aquí el alcance de esta proposición: la pregunta por la verdad del peronismo, aun cuando sea formulada por quienes no tienen ningún interés en unificarse con la verdad del peronismo, aun cuando sea formulada por observadores no-peronistas, es, siempre, polémica y sustitutiva. Es decir: es el resultado de una intervención consciente en una disputa para no instituir un sentido para un objeto histórico que continúa pareciendo, sobre todo para los discursos sensibles al igualitarismo democrático, irregular, ambiguo y, muchas veces, desconcertante. Permítame invocar esta caracterización, a su vez, en 1989. Por prudencia o picardía, no dice más.

Como lo indica el título, el libro es un relato del combate desigual entre unos obstáculos históricos insalvables y unas energías políticas y sociales condenadas al agotamiento en un esfuerzo inútil. El combate empieza en el presente tenso en que el libro anterior lo había dejado, mediados de la década del 60. Se extrema diez años más tarde y se apaga (otra vez tra-

gedias y farsas) con el ascenso del menemismo.

Para analizar la descripción de la escena en que se desarrolla este combate, propongo al lector detenernos en una cita más o menos exacta:

“Como todos sabemos, lo que hizo del peronismo el punto de partida para una crisis permanente, que tras provocar su caída iba a derrotar por más de tres décadas todas las tentativas de darle solución, fue que, mientras la revolución peronista supo crear una fuerza política cuya supervivencia estaba asegurada por sus poderosas raíces en la sociedad que había plasmado, sólo tres años después de la irrupción del peronismo comenzaba ya a hacerse evidente la fragilidad de las raíces económicas de esa nueva sociedad improvisada durante el fugaz momento de tránsito

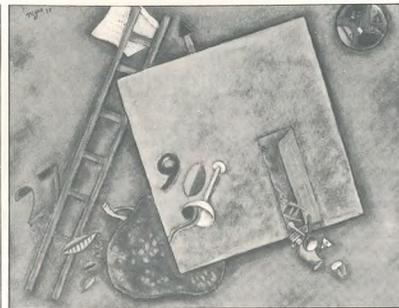
entre una guerra que había dado ocasión de acumular reservas en volumen sin precedente, y una posguerra que se esperaba más favorable a los intereses argentinos que la que siguió a 1918” (la cita corresponde a la página 28 de *La larga agonía...* y se proponen aquí para facilitar el análisis que sigue).

Este párrafo encierra una multitud de juicios acerca de la historia social y política argentina contemporánea. En primer lugar: que el peronismo es el punto de partida de una crisis. Luego, que la caída del segundo gobierno peronista es la primera manifestación de esa crisis. Además, que el carácter crítico del peronismo deriva de su naturaleza de fuerza política con poderosas raíces en una sociedad, sostenida, a su vez, en raíces económicas frágiles. Finalmente: que

esa sociedad no sólo fue plasmada por el peronismo, sino que el plasmado es el resultado de un arreglo provisorio fundado en un cálculo optimista.

¿Por qué detenernos en un pasaje dedicado a caracterizar la historia argentina inmediatamente posterior al 45 para analizar un texto que sitúa su foco en lo que sucediera veinte años más tarde? No sólo porque los años de la fundación se proponen como la clave para comprender lo que ocurriría en los cuarenta y cinco años siguientes, sino porque en esta explicación se postula el modo de concebir las relaciones entre política, economía y sociedad que hilvana la lectura del autor.

Según esta lectura la naturaleza revolucionaria -esto es: creativa e instituyente- del peronismo se manifiesta en una fuerza política. Esta fuerza plasma una sociedad en la que, más tarde, arraiga. Pero la energía social resulta de la transformación de energías económicas. Y la hibridación de energías sociales política-



mente potentes con energías económicas frágiles constituye la infortunada trabazón que se resuelve en la tragedia política de los años posteriores.

¿Qué relaciones entre política, economía y sociedad postula la metáfora de las raíces? Decir que una fuerza política arraiga en la sociedad, puede traducirse como una forma de presentar el vínculo de representación. De acuerdo con esta forma, la “poderosa raíz en la sociedad” del peronismo sería la orientación persistente de la

voluntad de miembros de distintos grupos sociales en la prosecución de fines compartidos; la realización de la voluntad del líder, la resistencia frente a los sucesivos esfuerzos por impugnarlo y, más tarde, imponer su regreso. Esos grupos sociales han sido conformados, políticamente, por la intervención de Perón en sus primeros gobiernos. Pero, recordemos, la sociedad que conforman esos grupos tiene, también, raíces. En este caso, económicas. La economía tiene como condición unas capacidades de producción y una estructura de distribución determinadas. Esta estructura determinará una comunidad de intereses entre quienes conforman las distintas clases y segmentos de clase que componen la sociedad.

Observamos de este modo que la sociedad es presentada como objeto de dos determinaciones, que derivan de procesos cuya lógica es autónoma: la política y la economía. La economía traza los límites de la comunidad de intereses y de circuitos de intercambio, la política es la forma en que la energía social actúa sobre la sociedad transformando a los grupos circunscriptos por elementos económicos comunes, en sujetos de voluntad y acción.

Pero el análisis de Halperín Donghi no se detiene en los componentes objetivos ni su relato se limita a enhebrar sucesivos desencuentros coyunturales. En la transformación política de los elementos sociales operan como catalizadores las ideologías. Ellas se condensan en principios de legitimidad, jerarquías que ordenan los juicios de la acción pública que formulan los actores. En la disputa política argentina del siglo XX los principios de legitimidad en pugna son dos: el del civismo, que privilegia el respeto de la ley y el de la eficacia, que valora la consecución de la que en cada

momento se concibe como fines políticos, más allá de los procedimientos puestos en juego para hacerlo. Ambos reconocen su origen en el ambiente político local de fin de siglo XIX. Estos principios de legitimidad catalizadores, operan reuniendo o separando a los distintos actores-elementos de la química-política argentina contemporánea y marcan también, el carácter explosivo de los sucesivos choques y conflictos.

Una sociedad es, según la presenta este texto, un entramado de relaciones entre grupos que podrá vivir todo lo que la economía le permita, y hacer todo aquello que las fuerzas políticas que refina le permitan imaginar y alcanzar.

Sobre un esquema como éste discute entonces Halperín Donghi. Sus proposiciones convocan entonces a la refutación de historiadores sociales, politólogos y economistas. En cualquiera de estos casos se requerirá una argumentación muy cuidadosa. La larga agonía de la Argentina peronista articula una muy consistente interpretación de las tendencias históricas de larga duración -tanto ideológicas como económicas- con un cuidadoso análisis de las estrategias e iniciativas que, en cada momento, los distintos actores van proponiéndose en el corto plazo.

Un segundo plano de lectura que corres-

Espacios

de crítica y producción

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Szabon,
Gladys Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámaso Martínez

TRANSFORMACIONES GRANDE VITACIONES

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
Casilla de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,
Tel.: 954-1113 int. 3337.

ponde con sus observaciones ético-políticas. Los juicios que se formulan en el texto, siempre muy categóricos, podrán tanto encender el acuerdo ideológico entusiasta o la refutación indignada. Es muy probable que, en algunos lectores, ocurran ambas cosas.

Existe una tercera posibilidad, que es concentrar la mirada en el alcance propuesto de las determinaciones objetivas sobre la capacidad de intervención de los actores, así como en las capacidades de lectura de la situación de intervención atribuidas a estos actores. Es decir: la teoría de la acción a partir de la cual se elabora el texto.

La forma de presentar el problema de la determinación constituye el elemento más atractivo del libro. Una sociedad persiste, pero está condenada a muerte. Este enunciado es atractivo porque esa muerte es irremediablemente pronta. Su malformación (improvisa-

ción) congénita va más allá de lo que los actores puedan hacer. Y aun más, los actores persisten -y por momentos podrán tanto encender el acuerdo ideológico entusiasta o la refutación indignada. Es muy probable que, en algunos lectores, ocurran ambas cosas.

Existe una tercera posibilidad, que es concentrar la mirada en el alcance propuesto de las determinaciones objetivas sobre la capacidad de intervención de los actores, así como en las capacidades de lectura de la situación de intervención atribuidas a estos actores. Es decir: la teoría de la acción a partir de la cual se elabora el texto.

Marcelo Leiras

PROMETEO LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

Recopilación de intervenciones comprometidas

Historia ideológica y poder social. Hugo E. Biagini. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1992.

En *Historia ideológica y poder social* aparecen condensados veinte años de trabajo intelectual de uno de los pensadores más representativos del presente latinoamericano. Hugo Biagini *Cómo llega la Generación del Ochenta. Filosofía americana e identidad* recoge en los tres pequeños volúmenes que componen este libro veinticinco artículos que, en su mayor parte, se encuentran dispersos en publicaciones profesionales. Son textos escritos bajo diferentes presiones pero en todos ellos, como común denominador, cohabita codo a codo la agudeza especulativa con el calor de la teoría entendida como herramienta para transformar la realidad.

Es de resaltar cómo, trabajos concebidos en diferentes épocas y para diferentes públicos encajan entre sí, con la precisión de piezas de un rompecabezas en el que se reconstruye una visión del mundo que es actual sin por eso sucumbir a la superficialidad y a la falta de compromiso.

Juntos forman un andamiaje conceptual cuya función es, según indica el propio autor, desenmascarar el dis-

curso ideológico que pretende encubrir la realidad, el espíritu de transigencia -al tiempo que rechaza su vena lacraiva y su desprecio por el igualitarismo.

Interesante es también su reflexión sobre el filósofo que inicia con una visión panorámica de la filosofía latinoamericana y culmina analizando los retos que el futuro abre a los pensadores. No se quedan en el tintero análisis más puntuales sobre la influencia de la Revolución Francesa en el Río de la Plata o la aportación española a la cultura argentina de este siglo.

En los artículos del tema pedagógico se da un repaso a la educación argentina, desde la época colonial a las propuestas privatizadoras del presente, con particular énfasis en cómo las distintas corrientes han enfocado el tema de la identidad nacional. La obra finaliza con una sección destinada a debatir problemas historiográficos.

Algunos de estos ensayos rescatan del olvido autores y obras que merecen mayor atención de la que han recibido; en otros, escritos al calor de circunstancias concretas, el lenguaje académico

cede su lugar a la ironía periodística; también los hay con una fuerte carga polémica, como el que objeta la cosmovisión liberal de Carlos Nino o, especialmente, el que denuncia las «omisiones» de Tulio Halperin Donghi en *Un cuarto de siglo de*

lores, esto implica lo siguiente: si bien las dos primeras alternativas de las preguntas resultan actualmente cuestionadas, menos por fallas que por indeseables, la segunda no podría afirmarse resueltamente sin caer en la falacia autorreferencial. En otros términos: si se ha puesto en evidencia que la verdad y sus modos de alcanzarla no constituyen otra cosa que un juego de lenguaje, del mismo modo afirmar que la filosofía es un juego discursivo debería gozar del mismo estatuto. De lo contrario ocurriría en un enunciado de carácter metafísico.

Esta situación quizás explica una característica singular de estos escritos. Antes que una filosofía, al modo de un conjunto sistemático de proposiciones sobre el estado del mundo o sobre la marcha de los asuntos humanos, los mismos presentan un modo de filosofar. Ciertamente, se trata de un filosofar extremadamente peculiar. El mismo no consiste en refutar los interrogantes clásicos y no tan clásicos de la filosofía, pues en ese caso se permaneciera dentro del mismo terreno y, en consecuencia, sujeto a la misma problemática. Se trata más bien de tomarlos fútiles o innecesarios. Este es el *modus operandi* de los escritos de Rorty. Pero vayamos por pasos.

Precedido por una introducción en la que el autor se propone destacar los motivos co-

cede su lugar a la ironía periodística; también los hay con una fuerte carga polémica, como el que objeta la cosmovisión liberal de Carlos Nino o, especialmente, el que denuncia las «omisiones» de Tulio Halperin Donghi en *Un cuarto de siglo de*

historiografía argentina (1960-1985).

En suma, un conjunto de textos a través de los cuales las opciones personales del autor aparecen siempre claras, sin escudarse en una supuesta objetividad académica.

Ignacio García

Adiós a la filosofía

Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos. Escritos filosóficos 2. Richard Rorty. Paidós, Barcelona, 1993.

Y si la filosofía no fuera otra cosa que un juego discursivo más y no aquel lenguaje capaz de develarle a los hombres el reino de las cosas esenciales que la *doxa*, terca, insiste en disimularles? ¿Y si en lugar de pretender construir un lenguaje que torne posible la representación verdadera del mundo prefiriera en cambio preguntarse sobre la utilidad que para determinados propósitos revisten ciertas creencias filosóficas?

Tan incómodo es el pensamiento de Rorty como estos interrogantes que, entiendo, son el

punto de partida de sus escritos.

Y digo incómodo, porque en cierta medida la respuesta que Rorty intenta dar a los mismos no pretende salir del horizonte del relativismo en que se coloca él y sus escritos. Lo cual quiere decir que serán respuestas tan pertinentes como cualquier otra. En ello reside, a fin de cuentas, su incomodidad. Para decir de algún modo: si el proceso de secularización, del que no escapa la filosofía, nos ha privado de la posibilidad de una fundación trascendente de los va-

lores, esto implica lo siguiente: si bien las dos primeras alternativas de las preguntas resultan actualmente cuestionadas, menos por fallas que por indeseables, la segunda no podría afirmarse resueltamente sin caer en la falacia autorreferencial. En otros términos: si se ha puesto en evidencia que la verdad y sus modos de alcanzarla no constituyen otra cosa que un juego de lenguaje, del mismo modo afirmar que la filosofía es un juego discursivo debería gozar del mismo estatuto. De lo contrario ocurriría en un enunciado de carácter metafísico.

Esta situación quizás explica una característica singular de estos escritos. Antes que una filosofía, al modo de un conjunto sistemático de proposiciones sobre el estado del mundo o sobre la marcha de los asuntos humanos, los mismos presentan un modo de filosofar. Ciertamente, se trata de un filosofar extremadamente peculiar. El mismo no consiste en refutar los interrogantes clásicos y no tan clásicos de la filosofía, pues en ese caso se permaneciera dentro del mismo terreno y, en consecuencia, sujeto a la misma problemática. Se trata más bien de tomarlos fútiles o innecesarios. Este es el *modus operandi* de los escritos de Rorty. Pero vayamos por pasos.

Precedido por una introducción en la que el autor se propone destacar los motivos co-

lones, esto implica lo siguiente: si bien las dos primeras alternativas de las preguntas resultan actualmente cuestionadas, menos por fallas que por indeseables, la segunda no podría afirmarse resueltamente sin caer en la falacia autorreferencial. En otros términos: si se ha puesto en evidencia que la verdad y sus modos de alcanzarla no constituyen otra cosa que un juego de lenguaje, del mismo modo afirmar que la filosofía es un juego discursivo debería gozar del mismo estatuto. De lo contrario ocurriría en un enunciado de carácter metafísico.

La primera argucia una serie de artículos sobre la filosofía de Heidegger, que en un primer momento formarían parte de un libro sobre el filósofo alemán. Aquí Rorty indaga la relación que Heidegger estableció con la tradición filosófica, el fuerte componente pragmático de su temprana obra y la tendencia a la reificación del lenguaje, a la que sucumben sus últimos escritos. La segunda, dedicada a Derrida, examina las ventajas y limitaciones de la estrategia deconstruccionista y los modos de recepción del pensamiento de Derrida en la cultura norteamericana, en especial, la lectura efectuada por Paul de Man y sus seguidores.

Por último, la tercera, menos homogénea, contiene un trabajo sobre ciertos aspectos de la obra de Freud y una serie de artículos en los que Rorty se ocupa de las teorías socia-

les y las posiciones políticas de autores tan diversos como Habermas, Lyotard, Unger, Castoriadis y Foucault.

Leyendo a Rorty uno descubre lo siguiente: su filosofar es, decididamente, anti-filosófico. Como ironista declarado (algo así como la figura de la conciencia hegeliana de los nuevos tiempos), Rorty afirma la contingencia del lenguaje y de las creencias y de los deseos de los hombres. Describió entonces de la existencia de alguna racionalidad trascendente, Rorty no cuestiona las pretensiones del saber de la filosofía recurriendo a razones más verdaderas, a fundamentos más contundentes, sino a razones que resultan más convincentes en virtud de su utilidad para determinados propósitos. En este sentido, afirmar que el lenguaje no es una representación del mundo sino una «cadena de marcas y ruidos que los organismos utilizan como instrumentos para la consecución de sus deseos» no es afirmar que el lenguaje no sea en realidad más que

ESRIT
Revue Internationale

Directeur: Olivier Mongin

212, rue Saint-Martin, 75003 Paris

LETRA
INTERNACIONAL

Directores:

Luis Goytisolo y Antonin J. Liehm

Redacción y administración:
Monte Esquiza, 30, (28010) Madrid

eso. En caso contrario, dicha afirmación implicaría nuevamente una reducción que precisamente se trataba de cuestionar. En rigor de verdad, dicha afirmación es una de las tantas redescriptiones que pueden hacerse del lenguaje, siempre según los propósitos que uno persiga. Si, en manos

de Rorty, la filosofía es cuestión de retórica. En este punto, la lectura de la historia de la filosofía ensayada por el autor guarda un parecido con la que Borges realizara de la historia universal, es decir, como metáforas. Si a los ojos de la tradición la metáfora adquiría los

contornos de un molesto fantasma al proyecto de fundación de una lengua clara y precisa para la filosofía, Rorty, por el contrario, ve en la metáfora el punto de crecimiento de nuestro lenguaje y, en consecuencia, de nuestro mundo (recordemos que el autor ha aprendido de Heidegger y de Wittgenstein lo siguiente: estar en el mundo es habitar un lenguaje). Así, de igual modo como la percepción o la inferencia nos conducen a modificar nuestros deseos y creencias, lo mismo sucede con la aparición de una nueva metáfora. En virtud de este principio de lectura, el espejo en el que la filosofía mira su decurso histórico le devuelve ahora otra imagen: cre-

yendo estar hablando una lengua que traducía sin malformaciones los dictados del *logos* (en su versión positivista la utopía consistiría en la creación de un lenguaje puro de símbolos a fin de eclipsar la intromisión del contexto, la subjetividad o la historia), los filósofos no hacían otra cosa que inventar nuevos lenguajes. La investidura de la *episteme* les disimulaba su verdadera condición de *poiesis*.

De este modo, la requisitoria rortiana de abandonar la pregunta filosófica por los fundamentos del mundo, las primeras causas y principios o el ser en cuanto tal, no obedece entonces al hecho de estar una pregunta mal planteada, pues en ese caso

haría falta contar con un criterio trascendente que nos autorizara a discriminar el estatuto de las preguntas. Como historicista radical, Rorty desconfía de la existencia de tales criterios o, simplemente, sabe de su contingencia. Se trataría de abandonar dichas preguntas por la sencilla razón de que se podrían formular otras. Pero, más precisamente, porque el autor encuentra que tales preguntas conducen a respuestas que no favorecen el fortalecimiento de la democracia. Según su diagnóstico, la resolución de los problemas de las sociedades contemporáneas no requiere del auxilio de la teoría o del vocabulario filosófico. Requiere más bien del

desarrollo de otros géneros discursivos como el periodístico, la novela o el informe etnográfico, es decir, géneros sensibles a la diversidad cultural, al detalle, a lo singular, es decir, a aquello que justamente el discurso de la filosofía subsumía en una racionalidad superior.

El pensamiento de Rorty conjuga un elevado optimismo en relación con el futuro de

las democracias con un ostensible cansancio respecto del éxito de los proyectos refundacionales. Un pensamiento débil, según su propia caracterización, es decir, una reflexión que no intenta una crítica radical de la cultura, sino que simplemente "recopila recordatorios y sugiere algunas posibilidades interesantes".

Alejandro Blanco

sobre el presente. Ante la fabulosa mutación política y social que empuja el menemismo, muchos no hemos podido articular más que manifestaciones de irritación, escándalo y hartazgo. Hijos de una tradición ideológica que ha hecho del cambio como resultado de la acción política un valor en sí, a veces resulta casi blasfemo si quiera pensar que, después de cinco años de un gobierno desfachato encabezado por un personaje dotado de talentos menores y títulos apócrifos, el país es distinto.

Por lo que refiere al país político, el primer libro de Marcos Novaro ofrece una palabra que permite ir escapando al conjuro. La aparición de

PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Director: Pedro Krotsch

liderazgos de nuevo cuño, entre los que se cuentan el del propio Menem, a nivel nacional, así como el de Bussi y el de Ortega en Tucumán, el del Frente Cívico de Catamarca, el de Ulloa en Salta y el de Ruiz Palacios en el Chaco, constituye el interrogante a partir del

cual se desarrolló la investigación cuyos resultados se vuelcan en el texto. Esta aparición constituye el signo de una crisis de representación.

La disolución de identidades políticas tradicionales, la modificación de los comportamientos electorales y

Liderazgos de nuevo cuño

Pilotos de Tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993), Marcos Novaro. Letra Buena, Buenos Aires, 1994.

En 1989, junto con el entusiasmo frente a las promesas que abría

NOMBRES REVISTA DE FILOSOFIA

Publicación del área de Filosofía del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Novedades

La ética de la autenticidad. Charles Taylor. Introducción de Carlos Thiébaud. Paidós, Barcelona, 1994, 146 páginas.

Este ensayo constituye el libro más reciente del filósofo canadiense. Adscrito a la corriente filosófica conocida como "comunitarismo", el trabajo de Taylor indaga, desde la perspectiva hermenéutica, las modalidades y consecuencias del fenómeno del individualismo ético moderno. Frente a ello, recupera otras matrices de valoración provenientes de diversas tradiciones culturales en un intento por asignar a la comunidad el papel preponderante en la constitución de la identidad, tanto

personal como colectiva.

Observando el Islam. Clifford Geertz. Paidós, Barcelona, 1994, 164 páginas.

A pesar de su novísima versión al español, este libro es uno de los primeros trabajos de un autor cuya obra ha provocado un significativo cambio de dirección en las indagaciones de la antropología contemporánea. Enrolado en las filas de la antropología interpretativa, esta singular investigación coloca al texto en la tradición de la mejor sociología de la religión pregonada por Max Weber.

Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/

Argentina. Marcelo Carmagnini (Coordinador). Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 416 páginas.

Diez estudios problematizan el impacto político y socio-cultural del federalismo en los países en cuestión. En especial, las similitudes y diferencias que presenta el fenómeno en los distintos territorios, las transformaciones que ha sufrido a lo largo de su historia y, por último, la significación que ha tenido y tiene en la organización política y cultural de esos países.

Apocalipsis de la modernidad. José María Beneyto. El decisionismo polí-

tico de Donoso Cortés. Gedisa, Barcelona, 1993, 294 páginas.

Entusiasmo y optimismo respecto a los ideales de la Ilustración caracterizan la primera etapa del pensamiento del filósofo y estadista Donoso Cortés. Sin embargo, con el tiempo comenzará a percibir el carácter dictatorial de la Ilustración, una fórmula que lo acerca a la *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno, con la diferencia que el giro del primero se realiza hacia la escatología cristiana. Beneyto reconstruye en este libro los momentos de este pensador decisionista *avant la lettre*.

La reinención del gobierno. La influencia del espíritu empresarial en el sector público. David Osborne y Ted Gaebler. Paidós, Barcelona, 1994, 494 páginas.

El generalizado descontento de la opinión pública respecto de la calidad de las administraciones gubernamentales es el punto de partida de los autores de este trabajo. A partir de un detallado diagnóstico, Osborne y Gaebler presentan y defienden esta hipótesis: la creación de organizaciones más descentralizadas, flexibles y de inspiración empresarial constituye el mecanismo más apropiado para transformar la condición de

la administración de gobierno.

Crítica de la modernidad. Alain Touraine. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 392 páginas.

Repudiada por unos, redefinida por otros, la modernidad es hoy puesta en tela de juicio. Una vez agotados sus impulsos liberadores, no se trata por ello, a juicio del sociólogo Touraine, de abandonarse a los nacionalismos y particularismos, resignando el individualismo y la razón crítica. Para el autor se trata de crear nuevas mediaciones entre economía y cultura, ciencia y libertad, sujeto y razón en el intento de lograr un nuevo

concepto de modernidad.

En busca de un mundo mejor. Karl Popper. Paidós, Barcelona, 1994, 314 páginas.

Los diversos ensayos y conferencias contenidos en este libro abordan diversos aspectos del pensamiento de este prolífico autor. Desde su interés por el nacimiento de la especulación filosófica en la Grecia clásica hasta los estragos del totalitarismo en las sociedades contemporáneas. Un libro sobre política, filosofía, arte, historia y religión. Nada parecería escapar a la afiebrada y vigilante escritura de Karl Popper.

Estabilización y reforma estructural en América latina. Edward J. Amadeo (comp.). TM editores, Colombia, 1993, 330 páginas.

Acontecimientos tales como el crecimiento de la deuda externa, el deterioro de los términos del intercambio, etc., no solo afectaron decisivamente el crecimiento de las economías latinoamericanas sino que al mismo tiempo pusieron al descubierto la debilidad estructural de sus economías y de sus aparatos estatales para enfrentar dicha situación. Los autores reunidos en esta compilación analizan las dificultades de las nuevas políticas.

A.B.

la reformulación de las demandas que se dirigen hacia quienes se delega la facultad de gobierno denotan que la crisis de las formas tradicionales de representación es seria. La tesis que el trabajo procura sostener es que la transformación en las referencias identitarias, en las orientaciones del voto y en la formulación de demandas es, además, definitiva.

El esfuerzo fallido de los primeros años de la transición tenía como objetivo constituir a los partidos políticos en mecanismos centrales de la agregación de intereses y la formación de voluntades, asegurar la vigencia de la división de poderes y de las libertades públicas, del mismo modo que el respeto de los procedimientos que la Constitución establece tanto para la generación de políticas como para regular la relación entre el estado nacional y las provincias. El final de la historia, es conocido. Las promesas de la transición naufragaron en un contexto de crisis económica aguda e instituciones políticas amenazadas por el poder militar.

Por lo demás, los dos grandes partidos sobre los que se edifica el sistema político nacional pusieron en marcha a partir de 1983 los mecanismos de cooptación de voluntades y cooperación/competencia interpartidaria que les habían permitido hasta el momento sostener y movilizar su base electoral. El privilegio de



los vínculos clientelares entre estos mecanismos en una situación de profunda crisis fiscal, precipitó a los procesos de formulación y satisfacción de demandas en una espiral de inflación política sostenida. Los resultados de ésta se combinan con los de la hiperinflación económica para definir una situación en la que la institución de los nuevos liderazgos resulta posible.

Las nuevas figuras sostienen su vínculo representativo en una interrelación que constituye a su interlocutor desplazando las diferencias. Las invocaciones se generalizan y abarcan a colectivos de límites indeterminados ("hermanos y hermanas", "tucumanos", "chaqueños"). El adversario político es identificado con los distintos nombres que adquiere lo otro del bien común que el líder encarna; es decir: el caos, el atraso, la decadencia, la corrupción, la ineficacia, la derrota. El desconocimiento habitual de los límites constitucionales a la voluntad política, encuentran justificación, en el discurso que

cercano y remoto, más fuertes que los que estos nuevos liderazgos vienen a proponer.

Sin embargo, si aceptamos que la disolución de los antiguos vínculos de representación es definitiva, debemos reconocer la novedad que los nuevos líderes introducen en la escena pública. Podría afirmarse que la novedad radical reside en la redefinición de los vínculos entre modos personales e impersonales de representación política. Por otro lado, no es evidente que la personalización sea único modo posible de resolución de la crisis. Las demandas de moralización de la política, la redefinición de los términos de la lealtad electoral y el desarrollo del control público a través de la opinión, permiten sospechar, con modesto optimismo, la posibilidad de nuevas articulaciones.

M.L.

Tardes de radio

A las 6 de la tarde, Pepe Eliaschev, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

Se trata de la recopilación de los editoriales dichos por Pepe Eliaschev desde fines de 1991 hasta principios de 1994. El autor ha retomado esas intervenciones, las ha sacado del orden cronológico en el que fueron elaborados y las ha agrupado por núcleos de problemas, con breves textos introductorios, tras el declarado propósito de "descubrir, como libro, su propia lógica y razón

haber quebrado la continuidad cronológica. Además, cada intervención habría ganado en significación si hubiese estado acompañada de la fecha en la que fue pronunciada. Porque su mayor valor no es el único, claro, reside en el hecho de haber sido elaboradas en la necesidad de responder, en el momento justo, a las exigencias del editorial de radio. Porque la radio es, más que nada, inmediata. La necesidad de dar cuenta de lo que está sucediendo ahora, implicable ahora. Y el trabajo de Eliaschev es un ejemplo de capacidad para afrontar ese difícil requerimiento. Tanto en el tiempo como en la calidad de sus contenidos.

Porque éste es el otro de sus máximos valores: el compromiso.

Pepe Eliaschev es uno de nuestros mejores periodistas y probablemente el mejor de los periodistas de radio, estudioso, rigurosamente profesional y con un fuerte sentido ético de su papel social. Y este volumen es reflejo claro de ello: un compromiso diario con la realidad, asumido desde la tensión intransferible de la voz, es decir, asumido desde el cuerpo. Y en una sociedad anestesiada por los eufemismos y las ambigüedades es alentador que alguien se anime a jugar el poco frecuentado juego de la verdad. Es lo que Pepe, por suerte, hace todos los días, a las 6 de la tarde. □

Oswaldo Pedroso

CINE

Un fantasma de libertad tiene color: Bleu

Se dice que K. Kieslowski eligió el *bleu* de la Revolución Francesa, para transmitir "película mediante" su idea sobre la libertad en la criatura humana de nuestros tiempos.

Para abordar una cuestión de esa talla universal el director polaco se decide por una vía singular, íntima y subjetiva: la que aparece a vista de una mujer se ve interrumpida en su continuidad "natural", por un acontecimiento inesperado. El azar, aquello imposible de interrogar en la medida en que no existe nada que ordene las respuestas dadas al azar, impone un corte en la vida de la protagonista como producto del caos mueren en un accidente -al cual solamente ella sobrevive- su esposo y su hija.

Con ellos queda sepultado el sentido de su vida cotidiana, la trama que aloja el sentido de su vida y, sin duda, el sostén de una ilusión.

Como reacción, Julie -la protagonista- actúa en consecuencia. Arrasa, pero ya activamente, con los restos ahora sin sentido de su vida preliminar.

Se despoja de los bienes comunes, distribuye los róditos entre el jardinero, la ama de llaves y su madre y retiene para sí "una cuenta personal". Dice así como: "para mí, lo que corre por mi cuenta". Expresión que se recorta como de un alto poder subjetivo, como anuncio, como amenaza, como venganza, como desafío. Como lo que no puede repararse, ni entregarse; su tesoro subjetivo.

Busca un nuevo lugar, renuncia al apellido del marido y deambula por allí con el apellido de soltera. Se instala literal y simbólicamente en otro espacio. Esta vez se precipita en

Padecer entonces un intervalo en el que la protagonista se muestra como plana, muella, limpia de marcas, de edad, de sexo, de pasado y de futuro. Todo parece transcurrir en un presente plano en el que apenas se vislumbran ciertas señales de instalación necesarias: un habitáculo algo de comida -la noche-el día. Un tiempo casi muerto que parecerá poder agotarse en sí mismo (como el sueño de un bebé), si no fuera por sus escapadas a la piscina, donde en contacto con el agua -también *bleu*-, revive un cuerpo erguido, vital, desante. Se sabe, en esos instantes de zozobra (angustia y placer), que no todo está perdido para Julie.

Ensaya allí, en la piscina, múltiples apariciones y desapariciones bajo el agua. Es asombroso que, cada vez, Julie vuelva a emerger, y a veces en el límite de la asfixia. Tiempo de flotación en el que otra mujer aparece para limpiar los desechos, causados por un gato en perjuicio de la familia de ratones de su departamento.

¿Es eso la libertad: limpieza de restos, de marcas, de desechos? ¿Es la libertad un acto de depuración, de depuración de lo que fue, de lo que pudo haber sido y ya nunca más?

La película continúa

La prostituta a quien ella salvó de un desalojo la saca de su sueño. Y así, nuevamente por obra del azar, se enfrenta con la imagen de su marido por televisión. Descubre también allí -en la imagen- otra mujer que le muestra un costado ignorado de su marido y no habitado por ella. Julie nuevamente renuncia. Esta vez se precipita en

una búsqueda de lo que parece vislumbrarse como una verdad que le concierne y que corre por su cuenta y riesgo. El intervalo de laxitud, de dejarse estar, de flotación, concluye. Y ella, sujeto de sus actos, emerge en esa búsqueda en la cual nuevamente corre el riesgo de desvanecerse, si no fuera por la intervención del hombre que regula los nuevos términos en que puede ser amada. La sinfonía inconclusa podrá ser concluida según su deseo o condición de que ella acepte su autoría.

¿Es esa la libertad? ¿Assumir la autoría de libretos propios y la de aquellos compartidos? ¿Renunciar a la comodidad del anonimato? ¿Remontar la tentación de ampararse, justificarse, alinearse en nombre de un Otro?

Julie era buena y generosa. (Son las palabras de su marido en boca de su amante respecto de ella). Julie era feliz. (Son las palabras de Julie a su madre demencia). Julie era la hermana menor de su madre. (Son las palabras de su madre en su confesión demencial). Se muestra apenas entre líneas, fímidamente, que Julie también era música. Que como compositora coreografía y completaba los textos musicales de su marido, aportando elementos en favor de la obra de su marido, cuyo prestigio y nombre parecía gozar de pleno reconocimiento en todo un continente. Julie transiaba a la sombra de un Otro.

Una línea de interpretación plausible respecto de la idea de libertad que se transmite en este filme se recorta bajo la figura del coraje para salir de la sombra de un Otro, para firmar con nombre propio y para resistir la guirrida del anonimato y del prestigio del Otro como solución de la propia realización.

Si felicidad y libertad pueden no ir de la mano (Julie "era" feliz; algo del orden del amor, de la renuncia amorosa parecían haber coloreado con un

tinte de plenitud el sentido de su vida), parece ser que coraje y riesgo a cuenta propia no pueden ir apartados del sentido de libertad.

¿Por qué coraje? El Otro no es habitable en plenitud. Se ve claro que no, sobre todo no es habitable plenamente en su deseo y "la otra" está allí para demostrarlo. En ese campo la protagonista descubre que algo sobra, o que algo falta y está más allá de lo que ella puede corregir o completar. Ese es su accidente subjetivo: la criatura humana es vulnerable, lo que implica que el Otro es un otro también mortal, escurecido.

Es ese el duelo de la protagonista y mi conclusión del concepto de libertad que se transmite en este filme: sin rozar la problemática de la muerte, de la finitud, de los límites, no hay libertad posible.

Delante al azar, a lo que el "destino" aparentemente nos depara en el reparto, la salida se indica como la posibilidad de abrir el margen de libertad posible que es propio de cada sujeto.

Bleu muestra los avatares de Julie, una mujer entre otras, por encontrar un desenlace alternativo a la fuerza del destino y al peso de las marcas que le ha tocado sostener en un escenario arrasado por obra del azar.

Finalmente aun. El argumento de la película indica que de lo que se trata es de concluir una sinfonía que habrá de conmemorar un acontecimiento político: la unión europea. ¿Será posible pensar sobre la cuestión de la libertad en el campo de la política a partir de parámetros tan sugerentemente singulares? Al respecto solamente podría proponer que al menos no sin ellos, por la sencilla razón de que es muy posible que, respecto del fantasma de libertad, en Julie se exprese un modo de la "subjetividad de una época." □

Alicia Azubel

ENSAYO

Keynes: retorno por aclamación

Will Hutton

Será cierto que Keynes está preparando su retorno a escena? Los recientes experimentos de economía de libre mercado no han probado ser tan exitosos. A medida que nuestras economías devinieron más orientadas al mercado, el crecimiento fue más lento y aumentó el desempleo. Esto puso en marcha la búsqueda de una teoría y una política capaces de producir mejores resultados. Sin embargo, en el caso de que Keynes esté siendo redescubierto, Dios permita que se trate del verdadero Keynes y no de aquella versión bastardeadá que traicionó su revolución permitiendo el regreso de los bárbaros.

Muchos de los autodenominados keynesianos, al igual que sus críticos, sólo comprenden la versión distorsionada de Keynes: la doctrina en la que los gobiernos pueden gastar y endeudarse en su camino hacia el pleno empleo. Generalmente sus críticos admiten que este enfoque funcionó aceptablemente por un corto período en la década del 50, aunque sostienen que, al igual que una droga, su eficacia disminuyó hasta que finalmente estalló en inflación y en excesivo poder para los sindicatos. Sus defensores -los "nekeynesianos"- insisten en que las viejas verdades aún siguen vigentes y algunos de ellos todavía recomiendan la intervención casi indiscriminada del Estado en la economía.

Sin embargo este debate es estéril e inconducente y ofrece sólo una caricatura, tanto del hombre como de sus ideas. Keynes fue mucho más que el defensor del control activo del nivel general de la demanda en la economía a través del endeudamiento público, si bien ésta es apenas una parte de la historia. El produjo, además, una revolución en la forma como debe ser conceptualizada la economía capitalista y ello debe estar presente como espíritu dominante al reconsiderar sus ideas.

Comencemos por el principio: el ataque de Keynes a la tradición intelectual en economía que sostiene que los mercados, librados a sus propios mecanismos, necesariamente deben producir los mejores

resultados. Keynes vio como una ficción el mundo imaginado por los así llamados economistas clásicos, donde la oferta y la demanda siempre son capaces de llegar al equilibrio -o tender a él-. En el universo keynesiano el mercado es inestable e ineficiente, en un continuo proceso de experimentación, donde el funcionamiento deficiente y el despilfarro son sistémicos. Puede alternar entre el *boom* y la quiebra y puede quedar perversamente atrapado en un nivel de producción subóptimo. El sistema capitalista, librado a su propia regulación, no es capaz de operar.

Tal como el historiador económico británico Robert Skidelsky ha demostrado brillantemente en el segundo volumen recientemente publicado de su biografía en tres tomos, *The Economist as Saviour*, Keynes resistió los intentos por matematizar sus concepciones, ese

"monstruo gris, confuso y vago que habitaba en su cabeza". La concepción sobre cómo funcionaba la economía era el corazón de su mensaje y en él la economía real, que tan bien comprendía Keynes, era cualquier cosa menos mecánicamente perfecta. (Cf. *Citizen Keynes*, pág. 115).

El dinero es importante

La clave de su diferencia con la escuela clásica reside en su idea de que la existencia del dinero transforma la manera de concebir la compra y la venta como un sistema de organización de la economía. La economía de libre mercado imagina el intercambio en un mundo tipo Robinson Crusoe de cazadores-recolectores que necesariamente deben intercambiar sus productos ese mismo día por tratarse de bienes perecederos. Por lo tanto, el día en que la totalidad de los productos perecederos son llevados al mercado, o bien son intercambiados por otros bienes o en el caso que los términos de intercambio no sean lo suficientemente atractivos, quedan en manos de su propietario original. Este proceso neces-

sariamente tiene un resultado estable. Obviamente al finalizar la jornada, todos cuentan exactamente con el pescado, fruta o cualquier otro producto que quisieran ya que, de no ser así, hubieran estado dispuestos a comercializarlo. Todo el mundo es feliz y el sistema es perfectamente eficiente. Pero la introducción del dinero lo cambia todo.

De repente los agentes del mercado -empresarios, consumidores y ahorristas- tienen la capacidad de apostar al futuro a través del ahorro o el préstamo, algo que los cazadores-recolectores del libre mercado no estaban en condiciones de hacer, y el futuro se

do, independientemente de quienes se trate, siempre querrán maximizar sus beneficios; los precios contienen la totalidad de la información que deseen conocer y aunque el futuro es incierto harán apuestas que, en promedio, reflejan un cálculo matemático de las chances de tener éxito -aun cuando no sepan que esto es lo que están haciendo-. La famosa analogía del recorrido de una pelota: el *catcher* desconoce la física aerodinámica pero aun así logra atrapar la pelota satisfactoriamente.

Pero Keynes durante toda su vida desconfió de la noción de probabilidad matemática aplicada a la economía. Insistió en que el futuro no es reducible a una serie de resultados a los que los agentes económicos pueden aplicarles probabilidades calculables. El futuro no es como una pelota en el aire porque el *catcher* es ciego, él o ella sólo pueden intentar acertar dónde podrá caer la pelota porque no pueden ver el recorrido. Este está en el futuro.

Para Keynes el futuro es simplemente incalculable y eso es lo que le da a las economías de intercambio monetizadas su carácter inestable. Es por esto que existen inflación, desocupación, *booms* y caídas. Una vez que la bola de nieve de las ex-

pectativas, esperanzas y temores comienza a rodar, impulsada por el exceso de ahorro o endeudamiento, el sistema de mercado sin regulación no puede suministrar ningún patrón de precios capaz de dar cuenta de las subsiguientes oscilaciones en la actividad económica hasta tanto éstas ocurran.

En efecto esto puede llevar años e inclusive décadas, dado que las economías pueden quedar atrapadas en patrones de comportamiento que los precios por sí solos no pueden afectar.

Los economistas clásicos -como sus descendientes de la nueva derecha de nuestros días- sostienen que el desempleo, por ejemplo, es esencialmente voluntario. En el caso que los trabajadores desocupados bajaran el precio de su trabajo lo suficiente,



Un aspecto central de este análisis es el supuesto de la racionalidad económica: los agentes del merca-

aquellos Estados que cuentan con constituciones democráticas capaces de expresar mejor un interés general y común a lo largo del tiempo, así como instituciones que movilizan a los asalariados a participar coherentemente en política. Debe existir alguna combinación de maquinaria constitucional que permita una clara acción ejecutiva mientras respeta las disciplinas democráticas, junto con fuertes partidos de masas que puedan dinamizar el sistema para que las políticas keynesianas tengan éxito, pero muy pocas constituciones tienen estas cualidades. Gran Bretaña en el período inmediato de posguerra, Sue-

Hoy los mercados a futuro, instrumentos que permiten a los inversores apostar sobre precios financieros invirtiendo sólo una fracción del valor nominal de la acción, han proliferado tan ampliamente que hacen que la comercialización a futuro de Wall Street en la década del 20 parezca un juego de niños.

El profesor Skidelsky, por ejemplo, intenta rescatar a su héroe del estigma de ser un liberal y en mostrar que Keynes estaba tan apegado al dinero y la libre empresa como cualquier buen conservador. Pero al hacerlo, los intérpretes más conservadores están en peligro de traicionar las concepciones centrales de Keynes. Este, que durante toda su vida se burló del *establishment* conservador en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, hoy en día no estaría de acuerdo con quienes proponen la estabilidad de precios, la desregulación y el equilibrio fiscal como motores del crecimiento, sino que más bien serían objetos de su brillante ironía.

Aquellos que aconsejan la reducción del déficit y estrictos objetivos monetarios por sobre las demandas de la parte productiva de la economía, hubieran sido ridiculizados como padeciendo de retención anal freudiana; en efecto, al hacer algo por el estilo se estaría interviniendo sobre procesos naturales del mercado que no deben ser afectados. Los defensores de los miligramos económicos de Reagan y Thatcher quedarían expuestos como lo que son: promotores

interesados de los intereses financieros rentíficos que quieren control de la moneda y altas tasas financieras. Son los que sostuvieron que la desindustrialización de Gran Bretaña y Estados Unidos sería beneficiosa para todos.

Keynes vive

Hoy, una respuesta keynesiana tendría una cantidad de variantes que van desde la implementación de programas de puestos públicos hasta la recapitalización de bancos crónicamente débiles. Pero su punto de partida sería el reconocimiento de la endeble condición del sistema financiero nacional e internacional. La desregulación financiera global ha establecido un nuevo régimen financiero que no sólo ha comenzado a ejercer un veto permanente sobre las políticas económicas expansionistas de los países individuales sino también está actuando como un acicate para el desmantelamiento de todas las formas de regulación de mercado. La construcción de la desestabilizante deuda privada en los Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña y países nórdicos en los 80, por ejemplo, fue fomentada en todas partes por el nuevo mercado desregulado *off-shore* forzando el desmantelamiento de los sistemas nacionales de regulación financiera. La consecuente expansión del crédito dejó una deuda sobredimensionada que está inhibiendo una recuperación equilibrada y sostenida y no hay certeza de que una vez que la recuperación tome su curso esas mismas fuerzas no se volverán a reafirmar -repiñéndose el ciclo de *boom* de alza y caída-.

Por lo tanto, Keynes estaría crecientemente interesado en la interrelación entre las opciones de política doméstica y el nuevo sistema financiero internacional -porque éste es el nuevo *locus* desregulado del inestable e ineficiente sistema de mercado-. El exploraría las formas de estabilizar y reducir el vasto movimiento del capital de corto plazo que, por su alta capacidad de movilidad y por su magnitud, atemoriza a los gobiernos y los lleva al minimalismo económico y la inactividad pública, así como nuevos y más estrictos condicionamientos para los bancos internacionales en el manejo de sus reservas de capital, orientándolos hacia un comportamiento más cauteloso.

Pero iría aun más lejos. El capital fluye de

moneda en moneda a la búsqueda de ganancias financieras, y con un sistema de tasa de cambio flotante, la posibilidad de realizar estas ganancias será inherente al mismo sistema. Las tasas de cambio flotantes son esenciales para el funcionamiento del sistema ya que facilitan el movimiento del sistema; no es casual que la explosión del movimiento de capitales haya sido acompañada por tasas de cambio flotantes. Por lo tanto, en el caso de que los países pudieran encontrar la manera de restablecer un tipo de cambio fijo y ajustar sus paridades para disminuir las expectativas de las ganancias o pérdidas, especulativas esto reforzaría los sesgos hacia la estabilidad -y daría a los estados una mayor chance de implementar políticas económicas expansionistas.

Para un hombre que vivió las consecuencias económicas de 1929, el paralelo con el mercado de capitales en 1993 sería considerado osado. A fines de los años 20 comprar a futuro contribuyó al *boom* de la bolsa, visto que las garantías de préstamo para los bancos no eran sólo los aumentos en las cotizaciones de las acciones sino también los valores de los bienes raíces. Cuando los precios cayeron todo el sistema colapsó, dejando a los bancos con tal pérdida de capital que su capacidad de préstamo fue mortalmente anulada, constituyendo la causa inmediata de la depresión norteamericana.

Hoy los mercados a futuro, instrumentos que permiten a los inversores apostar sobre precios financieros a invirtiendo sólo una fracción del valor nominal de la acción, han proliferado tan ampliamente en una escala global que hacen que la comercialización a futuro de Wall Street en la década del 20 parezca un juego de niños. Ahora como entonces los bancos internacionales están tomando riesgos que apenas comprenden, al suscribir mercados financieros a futuro y manteniendo a flote mercados accionarios y de capital; pero si los precios cayeran el impacto sobre sus balances y su capacidad

de préstamo sería tan severa como aquella de principios de la década del 30.

La idea es que los inversores individuales pueden usar los mercados a futuro para ganar protección contra el riesgo pero, como seguramente señalaría Keynes, por definición no puede haber protección para el sistema en su conjunto. Keynes estaría presionando fuertemente por la adecuada supervisión y regulación de un mercado que se ha enloquecido. Los bancos no saben los riesgos que están corriendo y en mercados siempre más impredecibles un banco podría encontrarse ante un nivel colosal de exposición para el cual no tiene cobertura. Renegaría entonces de sus obligaciones y el sistema caería en un colapso. Keynes ridiculizaría las protestas sobre la solidez del sistema: son los lamentos interesados.

El interés permanente de Keynes era la economía real: empleo, inversión y producción. Estaría crecientemente preocupado por la intensidad de la competencia internacional y la forma en que los países se encuentran en la obligación de hacer ajustes económicos formidables en cuestión de meses y años. A pesar de ser un defensor del libre comercio, insistiría en que el sistema podría mantenerse abierto y liberal sólo si los Estados recuperasen la posibilidad de impulsar políticas de pleno empleo para contrarrestar los desequilibrios resultantes. El libre comercio, tal como sostuvieron durante las negociaciones de Bretton Woods, donde se estableció el orden financiero de la posguerra, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, requiere la regulación financiera internacional para permitir políticas económicas nacionales expansionistas. El libre comercio tampoco es un imperativo absoluto. Si el desfase es muy agudo, el libre comercio también podría llegar a necesitar ser regulado.

Con un desempleo en el Occidente industrializado que alcanza a 36 millones de personas, en aumento y con la inflación al nivel más bajo de los últimos 30



años, no hay duda que actualmente Keynes estaría bregando por la expansión económica dirigida por el gobierno. En la administración económica así como en la guerra, la ofensiva es la mejor forma de ataque. Como defensor del multiplicador, propondría programas de empleo público financiados a través del crédito, riéndose de la paranoia por el déficit fiscal. Una y otra vez marcaría la diferencia entre el gasto público corriente y el de capital, burlándose de la preferencia de los economistas clásicos por pagar los seguros de desempleo de los hombres y mujeres. Peticionaría a favor de que los registros contables de gobiernos en todas partes se estructurarán a partir de partidas corrientes y de capital, y de esta forma se pusiera de relieve la posibilidad de aumentar el endeudamiento tomando en cuenta el bajo nivel de deuda en relación con los activos del Estado. Y sostendría que los impuestos fueran aumentados una vez que la economía estuviera creciendo. Esos impuestos estarían orientados a gravar los ingresos de los más pudientes.

A la derecha norteamericana él le explicaría paciente e incansablemente los beneficios económicos del endeudamiento estatal y federal. Autopistas, puentes y educación, por ejemplo, tienen ganancias que no pueden ser capturadas por medio del mecanismo de precios y por lo tanto no pueden quedar librados a la iniciativa privada. Una nueva ruta, por ejemplo, mejora el tiempo de viaje no sólo para aquellos que la usarán sino también para aquellos que usan las antiguas rutas de las cuales el tránsito ha sido desviado. Los precios de los bienes raíces aumentarán a lo largo de esa nueva ruta y se incrementará el volumen general de negocios. El único agente económico que puede capturar los beneficios es el Estado a través de impuestos y de la reducción del gasto en seguridad social; es por lo tanto el Estado el que debe financiar la construcción de la ruta. Y si los retornos son demostrables no existe razón para que el dinero no pueda ser tomado en préstamo. En efecto, el gasto en la ruta será como una bola de nieve para toda la economía: el multiplicador.

Keynes tampoco permitiría que el temor por la inflación obstaculizara sus recomendaciones expansivas. A pesar de ser consciente del impacto destructivo de la inflación en las sociedades democráticas, se hubiera burlado del temor a que una inflación del 3.64 por ciento presagiara hiperinflación y el fin de

la democracia. En efecto, él sería el primero en ver que un aumento del nivel de precios tendría la ventaja de reducir el peso del endeudamiento real y así restaurar la viabilidad del sistema bancario. Keynes hubiera entonces establecido claramente la distinción entre un único aumento en el nivel de precios y un proceso inflacionario.

En efecto, dado lo central de los flujos financieros en su pensamiento, Keynes estaría preocupado por poner el sistema bancario nuevamente de pie. Sería el adalid de los esquemas gubernamentales para levantar las deudas hipotecarias de aquellos que no están en condiciones de repagarlas. Iniciativas para recapitalizar el sistema bancario de forma tal que pudiera hacer frente a préstamos de largo plazo brotarían de su pluma, mientras le parecería excesivo apoyar medidas impositivas sobre los súper ricos, para estimular el consumo. La operación del sistema financiero sobre la inversión, particularmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, sería una de sus principales preocupaciones. Keynes siempre fue crítico respecto del principio del mercado de acciones de comprar y vender libremente día a día: como si el granjero pudiera vender por la mañana cuando está lloviendo y comprar nuevamente por la tarde cuando el sol está brillando. La explosión del producto en los mercados de capital lo preocupaba seriamente. Wall Street está deviniendo cada vez menos relacionada con las empresas que financia, y la generación de riqueza es cada vez más una cuestión de ingeniería financiera de corto plazo y empresariado de papel.

En efecto, el vaciamiento de la economía norteamericana está menos relacionada con la baja en los costos en la competencia internacional que con la incansante demanda por los dividendos por parte de los tenedores internacionales de las acciones de esa nación. Bajo la presión permanente para superar los índices promedio de performance, fondos de pensión, compañías de seguros y fondos comunes de inversión han comenzado a considerar los dividendos no como un retorno por el riesgo, sino como un flujo de ingresos que debe ser tan seguro como el pago de intereses sobre las deudas libres de riesgo. En consecuencia, las gerencias de las firmas están obligadas a hacer que los activos corrientes trabajen más duro para estar en condiciones de producir el flujo de dividendos requerido, mientras la utiliza-

ción del flujo de caja para apoyar futuras inversiones corre el riesgo de ser rechazado por los tenedores institucionales ávidos de dividendos. Las tasas reales de retorno esperadas en los Estados Unidos son espectacularmente altas en comparación con Japón y Alemania, pero es el precio que las gerencias deben pagar para convencer a estos inversores institucionales descomprometidos que no vendan sus acciones. Wall Street se ha convertido en el principal causante de la desindustrialización norteamericana.

Después del fin de la Guerra Fría, Keynes sentiría la necesidad de la magnanimidad de los ganadores occidentales. La condición de la ex Unión Soviética y de Europa oriental lo alarmarían inmensamente, con el desempleo y la desesperación como potenciales movilizadores de temibles movimientos políticos en países con arsenales de armas nucleares a la mano. Revertir estas economías deprimidas no sólo aliviaría esta amenaza a la seguridad, sino que crearía un mercado en expansión para los bienes occidentales. Estaría viajando incansablemente por las capitales de Occidente tratando de promover el respaldo al plan Marshall de apoyo al antiguo mundo comunista. El gasto de defensa debería ser reducido drásticamente y ese dinero en cambio debería ser utilizado en aras del crecimiento del capitalismo ruso y sería muy cuidadoso de apoyar las variantes de mercado social del capitalismo occidental más que su impudiosa variante anglosajona.

Y dado que Keynes sería Keynes, hubiera tenido acceso a Clinton, Hosokawa y Yeltsin. Sus libros y panfletos se venderían en todo el mundo, mientras en su país impulsarían actividades culturales. El espíritu de optimismo y acción que anhela no podría tener lugar en un vacío cultural, éste necesitaba de contrapartes en el mundo del arte y la arquitectura. La confianza en el futuro y la capacidad de la comunidad de naciones para actuar en pos del bien público debe ser una y como tal apuntalada.

Pero no contamos con un hombre como éste, ni existe alguno en el horizonte. Sin embargo, lo menos que podemos hacer es comprender lo que él sostuvo y el porqué lo hizo. Parte de su efectividad se debió al hecho de haber sido capaz de terrorizar el *establishment* anglosajón con la perspectiva del comunismo en el caso de que fracasara la economía capitalista. Pero ese terror ha desaparecido.

En cambio los keynesianos ahora no deben apuntar a la perspectiva de una revolución comunista sino más bien a la lenta y penetrante decadencia que la sociedad occidental conllevará al funcionar sus econo-

mías con millones de desocupados y semioocupados en su población económicamente activa. El colapso de la ocupación para los trabajadores poco calificados es una de las principales causas de violencia en los Estados Unidos y como el trabajo se convierte en algo cada vez más remoto para millones de personas a todo lo largo de Occidente, muchos se vuelcan hacia los nacionalismos y el fundamentalismo religioso.

Proteccionismo y confrontación comienzan a caracterizar las relaciones internacionales. ¿Quién sabe a dónde nos llevará esto?

Pero los beneficios de las iniciativas públicas son difusas mientras los costos son conocidos y concentrados; en cualquier caso la relación entre el fracaso económico, el descontento social y la calamidad política, si bien aparece obvia, no puede ser probada. Por el momento, los economistas clásicos y sus aliados políticos siguen dictando la agenda. Ellos han fracasado anteriormente en este siglo con consecuencias desastrosas y volverán a fracasar. Necesitamos un Keynes. Sin él necesitamos revisar el extraordinario poder de sus ideas. □

Nota

* Tomado de *The American Prospect*, Invierno de 1994, Nº16. Tradujo Patricia Baxendale.



Escándalos de época

Bomba en la AMIA, ¿somos todos inocentes?

Anoche terminé la edición de este número de *La Ciudad Futura* y hoy a la mañana, temprano, llevé el material a la imprenta. Con esa incomparable sensación de alivio propia de tales circunstancias, a eso de las 10 me serví un café y comencé a leer el diario. La radio sonaba, como siempre, por su cuenta. Pero de pronto me espanté, no podía creer lo que medio-escuchaba: un atentado terrorista había hecho volar en pedazos la sede de la AMIA...

Oswaldo Pedrosa

Me di cuenta entonces de que no podíamos salir a la calle sin decir "algo" sobre lo sucedido, aunque sólo fuera una condena, un lamento. No importaba atrasar la revista. Y decidí levantar la nota que había escrito para este espacio y remplazarla por el texto, seguramente torpe, que se me ocurriría. Es lo que estoy haciendo.

Bombas, destrucción, veinte muertos, cien heridos. ¡Otra vez! Me siento avergonzado, horrorizado, pero ¿estoy sorprendido? Confieso que no. En rigor, pienso que este atentado no se opone a la lógica de las cosas de la sociedad argentina. Concretamente: un hecho así sólo es imaginable en un contexto compatible. Nadie ignora que nuestra tradición está pautada por la intolerancia y el prejuicio racial, aquí transpiramos racismo, portados los poros. Y no sólo hablo de los fascistas, que no son pocos.

Cuando, dos años atrás, un atentado similar destruyó el embajada de Israel, tanto desde el gobierno y la derecha como desde numerosos sectores de la izquierda se trató de buscar la explicación de lo sucedido en cuestiones ajenas a nuestras responsabilidades. Así, según la óptica de cada uno, podía haber sido: un coletazo del conflicto árabe-israelí, la explosión accidental de un arsenal existente en la embajada o una venganza del fundamentalismo por la participación de la Argentina en la guerra de EU contra Irak. Es decir, cosas hechas por otra gente, nada que tuviera que ver con nosotros. Porque, no olvidar, los argentinos somos tolerantes. Hasta con los judíos.

No vale la pena enumerar ahora las expresiones de racismo militante que ca-

racterizan nuestro "ser nacional", empezando por la aniquilación de los indios de la Patagonia, la ley de Residencia, la caricaturización de los inmigrantes de cual-

quier origen y el odio a los cabezas negras -los actuales gringos- y siguiendo con los bolitas, paraguas y yoruguas y, especialmente, los coreanos, flamante edición de depositarios de nuestro desprecio racial.

En suma: si nuestra sociedad es profundamente discriminatoria y siempre lo ha sido, ningún acto de racismo que aquí ocurra, consumado por argentinos, por criminales nazis o por terroristas islámicos, puede resultarnos excéntrico. En ese cuadro, además, no asombra que jamás aparezca un culpable, una condena cierta, un preso.

Quienes pusieron la bomba en la AMIA son asesinos fascistas, es cierto, y no es improbable que, en efecto, se trate de la obra de algún comando internacional. Pero, si bien es imposible frenar al terrorismo con un mero acto de voluntad, sería bueno que nos preguntáramos qué hicimos nosotros, qué hacemos todos los días para defendernos de nuestros propios vicios discriminatorios y para fomentar la tolerancia en nuestra sociedad, para levantar una coraza civil de solidaridad que nos proteja del prejuicio y del odio racial y que nos permita afrontar desde otra moral el fanatismo terrorista.

Repito: estoy avergonzado y horrorizado con lo que pasó y tengo la certeza de que mi voz de condena es poco menos que inútil. Apenas una ingenua apelación de ofendido, que no me libera del peso de conciencia con el que cargo. □

